



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

**Facultad de Educación**

**La formación literaria: una respuesta a la pregunta ¿La literatura colombiana un camino entre la fábula y la utopía o el desastre?**  
*Sin remedio* de Antonio Caballero: una mirada a la novela urbana de 1980-1990

**TRABAJO PRESENTADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE LICENCIADO EN  
EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES, LENGUA  
CASTELLANA**

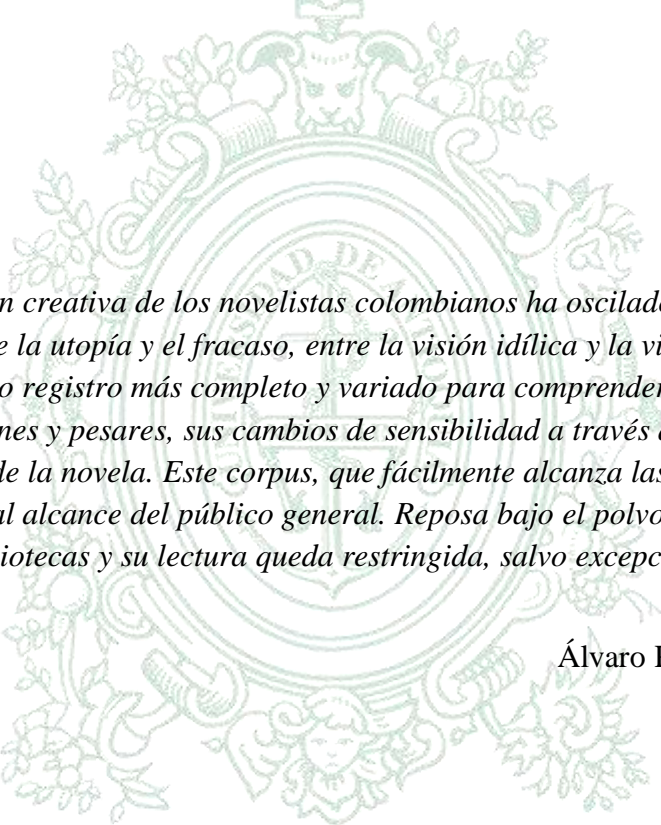
**PETER RONDÓN VÉLEZ**

Asesora

**PAULA MARTÍNEZ CANO**

1 8 0 3

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
FACULTAD DE EDUCACIÓN  
MEDELLÍN  
2016**



*La imaginación creativa de los novelistas colombianos ha oscilado entre la fábula y el desastre, entre la utopía y el fracaso, entre la visión idílica y la violencia descarnada. Quizá no exista otro registro más completo y variado para comprender las vivencias de las gentes, sus ilusiones y pesares, sus cambios de sensibilidad a través de las épocas, que el corpus inmenso de la novela. Este corpus, que fácilmente alcanza las cinco mil obras, no está, sin embargo, al alcance del público general. Reposa bajo el polvo en los anaqueles de antiguas bibliotecas y su lectura queda restringida, salvo excepciones notables, a los especialistas.*

Álvaro Pineda Botero, 1999.

*Una obra es siempre actual y pese al tiempo nos sigue hablando. En todo texto, independientemente de la época en que fue escrito, hay algo en común a nuestra naturaleza humana. De este modo, cada intérprete encontrará la manera de ponerse del lado del autor para tratar de establecer sintonía, para que las palabras sean como anillos de una cadena, con valor por sí mismas y por las relaciones que establecen entre lo que ha pasado y lo que está por venir. La verdadera exégesis requiere una concepción actual y personal; el hecho de que el autor escribiera lo que sentía no significa que no deseara aumentar —o mejorar— lo escrito; por el contrario, demuestra que presentía la necesidad de incrementar los medios de la interpretación.*

Julieta Leo, 2016.



## Agradecimientos

*Cada etapa de formación carga experiencias y conocimientos que, según el paso del tiempo, se constituyen en momentos cruciales. Ahora lo más importante que me presenta la vida es culminar mi carrera como Licenciado en Humanidades, Lengua Castellana. En cinco años los logros fueron varios; las crisis nunca se perdieron pero lo que recordaré no serán las dificultades sino la compañía de quienes me apoyaron para llegar a este punto. La universidad se consolidó como un lugar donde habité y aprendí. Aprecio las palabras de quienes me compartieron sus ideas con el fin de nutrir mi trabajo. Gracias.*

UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

1 8 0 3



# UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

## Facultad de Educación

### La formación literaria: una respuesta a la pregunta ¿La literatura colombiana un camino entre la fábula y la utopía o el desastre?

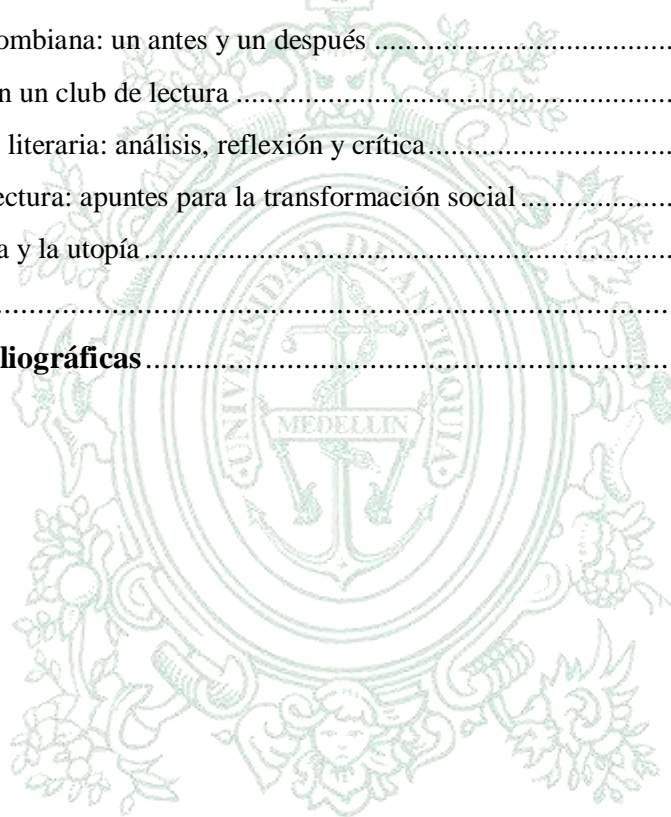
*Sin remedio* de Antonio Caballero: una mirada a la novela urbana de 1980-1990

### Tabla de Contenido

Resumen .....	p. 6
Nota de apertura.....	7
<b>1. Introducción</b> .....	9
<b>2. Metodología</b> .....	21
2.1. Método de investigación.....	21
<b>3. Contexto</b> .....	29
3.1. Contexto histórico: los ochenta, una década de convulsiones .....	29
3.1.1. Causas y curso.....	30
3.1.2. Consecuencias .....	34
3.2. Personajes destacados de la época.....	36
3.2.1. Política .....	36
3.2.2. Cultura.....	38
3.3. Contexto literario .....	39
3.3.1. ¿Qué sucedía en Colombia? .....	40
3.3.2. Escritores y obras destacadas .....	42
3.3.3. Temas y tratamiento narrativo.....	45
<b>4. Análisis</b> .....	50
4.1. Breve reseña: Antonio Caballero .....	50
4.2. Antonio Caballero y su narrativa de ficción .....	51
4.3. Tratamiento narrativo .....	54
4.4. El Arquetipo: una lectura en clave nacional desde la literatura .....	61



4.4.1. Arquetipos: qué son y cómo se presentan en <i>Sin remedio</i> .....	61
4.4.2. Arquetipos: personajes .....	64
4.4.3. La ciudad como arquetipo .....	75
4.4.4. El sentido de los arquetipos.....	80
<b>5. Club de lectura entre la fábula y la utopía.....</b>	<b>82</b>
5.1. La literatura en la escuela .....	83
5.2. Literatura colombiana: un antes y un después .....	88
5.3. <i>Sin remedio</i> en un club de lectura .....	96
5.4. Interpretación literaria: análisis, reflexión y crítica.....	105
5.5. Prácticas de lectura: apuntes para la transformación social .....	113
5.6. Entre la fábula y la utopía.....	122
<b>6. Conclusiones.....</b>	<b>127</b>
<b>7. Referencias bibliográficas.....</b>	<b>131</b>



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

## Resumen

Este trabajo analiza si es posible afirmar que la novela urbana aportó en las dinámicas sociales de Colombia, durante las últimas décadas del siglo XX. Lejos de formular una discusión teórica, la monografía retoma actividades desarrolladas en escenarios donde la literatura se presentó como un arte dispuesto para el disfrute, al tiempo que un medio para generar procesos de reflexión, enriquecer conocimientos sobre una época y ampliar horizontes conceptuales. En este sentido, la pregunta guía fue ¿Por qué asumir la novela urbana *Sin remedio* de Antonio Caballero como un medio para pensar la realidad social, política y cultural de Colombia y por qué su lectura, en un club literario del Colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, puede contribuir a transformar el pensamiento y la sociedad colombiana? A partir del método hermenéutico con un enfoque participativo, se propone la creación de proyectos de formación literaria encaminados a concebir la literatura como un eje de transformación. Finalmente, se analizan los retos de la escuela para asumir, a partir de las letras, las responsabilidades que plantea el escenario del posconflicto colombiano.

**Palabras clave:** *Sin remedio*, Antonio Caballero, club de lectura, formación literaria, literatura colombiana, procesos de lectura, hermenéutica participativa, transformación social.

## Nota de apertura

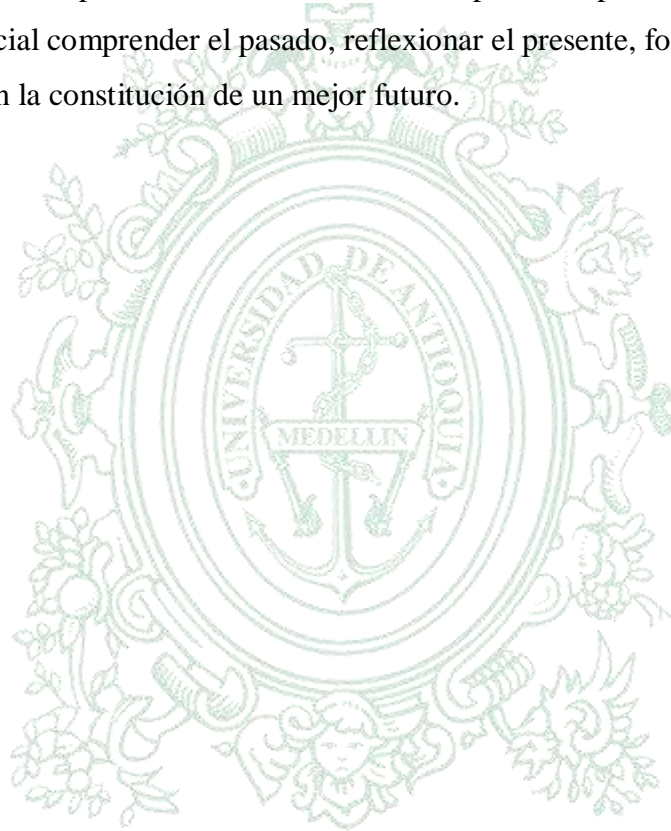
Este trabajo nace de la necesidad de pensar el papel que desempeña la literatura en nuestra sociedad; por tal motivo, se apoya en los dos componentes que integran la Licenciatura en Humanidades, Lengua Castellana: el primero, referido a lingüística y literatura; el segundo, a los saberes pedagógicos. La amplitud temática de la carrera propicia que los estudiantes se formen en varios campos y busquen, en sus trabajos de grado, dar respuesta a los retos que presenta cada área del conocimiento. Las presentes páginas pretenden conjugar el saber pedagógico y literario, en un esfuerzo por contribuir a la formación docente en sus múltiples dimensiones.

La monografía estudia si la literatura ejerce alguna función perceptible en la transformación del pensamiento y la sociedad. No puede ser que un elemento tan presente en la existencia del ser humano, en el cual se ha plasmado nuestro paso por el mundo y todo lo que en él hemos constituido, sea un “algo” sin utilidad. Ella es continente, causa y consecuencia, pues aún se escriben, publican, venden y leen libros. No es un objeto ajeno a la realidad, es inmanente al hombre y puede modificar el rumbo de una sociedad, llevarla a su destrucción, y, posteriormente, retratar su derrota o victoria. Bajo este panorama, la escuela, la institución social que ha posibilitado a gran parte de los hombres y mujeres el acceso a la cultura escrita, resulta ser un espacio ideal para analizar, identificar y visibilizar tal incidencia de las letras.

Para identificar si la literatura tiene alguna injerencia en el panorama social, político y cultural de Colombia, fue necesario partir de conceptos que permitieran indicar por qué se llegó a tal hipótesis y cómo desde allí se seleccionó una novela (*Sin remedio* (1984) de Antonio Caballero), para demostrar que la literatura comporta un papel transformador. Posterior al análisis, producto de un ejercicio hermenéutico en el cual se dedujeron las posibles funciones de las letras, fue menester no dejar las ideas en el aire; por tanto, se emprendió un trabajo pedagógico en un colegio de educación básica secundaria para visibilizar si la literatura contribuye a transformar una sociedad; estudiantes que a lo largo de su vida leyeron y aprendieron por medio de ella, pero muy pocas veces o nunca se vieron

expuestas a entenderla como una forma de conocer la historia de su país y contribuir a su cambio, aportaron la mayoría de anotaciones que aquí se desglosan.

Si ha de pensarse por qué la literatura actúa en nuestras vidas más allá del disfrute lector, es vital observar su puesta en práctica; comprobar si las letras son capaces de modificar el rumbo de un pueblo, resulta clave cuando el país debe pensarse bajo un horizonte en el que será esencial comprender el pasado, reflexionar el presente, fomentar el diálogo, la discusión y creer en la constitución de un mejor futuro.



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



## 1. Introducción

Toda investigación surge de una inquietud, una necesidad de hallar respuesta y explicación a hechos que de no estudiarse difícilmente pueden comprenderse en su totalidad. En esta línea de sentido, la monografía se concretó a partir de una serie de preguntas con las cuales se precisaron los límites, alcances y aportes que esta dejaría al campo de estudio en el cual se desarrolla. Los primeros interrogantes exponen las ideas que surgieron al momento de pensar si existen relaciones entre la literatura y las dinámicas propias de un país, en ellas se evidencia la génesis de los temas y puntos de trabajo con los cuales contó el estudio: ¿Ejerce la novela urbana una influencia observable en la sociedad colombiana? ¿Incide y/o ha incidido la novela urbana en la dimensión social, política y cultural de Colombia? ¿Puede la lectura de una novela urbana generar una transformación del pensamiento en sus lectores y crear cambios identificables en el ámbito nacional? ¿Por qué indicar que determinadas novelas recrean la realidad colombiana y se constituyen en un testimonio de la condición humana, desde el cual pensar el ser colombiano? ¿Qué características se observan en la novela urbana que permiten concebirla como un medio para comprender el contexto social, político y cultural, pasado y actual de Colombia, con miras a su transformación?

A partir de las anteriores preguntas se indagó si es posible determinar un impacto social al leer novelas urbanas colombianas; por tanto, se asumió que leer literatura no es labor pasiva\* y se constituye en un acto que suscita acciones, primero en los lectores de la obra y, posteriormente, en la realidad. Ahora bien, entendiendo que tal premisa no puede sustentarse únicamente en la teoría, la escuela se identificó como un escenario oportuno para evidenciar ese papel. La escuela acerca a la literatura y genera prácticas de lectura en las cuales subyacen otras dimensiones ajenas a lo académico; los estudiantes habitan un espacio familiar, social y cultural, donde los conocimientos o experiencias aprendidas en el colegio, se expresan en sus formas de ser, pensar o actuar.

---

\*Leer literatura es en sí mismo una acción, desencadena emociones, ideas, comprensiones de la realidad, placeres, disgustos, alegrías, tristezas; no obstante, el término pasivo refiere a que al leer, no se generan acciones perceptibles para otras personas. Indicar que al leer se pasa de un acto pasivo a uno activo no refiere a las bondades de los textos ni tampoco a decir que la literatura es buena en la vida de los seres humanos, si no a su función pragmática.

Al estimar la importancia que tiene la literatura, correspondió pensar cómo es percibida en la escuela, un lugar donde niños (as) aprenden a leer y escribir y encuentran el acceso a gran parte de los conocimientos que permean la sociedad. Cada acción que emprendemos en el cotidiano está tan ligada a experiencias escolares, que resulta difícil separar la lectura y la escritura de ese lugar al cual hemos encargado propiciar el acercamiento a la cultura letrada. Aun así, en la escuela pervive un desafío

Formar seres humanos críticos, capaces de leer entre líneas y de asumir una posición propia frente a la sostenida explícita o implícitamente por los autores de textos con los que interactúan en lugar de persistir en formar individuos dependientes de la letra del texto y de la autoridad de otros (Lerner, 2001, 40).

Es necesario pensar continuamente en estrategias pedagógicas para formar practicantes de la lectura y la escritura, lectores que sepan “elegir el material escrito adecuado para buscar la solución de problemas que deben enfrentar y no sólo alumnos capaces de oralizar un texto seleccionado por otro” (Lerner, 2001, 40). Corresponde trascender algunas funciones “mecánicas” y promover prácticas que amplíen los horizontes del estudiante y le ayuden a solucionar problemas cotidianos. Es apremiante impulsar propuestas de formación en las cuales se den actividades mediadas por el disfrute hacia la lectura y se brinden otras miradas de lo literario. Se trata de exponer los estudiantes a narraciones que puedan deleitar y les permitan sensibilizarse con la historia, cuestionarla, criticarla, obtener un aire de esperanza y generar ideas que los ayuden a consolidar una opinión clara, coherente con el país y su papel en ella.

La literatura, en cierta forma, puede ser el todo y la nada de aquello que llamamos sociedad. En concordancia con tal visión, es oportuno integrar a la escuela obras comunes a los estudiantes, con las cuales emprendan lecturas fundadas en un acto reflexivo con miras a pensar y querer ejercer un cambio significativo en la sociedad. La función de la literatura, entre otras, es disfrutar de una narración, acceder a realidades ajenas y permitirse cuestionar el mundo. El modo de lograr tal cuestionamiento es discutir con el texto y analizar las posturas del autor. Para el caso particular, una literatura que surge de un contexto común al lector, aporta a esa visión de ser un estímulo para el cambio. Si bien leer obras producidas en otras latitudes también habla de la condición humana, profundiza en ella y propone miradas alternas, la literatura nacional se dirige más a transformar el país, ya que se basa en aquello a lo que el lector se expone recurrentemente. Bajo esta línea de sentido, en la escuela se

generan prácticas lectoras y se conocen diferentes narrativas, instancias oportunas al aducir un papel transformador en la literatura: ¿Qué mejor lugar que aquel donde nos formamos en las letras?

Para los escritores es usual tomar como material novelable los hechos que marcaron su nación, la destruyeron, llevaron a repensarla, cambiar su rumbo o proponer caminos más alentadores a las desgracias vividas. Tal característica es aplicable en Colombia; desde los albores de nuestra narrativa los autores se sirven de las guerras, la disparidad política, la necesidad del colombiano de encontrar un lugar en el mundo, los paisajes que oferta el territorio y nuestra riqueza cultural, para construir sus historias. Según Pineda Botero, la novela colombiana alcanza fácilmente las cinco mil obras (1999,13). Muchas de ellas han quedado guardadas en los anaqueles de las bibliotecas, con pocos lectores aventurados a conocer nuestro pasado. Esas novelas son testigos de un país donde habita la vida y la muerte, la guerra y la paz, la libertad y el secuestro, hechos comunes para un pueblo expuesto a vicisitudes que superan la ficción y desbordan los límites de la imaginación. Al ser conscientes de tales contrasentidos y reconociendo la amplia producción novelística nacional, cómo ceñirse, entonces, a un subgénero para dar cuenta de las reformas por las que ha atravesado el país, los avances arquitectónicos de las ciudades y cómo estos traen nuevas formas de comprender la realidad.

Para elegir cuál era al subgénero de la novela más apropiado para emprender la investigación, primero resultó vital clarificar cómo se estaba concibiendo la literatura para afirmar que ella ayuda a modificar lo que hemos constituido a nivel político, social y cultural como seres de lenguaje. En esa exploración, algunas de las acotaciones fueron que en la literatura reposa la vida y el recuerdo de lo que implica ser humano, en ella se recogen pasiones, deseos, miedos e ilusiones. Como indica Cristine Nöstlinger “la literatura es mundo transformado en lenguaje” (citada por Abril y Roa, 2001, 44); bebe de lo real para existir y si bien es una representación de la realidad, no es una copia, pues eso la pondría al nivel de un periódico que plasma los actos tal cual acontece. Es una percepción que si cuenta con elementos creíbles y está bien estructurada, ingresa en el campo de lo posible. La escritura exige al autor recopilar datos e idear escenarios que él considera oportunos para su obra; si relaciona suficientes conocimientos sobre una época, a partir del ejercicio hermenéutico, puede reconstruir algunos de los sentires o situaciones que ocurrieron. Por tanto, la literatura

alberga la dualidad planteada por Martín Heidegger referente al lenguaje, ser el “más inocente de los bienes” y el “más peligroso de los bienes” (1992, 2); puede ser un *bien inocente* abocado a la escritura, lectura y análisis, o el *bien más peligroso* porque trasciende la palabra y se instaura en los hechos: crea, deforma, estimula o adormece pensamientos y visiones del mundo.

La literatura puede aportar para cambiar estructuras mentales, las cuales, por su parte, desembocarían en nuevas actitudes y nuevas normas de convivencia. Pero también puede aportar para solidificar estructuras mentales, o para reconfirmar lo ya conocido, o para reafirmar valores (Pöppel, 2004, 117).

La literatura “no es menos real que lo que se llama realidad” (Fernández Ferrer citado por Borges, 2004, 87) y, en igual medida, vale recordar las palabras de Barthes: “la literatura, independientemente del estilo o corriente a la que pertenezca, es realista ya que ella es la realidad percibida, o sea, el resplandor mismo de lo real” (1998, 124). De esta forma, se percibe que ella configura una imagen plausible de la realidad y ayuda a crear imágenes de un tiempo sin necesidad de vivirlo.

Entre los diversos géneros, la novela parece testimoniar con mayor claridad los vestigios del hombre. En ella se congregan otros géneros; no es raro encontrar pequeñas historias en medio de la trama, discursos de profundidad filosófica o frases de carácter poético. Así mismo, el resaltar la narrativa colombiana responde a que “quizá no exista otro registro más completo y variado para comprender las vivencias de las gentes, sus ilusiones y pesares, sus cambios de sensibilidad a través de las épocas, que el corpus inmenso de la novela” (Pineda, 1999, 13). La novela captura una época, y gracias a su extensión variable tiene la posibilidad de extenderse en sus apreciaciones, sin prestar atención a la cantidad de páginas. En ella se crea una imagen integral de los personajes (forma de ser, pensar, sentir, expresarse, su evolución física y psicológica); en cuanto a los espacios, se da la licencia de describirlos o pasarlos de largo, según sea el caso, evidenciando así el avance y deterioro de las ciudades, el campo, los lugares abiertos (parques, plazas, paisajes naturales, etcétera) o cerrados (casas, restaurantes, bares, etcétera); referente al ámbito cultural, concede apreciaciones sobre los modos de vida (costumbres y tradiciones, percepciones del mundo, formas de establecer vínculos familiares o sociales). Leer una novela no es solo conocer una ficción, también es construir, a partir de alguien que documentó, estudió y recopiló datos sobre una época, la imagen que tenemos del pasado.

Atendiendo al volumen de materiales señalado por Pineda Botero, a la par de la cantidad de temas y épocas susceptibles de estudiarse, la monografía buscó un periodo crítico que permitiera pensar la realidad del país, pasada y presente. Aunque nuestra historia no es fragmentada y un acontecimiento es resultado de otro, sí existen momentos de crisis en los cuales se iniciaron prácticas y formas de vida que continúan afectando el país; en ese buscar, la década de 1980 se perfiló como idónea. Por aquellos años el gobierno enfrentó el inicio del narcotráfico; el comercio ilegal de estupefacientes empezó a tomar fuerza y a determinar las clases sociales, sujetas a una continua fluctuación (la clase alta intentaba mantener su posición, mientras ciertos grupos de ricos emergentes se labraban un mejor lugar en el escalafón social); la migración del campo a las ciudades aumentaba, y la violencia no diezmaba. Esos años parecen ser el punto de partida o el recrudecimiento de problemas vigentes hoy en día. Bajo este panorama, el punto restante fue determinar qué subgénero de la novela se dio durante los ochenta y cuál atendió a la compleja amalgama social de un país donde se daban nuevas formas de comercio y se transformaba la noción de legalidad, al tiempo que el hombre luchaba con un conglomerado de edificios que se abrían de par en par. En consecuencia, el subgénero urbano respondió a los elementos planteados, y entre la voluminosa producción, *Sin remedio* de Antonio Caballero destacó al ser considerada por los críticos como la novela que sintetiza la estética dominante en los autores de aquellos años.

En la novela *urbana*, más allá del espacio físico –que puede estar conformado por los más diversos paisajes urbanos, incluso por espacios cerrados e íntimos de los protagonistas– se hace esencial una ideología urbana como foco desde el cual se mira el mundo y se construye la narración. Si bien los espacios físicos de la ciudad aparecen también como escenario, en este subgénero de la novela la ciudad se configura como mundo interior de los personajes y del narrador, se convierte en el prisma que refracta la realidad para conferirle una función estética (Mejía, 2010:4).

La novela urbana renovó las letras. Posterior al *Boom latinoamericano* de mediados del siglo XX, la preocupación no reposaba únicamente en encontrar y cobijarse con una identidad que permitiera a los pueblos del continente responder a dónde pertenecían y qué elementos los arraigaban a su territorio. Desde los sesenta con el avance desmedido de las ciudades, surgía la pregunta por cómo el hombre enfrentaría las grandes urbes, resistiría a la industrialización y las migraciones de los ambientes rurales o cómo asumiría el maremágnum de cambios que se le venían.

Es en las ciudades masificadas de la segunda mitad del siglo XX en las que se dan las condiciones para el surgimiento y la consolidación de la novela urbana en Colombia. Las principales ciudades colombianas comenzaron a desenvolverse como centros urbanos

plenamente masificados durante las décadas del sesenta y el setenta, y los cambios sociales que conlleva este proceso se hacen presentes también en el desarrollo de la historia literaria en Colombia (Mejía, 2010, 6).

Es así como inicia una novela que, debido a la expansión de las ciudades, se venía fraguando con tal intensidad que llegados los ochenta ya existía un número importante de obras enmarcadas en lo urbano, cuyos autores son denominados por Ángel Rama “contestatarios del poder” (2006).

Este fue, según el crítico, un grupo de escritores latinoamericanos que se caracterizó por acudir al realismo enmarcado en un mundo urbano, con la intención de alejarse de los parámetros estéticos impuestos por el Boom y en busca del “sentido histórico de nuestro destino presente” (Rama, 2006, 90) (Mejía, 2010, 8).

Entre los títulos publicados en este periodo se destacan, como lo indica Luz Mary Giraldo (2000): *Compañeros de viaje* (1982) y *Los parientes de Ester* (1984) de Luis Fayad; *La tejedora de coronas* (1982) y *El signo del pez* (1982) de Germán Espinosa; *Conciertos del desconcierto* (1981) de Manuel Giraldo; *Entre ruinas* (1983) de Héctor Sánchez; *Trasplante a Nueva York* (1983) de Álvaro Pineda Botero; *Todo o nada* (1983) de Óscar Collazos; y autores como Fanny Buitrago, R. H. Moreno Durán, Darío Ruiz Gómez, Fernando Vallejo, entre otros. No obstante, la obra de Caballero condensa buena parte del estilo urbano, al exponer una nación indolente, corrupta y violenta, habitada por la doble moral, el desarraigo cultural y territorial de una Bogotá que abraza el olvido de su historia.

Antonio Caballero logra con su novela *Sin remedio* la expresión del equilibrio entre la mentalidad urbana y su entorno, la inquietud autoreflexiva del escritor-personaje, la recreación de la sensibilidad del intelectual apático y burgués y la consignación de una escritura de tono realista (Giraldo, 2000, 153).

*Sin remedio* constata cómo desde finales de los setenta se apunta a la conformación de un canon diferente, acorde con la crisis de valores nacionales y consecuente con las desgastadas propuestas de los años sesenta y principios de los setenta. Su protagonista, Ignacio Escobar, representa un hombre cuyo interés por la vida está perdido y solo subsiste en él un arrojamiento a todo lo que experimenta un país marcado por la polarización política, la desigualdad social y dinámicas emergentes como la violencia y el narcotráfico. Caballero explora una visión desgastada del mundo; observa críticamente el poder dominante, cuestiona las formas de vida y pone en crisis los valores establecidos como “normales”. Ignacio “es otro Ulises parodiado que está perdido dentro del gran mundo urbano” (Orozco, 2004, 76). Él evidencia un elemento característico de este nuevo tipo de escritura que muestra de diversas maneras “la crisis irredenta, la contradicción de los espacios, el conflicto constante y el hacinamiento de los habitantes y las formas expresivas que construyen y

destruyen [...] dándole paso al absurdo y al vacío existencial característico del personaje bucólico” (Giraldo, 2000). El protagonista de Caballero expresa lo contrario a lo planteado en la *novela de ciudad* que presta atención a los espacios físicos sin dar relevancia al personaje y sus ideas.

En la novela urbana, la ciudad no solo habla del avance arquitectónico, también estipula una forma de pensar, sentir y expresarse. Se convierte en el vehículo para hablar de lo que ocurre en cada estrato social, cómo los ricos conviven con los pobres y cómo nacen otras formas de vida. Es un caleidoscopio para observar un país que creía progresar con nuevos edificios, sin prestar atención a las necesidades del pueblo. Ignacio Escobar se autoexilia, no tiene una identificación con la realidad fría y arbitraria ni con aquellos de su grupo social a quienes “la alienación de los de su misma clase [...] los separa del país campesino y subdesarrollado en el que les tocó nacer. Viven en un país que no les pertenece, son extraños a él” (Orozco, 2004,79). Así mismo, la novela expone personajes que pueden percibirse como prototipos del ciudadano bogotano de los ochenta. El coronel Aureliano Buendía, monseñor Boterito Jaramillo y doña Leonor, representan en su individualidad el pensamiento colectivo, al retratar con sus formas de comportarse, hablar y vestirse, cómo eran percibidas la figura militar, religiosa y social. En palabras de Gabriel García Márquez esos personajes:

No son caricaturas de personajes conocidos, sino que cada cuadro es una caricatura completa de toda la sociedad colombiana, que a Caballero le parece pervertida y condenada, y que a su modo de ver no tiene salvación, como el protagonista de la novela, tan parecido a él mismo (García Márquez citado por Reina, 2014).

Caballero retrata una sociedad que ingresa a la modernidad y no sabe cómo hacerle frente; de esta forma, parece existir un diálogo entre su descripción del mundo y el país; su mirada se mantiene entre la utopía de un mañana mejor y el desastre y la derrota, siempre latente, de un país que no tiene cura, está herido y sujeto al devenir contemporáneo. Sus palabras proponen un retrato irónico, propio de un narrador desenfadado, sobre una nación cuya actualidad no dista mucho de la propuesta por él hace varias décadas. Los personajes de la novela son arquetipos de personas de la vida real; el protagonista puede encarnar al campesino, al artista, al poeta melancólico y al mismo tiempo todos juntos pueden reflejar cualquier persona.

Si el artista (en nuestro caso el novelista) se encuentra condicionado por su momento histórico, como consecuencia también su obra lo está. Así, ésta puede ser considerada como

una huella o testimonio de la época, o en otras palabras la memoria sobre creencias, recuerdos históricos, mitos que se comparten [...] la herencia cultural de un pueblo se mantiene gracias a esos testimonios, que transmiten los rasgos de identidad (Lince, 2013, 15).

Por lo tanto, parece posible creer que leer esta novela puede gestar una transformación social, debido a la forma novedosa de presentar los hechos, en relación con otras obras del mismo periodo de tiempo de su publicación. La investigación, entonces, encontró en la novela una forma de acercarse los ochenta y desde allí contemplar el origen de problemáticas que han aquejado a Colombia durante el siglo XX y XXI. Así mismo, al identificar que *Sin remedio* es reconocida, por parte de los críticos, como una de las novelas urbanas más destacables de su género, se presentó como ideal para pensar las transformaciones que ha atravesado el país. Es así que asumir una perspectiva de análisis hermenéutico al momento de leerla, es proponer un camino para analizar el ecosistema social, en tanto el lector identifica en ella fenómenos comunes en su cotidianidad, al tiempo que perceptibles en el contexto que lo rodea.

Para asegurar la comunicación del sentido que se quiere transmitir, debe existir una serie de reglas compartidas entre el uso del lenguaje de quien relata sus impresiones sobre una situación o hecho y de quien recibe ese mensaje. Entre quien escribe acerca de sus emociones y quien lee y traduce deben existir reglas de interpretación para no hacerlo arbitrariamente (Lince, 2015, 13).

Otro criterio que determinó la elección de la novela se debió a que, como anota Rosa M. Lince, deben existir reglas de interpretación entre quien escribe y quien recibe; de esa forma, no se desbordan los sentidos aplicables al texto. El primer componente para establecer el diálogo es compartir el lenguaje utilizado por el autor, esto facilitará al lector establecer relaciones entre los referentes conocidos por él y aquellos que se le presentan. Ahora bien, no siempre se leen libros en el idioma que fueron escritos. Tal circunstancia hace necesario precisar que la labor del traductor no es cambiar unas palabras por otras; al traducir es crucial mantener el sentido inicial. Para lograrlo, corresponde entender que una lengua implica una forma particular de pensar y expresarse; es decir, para transmitir bien el mensaje es necesario integrarse a esas formas de comprensión. Es por este motivo que ser parte del sistema de pensamiento del autor enriquece la interpretación.

Porque es mucho más fácil comunicarnos con las personas con las que compartimos la lengua materna, porque no sólo se establece una comunicación de forma más sencilla, sino que se facilita la coincidencia entre sentido y significado, entre escritor y lector (Lince, 2015, 26).

Cuando existe un lenguaje compartido, no solo se establece una relación comunicativa más sencilla, también se presenta una coincidencia entre los significados que



las palabras aportan al sentido global de la narración. No quiere decir esto que existe mayor dificultad interpretar una novela para quien no es hablante nativo, si no de anotar que formar parte del código lingüístico del autor enriquece la comprensión, contrario a leer una traducción que carga la interpretación del traductor. Esta precisión es importante, pues el trabajo asumió como parte esencial de los procesos de formación literaria el leer obras colombianas. Las estudiantes no solo conocieron textos que refieren, en muchos casos, a temas conocidos por ellas o basados en situaciones que han experimentado o escuchado, también integran un círculo comunicativo que les permitió enriquecer sus análisis. Al defender lo colombiano, no se excluyen los autores latinoamericanos o universales, lo que se busca es destacar la importancia de conocer varias literaturas y priorizar, en ciertas ocasiones, aquellas cercanas a los estudiantes.

Una obra es siempre actual y pese al tiempo nos sigue hablando. En todo texto, independientemente de la época en que fue escrito, hay algo en común a nuestra naturaleza humana. De este modo, cada intérprete encontrará la manera de ponerse del lado del autor para tratar de establecer sintonía, para que las palabras sean como anillos de una cadena, con valor por sí mismas y por las relaciones que establecen entre lo que ha pasado y lo que está por venir (Leo, 2016, 18).

En la obra de arte queda manifiesto, en alguna medida, el momento histórico en el que fue pensada; el autor se vale de impresiones personales para nutrir su narrativa: dónde nació, cómo se educó, las amistades que tuvo, su familia, su forma de apreciar la realidad.

La raíz de todas las historias es la experiencia de quien las inventa, lo vivido es la fuente que irriga las ficciones. Esto no significa, desde luego, que una novela sea siempre una biografía disimulada de su autor; más bien que en toda ficción, aun en la de imaginación más libérrima, es posible rastrear un punto de partida, una semilla íntima, visceralmente ligado a una suma de vivencias de quien la fraguó (Vargas Llosa, 1997,14).

Por otra parte, las ficciones son estructuras construidas sobre la base de hechos, personas y circunstancias que marcaron la vida del escritor y activaron su fantasía creadora. Dichos elementos llegan a ser tantos y tan diversos que resulta imposible algunas veces identificar si existe un material autobiográfico al interior de la obra. Lo único claro es que una parte del autor se plasma en el libro; como dicta Gabriel Zaid “La mejor razón para escribir es poder leer algo que uno necesitaba leer” (2010). Al leer se conocen otras posturas, pero llega un momento cuando surge la necesidad de plantear algo propio y surge la necesidad de emprender una exégesis que permita abordar los problemas desde otra posición. En ese instante, la lectura desborda el mero acto de comprensión y se interna en un ejercicio creativo y de debate. Y ahí es donde se empieza a entrever que la obra puede reflejar no solo opiniones de un autor, también incertidumbres, quejas, reclamos. Por estos motivos, el

trabajo asumió la novela urbana, ya que esta testimonia una época relevante para el panorama colombiano actual, siembra duda, genera una inquisición de aquello que ha vivido el país y cuáles son las consecuencias de tales sucesos. Antonio Caballero es testigo; sus personajes observan una ciudad que ingresa a la modernidad de los ochenta y no sabe cómo hacerle frente. Pocas novelas muestran de manera tan incisiva, irónica, incluso burlesca, “el desarrollo” de un país que va dejando un reguero de seres humanos abandonados a su suerte y presas del destino.

La novela parece invitar a pensar cómo determinadas acontecimientos narrados en ella, no son algo etéreo, hablan de la condición humana: por qué el hombre es como es, por qué emprende ciertas acciones y deja olvidadas otras, por qué se lastima o lastima a otras personas; en otras palabras, la novela es “un excelente elemento de formación individual y colectiva, que permite plantearnos preguntas y reflexionar sobre nuestra sociedad” (Etxaniz citado por Álvarez y Díez, 2013, 22). *Sin remedio*, entonces, es un objeto de estudio, al tiempo que una vía para examinar si es posible un mejor futuro; Caballero estudia las pasiones, sentimientos y luchas propias de los hombres de ciudad y los trasciende para evidenciar lo que en ellos tienen de universal. En palabras de Luz Mary Giraldo, “el autor parte de las fórmulas enaltecidas por la cultura oficial y las desacraliza” (2000, 84). Presenta la imagen de los próceres políticos, del presidente, los militares y religiosos, de los más destacados miembros de la aristocracia bogotana, de los partidos políticos y sus principios; de poemas y referencias literarias, filosóficas y artísticas, para recrear la Bogotá de los setenta y ochenta, y presentar en tono burlesco el malestar general de un país. Ahora bien, teniendo claros los parámetros literarios que dan forma a la monografía, resulta oportuno anotar cuáles son sus antecedentes.

Al desarrollar una investigación alrededor de la literatura colombiana no se procuró alcanzar una idea general e inequívoca de que la literatura se consolida como la única herramienta necesaria a la hora de pensar y analizar la sociedad; así mismo, como aquel mecanismo, instrumento o herramienta que de no poseerse conduce la humanidad a un destino fatídico. Al contrario, se plantea una propuesta bajo la cual se enlazan dos elementos, la literatura y la formación literaria (adscrita a su vez al componente pedagógico) como una vía para pensar la sociedad que habitamos. Para evidenciar esta influencia se creó un club de lectura bajo el título *Entre la fábula y la utopía* donde se analizó si es posible indicar que leer

una novela puede contribuir a la comprensión de la realidad nacional y, así mismo, constituirse en un medio para promover espacios de reflexión donde los estudiantes piensen su realidad y generen actividades que permitan transformarla.

El estudio cobra importancia en dos campos, el primero de ellos el literario. Si bien en torno a la literatura se han desplegado un sinnúmero de investigaciones, estas poco se han enfocado en estudiar su influencia en la vida cotidiana. La valía de la investigación radica en asumir la novela urbana como un elemento que brinda al lector un refugio para pensar su realidad, ponerla en crisis y renovarla. Así mismo, analizar la literatura nacional aclara el panorama histórico y su relación con las letras, respecto al por qué de las guerras, cuál ha sido la posición del pueblo en ellas, cómo han enfrentado la barbarie, la violencia; cómo el gobierno ha respondido a las demandas y necesidades de aquellos que debe proteger, y, cuál ha sido el papel de la cultura, la economía, la religión y la educación en cada uno de los momentos de conmoción. La literatura colombiana alberga temas que abordan una realidad triste, melancólica, pero también propone una mirada esperanzadora, en ella habita la magia, la fantasía y aunque muchas, en especial las suscritas a lo urbano, muestran una visión triste y demacrada, tal condición debe incentivar a poner en cuestión que no todo debe ser así.

El segundo campo en el cual se aporta es la educación, en los procesos de enseñanza que tomen como punto de partida la literatura. Para este segundo fin, se destaca la importancia de reconocer la literatura colombiana en la escuela, promover su lectura y crear espacios de formación en los cuales los estudiantes encuentren en ella, además de un logro estético destacable, un medio para pensar el pasado, presente y futuro de su país. La importancia de esta segunda contribución reposa en la necesidad de mirar cómo la escuela está reconociendo el papel de la literatura en la enseñanza y cómo no se debe resumir la lectura a procesos memorísticos o evaluación de temas y conceptos, instancia común, y mejor entender que leer despierta preguntas, invita a indagar por qué los personajes de una novela se expresan de cierta forma. La investigación propuso así la figura docente como pieza clave del proceso lector, ya que él orienta, guía, resuelve dudas y puede aportar ideas que los estudiantes no han concebido con anterioridad; así mismo se sugiere la necesidad de rescatar la voz del estudiante en sus procesos formativos, reconociendo y destacando su participación al decidir qué leer y cómo sus intereses nutren la elección de los textos.

En el panorama futuro de Colombia que debe pensar el posconflicto, será esencial examinar el constructo social, y, desde la educación, mirar qué papel jugará la literatura. En los países en guerra es vital que las letras atestigüen los problemas que afectan el territorio y postulen soluciones al porvenir. Es así que el trabajo planteó un análisis que observa el futuro del país en relación con su producción escrita.

Al explorar si existe una incidencia de la literatura en nuestro entorno, fue indispensable apuntar que la novela urbana suscita una comprensión de la historia y propicia, a través de un ejercicio de lectura dirigido, cambios perceptibles en el contexto que habita el lector. No obstante, tal premisa aún era una mera suposición y es tal instancia la que obligó a encontrar herramientas que evidenciaran, a través del ejercicio pedagógico, si la literatura en verdad puede generar un cambio. Por lo tanto, para ampliar el componente teórico se expone el trabajo de campo en un club de lectura que permitió evidenciar lo dicho a nivel conceptual. Lo que se da aquí, entonces, es una unión de enfoques. Se parte de un saber literario que brinda bases conceptuales claras, al tiempo que se reconoce la importancia de la práctica pedagógica para generar espacios de lectura donde se debata qué es literatura y para qué la literatura. En consecuencia, la pregunta que guía las páginas de aquí en adelante es: ¿Por qué asumir la novela urbana *Sin remedio* de Antonio Caballero como un medio para pensar la realidad social, política y cultural de Colombia y por qué su lectura, en un club literario del Colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, puede contribuir a transformar el pensamiento y la sociedad colombiana?

## 2. Metodología

*Sin duda, como afirma Luis Goytisolo, cada lector hace que la obra exista y a cada cual le hace entender la vida de un modo distinto. Precisamente, la hermenéutica nace a partir de la polisemia, porque donde hay univocidad no hace falta la interpretación. Sin embargo, al leer un texto se puede oscilar entre la escasa curiosidad e inclinación a la sospecha, o bien, excederse en las virtudes opuestas.*

(Leo, 2016, 15).

### 2.1. Método de investigación

Al desarrollar una investigación hay que tener claros los distintos elementos involucrados al elaborar cada una de sus etapas. Atendiendo a tal condición y entendiendo el método como la manera de alcanzar los objetivos o el procedimiento para ordenar la actividad, el trabajo de grado se proyectó como una investigación cualitativa que no esperó alcanzar un conocimiento del cual derivaran formulas generales o patrones que bajo la posible recreación de las condiciones, delimitaciones y circunstancias aquí planteadas, tuviesen como resultado los datos y análisis presentados; contrario a ello, siguiendo las características del paradigma cualitativo, la investigación asumió

Que la "realidad" se define a través de las interpretaciones de los participantes en la investigación respecto de sus propias realidades. De este modo, convergen varias "realidades", por lo menos la de los participantes, la del investigador y la que se produce mediante la interacción de todos los actores. Además son realidades que van modificándose conforme transcurre el estudio. Estas realidades son las fuentes de datos (Sampieri, Collado, Lucio, 2006, 50).

Es así que el estudio tomó como referencia un ambiente escolar concreto donde se comprobaran o negaran sus postulados teóricos y creó una propuesta de formación literaria que si bien puede ser acogida por futuros licenciados en sus formatos de planeación e integración de la literatura en el aula, no se ha de caer en el error de intentar recrear el mismo ambiente, ya que la realidad de los participantes de un club de lectura, cambia según el tiempo, espacio y condiciones en las cuales se ubiquen.

Como ya se indicó, este trabajo partió de dos focos temáticos. Primero se emprendió un estudio literario de corte analítico e interpretativo de una novela urbana desde la cual se buscó comprender la realidad social, política y cultural de Colombia durante los años ochenta; razón por la cual el trabajo contiene un componente histórico importante referente a cómo la literatura retrata y comunica determinadas épocas. Segundo, se presenta un proyecto de formación literaria (club de lectura) que apoyado en el análisis de *Sin remedio*, analiza el papel de la literatura en la escuela y cómo desde allí se pueden proponer otros

puntos de comprensión, referentes a su influencia en la sociedad. En el estudio literario se identificaron las características narrativas de *Sin remedio* que la constituyen en una obra oportuna al pensar la historia y la sociedad colombiana de los ochenta; tal particularidad de atestiguar el pasado, permitió proponerla como un camino para esclarecer, partiendo del ejercicio lector de estudiantes de undécimo grado, en qué medida la literatura estimula, provoca, crea o es causa de la transformación en las dimensiones sociales, políticas y culturales de Colombia. Al tener claros los temas abordados por la novela, se reflexionó sobre el papel de la literatura en los ambientes educativos y su contribución en las etapas de formación por las cuales atraviesan los estudiantes. Así mismo, la monografía abordó el texto literario a través de la lectura compartida, lo cual permitió considerar infinitud de aproximaciones posibles:

Según mi manera de verlo, el aspecto esencial para intentar comprender el texto es observar y considerar la infinitud de aproximaciones que se pueden llevar a cabo para analizarlo, y admitir —lo cual no significa aceptar— la gran cantidad de ángulos exegéticos, en ocasiones polémicos, que lo caracterizan (Leo, 2016, 14).

Retomando lo dicho en primera instancia, se asumió el paradigma cualitativo para atender a esa realidad en continuo cambio que aportan cada uno de los involucrados en el acto investigativo y comprender la diversidad de aproximaciones que nutren el análisis de una obra. En este caso, tales aproximaciones son dadas por las participantes del club.

Dentro del enfoque cualitativo existe una variedad de concepciones o marcos de interpretación, como ya se comentó, pero en todos ellos hay un común denominador que podríamos situar en el concepto de patrón cultural (Colby, 1996), que parte de la premisa de que toda cultura o sistema social tiene un modo único para entender situaciones y eventos. Esta cosmovisión, o manera de ver el mundo, afecta la conducta humana (Hernández, Fernández, Baptista, 2006, 50).

Investigar, siguiendo las ideas de Julieta Leo (2016), proviene del término *vestigium* (ir en pos de la huella o la pista). Ello indica que al investigar es probable los propósitos iniciales se modifiquen, por lo que será necesario estar preparado para buscar y guiarse con otras pistas, de tal modo que los resultados aporten otros medios para acceder a la obra literaria. Partiendo de tal propuesta, la interpretación de la novela se concretó siguiendo todas las pistas que nutrieron el análisis. En ese camino el método de investigación seleccionado fue la hermenéutica con un enfoque participativo.

Al momento de leer la novela y asumirla como objeto de estudio, se partió de devolver a la literatura su labor instrumental\* tan sacralizada en los estudios literarios modernos e incluso, en mayor proporción, en las aulas educativas. La investigación asumió la novela bajo una mirada que trascendiera el disfrute estético; en otras palabras, que la obra además de generar placer al ser leída, ya que esa sería la primera pauta para acercarse a un libro: generar empatía con él, amerita percibirse en tanto elemento susceptible de estudiarse bajo ciertos parámetros de análisis; proceso durante el cual se puede enriquecer la lectura\*\*. Leer novelas es sumergirse en la posibilidad de permearse por múltiples visiones e interpretaciones frente a un mismo elemento. De esta forma, se escogió la hermenéutica debido a su característica de captar la información que sirve como base del análisis. Este método o perspectiva investigativa:

Implica la captación a través de la interpretación y el diálogo del sentido de lo que el otro o los otros quieren decir con sus palabras o sus silencios, con sus acciones o inmovilidades. Estos procesos de investigación son de desarrollo en espiral o de naturaleza multiciclo y obedecen a una modalidad de diseño flexible. Esto significa que las hipótesis no son fijas a lo largo del recorrido investigativo, sino que se trabajan dentro de un enfoque heurístico o generativo, lo que indica que cada descubrimiento se convierte en el punto de partida de un nuevo ciclo investigativo de un mismo proceso de investigación (Cuervo, 2003, 92).

Así mismo, la hermenéutica incluye o, más bien, contiene el enigma del texto de encontrar, hallar su sentido, a partir de la comprensión de la historia y la significación asignada por el sujeto lector. El estudio partió de un análisis literario en el cual necesariamente se involucró el componente histórico, no solo porque la novela objeto de estudio fuese publicada en 1984 sino porque era preciso comprender la época en la cual apareció, para establecer relaciones más coherentes entre literatura y sociedad. Ahora bien, al contar con la interpretación como pilar del análisis y desarrollarse el trabajo en una de las instituciones sociales más importantes (la escuela), es oportuno anotar que el paradigma interpretativo concibe la realidad “social como una construcción colectiva de sentido. Lo

---

\* La manera en que se asume la labor instrumental será abordado con mayor detalle en el capítulo *Club de lectura: entre la fábula y la utopía*. Por ahora, es preciso hacer una aclaración: no se trata de instrumentalizar la literatura en virtud de utilizarla mecánicamente para enseñar un conocimiento, sino de visualizar en ella funciones específicas.

\*\* Puede creerse que esto desvalora el valor romántico de leer literatura: el placer de encontrarse con nuevas experiencias. No obstante, se trata de destacar cómo en la obra convive un elemento de disfrute y de análisis. No siempre será necesario estudiar una obra al momento de leerse, pues también es valioso acercarse por la libertad de disfrutar lo que en ella reposa; sin embargo, será oportuno, cuando la obra lo permita, pensarla bajo ángulos más allá del disfrute, en los cuales se estudie teniendo en cuenta la historia, el análisis de sus elementos y la asignación de sentidos a cada una de sus partes; instancia en la que continua presente el disfrute bajo perspectivas de recepción estética, fundadas en el acceso a otras formas de conocimiento.

social no es algo ajeno y fuera de nosotros, es algo en lo que estamos metidos y que sólo se comprende desde nosotros, como dos espejos que se observan entre sí” (Cuervo, 2003, 91).

Partiendo de tales presupuestos, se tomó el ejercicio interpretativo como la multiplicidad de sentidos aplicables a un texto y la novela *Sin remedio*, un libro abierto a ellos. Al respecto Umberto Eco expresa

Un texto <<abierto>> sigue siendo un texto, y un texto puede suscitar infinitas lecturas sin permitir, en cambio, cualquier lectura posible. Es imposible decir cuál es la mejor interpretación de un texto, pero es posible decir cuáles son las equivocadas (Eco, 1992,121).

En este punto, es oportuno destacar que la interpretación desde una postura hermenéutica no conlleva únicamente proponer sentidos y posibilidades de respuesta a las preguntas que se plantean al momento de efectuar la lectura; también involucra un ejercicio de análisis, comprensión y reflexión en el cual se contempla la dimensión social e histórica tanto de la novela como del sujeto lector. Como resultado, la interpretación aplicada a la obra de Caballero tiene sus bases en las dinámicas cotidianas de vida por las cuales atraviesan los lectores, pues es claro que “las interpretaciones hermenéuticas siempre deben basarse en [...] las concepciones que ya tenemos, es decir, inicialmente deben basarse en nuestra comprensión cotidiana” (Dreyfus y Haugeland citados por Cohen y Omery, 2003, 171). Esto evidencia que la exégesis de la novela no partió de cero. Se sustentó en los marcos de comprensión con los cuales contaban los lectores al momento de hacer el análisis.

La monografía contempló en sus múltiples componentes un escenario en el cual se corroborara el papel transformador de la literatura. Es por ello que al buscar el método, fue indispensable encontrar uno coherente con las actividades del club. El ejercicio interpretativo se dividió en tres etapas; la primera, el trabajo desarrollado por el licenciado en formación, la segunda en las dinámicas y actividades propuestas para el club de lectura y, la tercera, posterior al club, cuando se nutrió la interpretación lograda en los dos momentos iniciales. De lo anterior, resulta que el método sea hermenéutico y el enfoque participativo.

El enfoque participativo deriva del pensamiento de Stanley Fish\*. Si bien no se encuentra información relativa al método hermenéutico con el adjetivo de *participativo*, los

---

\* El sustento teórico bajo el cual se da claridad al enfoque participativo, parte del término “comunidades interpretativas” presente en varios autores entre los cuales destacan Jean-Luc Nancy, Gianni Vattino, Richard Rorty y Umberto Eco (su libro *Los límites de la interpretación*, nutrió y aclaró la definición del enfoque y su aplicación), así como en los postulados de Hans George Gadamer quien entiende el mismo término bajo otro ángulo: “comunidades hermenéuticas”. Es preciso anotar que Fish presenta una mirada convencional sobre las *comunidades interpretativas*; sin embargo, el enfoque participativo tiene asidero en sus postulados ya que si



parámetros de la monografía evidenciaron la necesidad de proponer una nueva mirada. Ello se da debido a que se requirió un método que destacara la participación de las estudiantes del club y su contribución en el análisis de la novela. Aunque se desarrolló un análisis previo al club, la investigación cobró relevancia al convocar otros lectores; y si bien la hermenéutica fue ideal al momento de proponer un estudio literario, no cumplió con las expectativas al involucrar estudiantes como sujetos del proceso investigativo. Entendiendo que las voces de las estudiantes brindaron claridad conceptual, ampliaron la propuesta de formación literaria y concretaron el análisis, visibilizando el papel transformador de la literatura, se repensó el método y propició una visión que le acogiera.

Al final, se concluyó que el método era apropiado, pero debía ser abordado desde una óptica que contemplara la participación de varias personas en la interpretación. Se inició un rastreo para identificar si la hermenéutica en tanto método de investigación ha sido y podía ser trabajado bajo enfoques específicos. Posterior a la búsqueda, se encontró información sobre las *comunidades interpretativas*, base teórica para lo que habría de denominarse enfoque participativo\*; entendiendo este no solo como la participación de diferentes personas en el análisis, sino como la búsqueda de sentidos bajo una óptica múltiple. En otras palabras, una interpretación en la cual se indagan, analizan y construyen respuestas, a partir de la confluencia de sentidos que exponen diferentes percepciones frente a una misma idea, percepciones que estimulan una relación investigativa interpersonal en un escenario educativo, donde convergen el análisis del maestro y los estudiantes. Si bien la hermenéutica no reduce la interpretación a un sujeto y llega a contemplar las labores interpretativas de

---

bien algunos de sus puntos son diametralmente opuestos a los autores nombrados, enriquecen el concepto que se quiere dar a entender. Así mismo, es de indicar que la referencia a estos autores es porque aunque se parte de la teoría de Fish, ésta se nutre de las ideas planteadas por ellos, las cuales en unos puntos son más pertinentes que las promulgadas por él mismo. Las citas presentadas respecto al término “comunidades interpretativas” surgen del texto de Juan Antonio Gonzales de Requena Farré: *Comunidades interpretativas. perspectivas de la hermenéutica literaria de Stanley Fish* (2009).

\* El término *participativo* no hace alusión a la *Investigación acción participante* (IAP). Al momento de desarrollarse una investigación, esta puede acoger dos caminos. Una *perspectiva interpretativa* en la cual se incluyen las propuestas metodológicas como la etnografía, la historia y la hermenéutica, en ella se incluyen los estudios documentales, literarios, estados del arte y los relatos orales. El segundo camino es la *perspectiva explicativa*, crítica y alternativa cuyas propuestas metodológicas contemplan los enfoques de Investigación acción e Investigación acción participantes, así como la reconstrucción de la historia y la sistematización de experiencias. En consecuencia, la presente investigación asume el primer camino pues procura un estudio aplicado en un ambiente educativo (formación literaria), y no uno en el cual la participación del investigador modifique las conductas de las participantes del club de lectura o este recopile datos de experiencias logradas allí. Tales ideas se irán desglosando con mayor detalle durante las siguientes páginas.

varios individuos en un mismo estudio, asignarle un enfoque participativo, hace hincapié y destaca la importancia del escenario formativo propuesto por el club de lectura, y, el grupo de estudiantes que posibilitaron la formalización del análisis.

Al proponer una investigación con dos focos de trabajo, el método hermenéutico atendía principalmente al primero (el literario), desconociendo en parte los planteamientos propuestos por el segundo (el educativo). El enfoque participativo acopla los dos campos, al contemplar que el estudio literario se amplió, modificó y nutrió a partir de los procesos de interpretación desarrollados por estudiantes. El objetivo no fue sistematizar la experiencia del club; se trató de visualizar las ideas que apoyados en las actividades de un club, los lectores obtenían de sus lecturas. No se trató de una IAP, ya que los textos y grabaciones\* no fueron motivo de análisis, sistematización o clasificación de la información. Aunque una relación pedagógica (maestro-estudiante-actores educativos), implica compartir visiones de mundo y establecer nuevas relaciones de saber, el investigador procuró no influir las visiones de las estudiantes, ya que se quería conocer sus opiniones y no aquellas modificadas por el maestro. Teniendo claro esto, no se desconoce que en cualquier instancia, las relaciones que se establecen con otras personas trastocan nuestra forma de ser y nos acercan a otras comprensiones de la realidad. Tal idea es más evidente cuando hablamos de un ambiente educativo o, en este caso, un club de lectura, donde los participantes exponen parte de su ser. El maestro propuso actividades, promovió la participación en escenarios de lectura, enseñó temas y expresó su pasión por la literatura; de esta forma, es posible haya generado alguna influencia en la visión de cada lectora. En el producto final de tal interacción, expresado en talleres y grabaciones, se evidencia cómo maestro y estudiantes nutren sus percepciones sobre la lectura; no obstante, se destacan son las ideas de las jóvenes puestas en diálogo con la formulación teórica del maestro quien parte de ellas, para ampliar el análisis y la propuesta de formación literaria en la escuela. 1 8 0 3

Cabe aclarar que aunque el ejercicio hermenéutico estimuló la inclusión de diversas voces, dando paso a la coexistencia de diferentes interpretaciones sin aseverar que existe una

---

\*Grabaciones y talleres son el soporte que corrobora las propuestas con las cuales partió este trabajo. Como se verá en el apartado *análisis*, se emplean fragmentos y citas literales de las interpretaciones logradas en el club. Si bien dicha información no se sistematiza en sabanas categoriales o tablas de análisis, sí fue objeto de una exhaustiva lectura y transcripción, para estructurar el análisis y evidenciar con la opinión de varias estudiantes que la literatura transformó sus ideas.

única y verdadera, sí partió de unas premisas que permitieron emprender la labor interpretativa sin sobrepasar las proporciones del texto; se acogió la idea de la diversidad de sentidos aplicables a una obra sin ir en contravía de lo que ella propone.

No es verdad que...todas las lecturas sean igualmente válidas...ciertas lecturas están, sin duda, equivocadas...A menudo revelar un aspecto de la obra de un autor significa ignorar o dejar en la penumbra otros aspectos. Algunas interpretaciones profundizan más en la estructura del texto que otras (Hillis citado por Eco, 1992, 42).

Es así que las estudiantes ayudaron a revelar esos sentidos escondidos y encontrar ideas que si bien en el proceso de lectura no siempre se dan fácil, son precisamente las que dependiendo de la visión que tiene cada lector aportan al significado del texto.

El objetivo de la hermenéutica es descubrir el significado que no se manifiesta de inmediato a nuestra intuición, analizándolo y describiéndolo. Los intérpretes tienen que ir más allá de lo que se da de manera directa. Sin embargo, al intentarlo, han de usar los presupuestos ordinarios y cotidianos como claves de significados que no se dan, al menos no de manera explícita (Morse, 2003, 171).

Así mismo, tal dinámica de interpretación involucra los significados que ya conocen las jóvenes debido a su contexto. Ellas hacen uso de su vida cotidiana, de las referencias que ya tienen y arman el sentido con cada uno de esos elementos constantes en sus vidas; en otras palabras, “las interpretaciones hermenéuticas siempre deben basarse en (estar dentro del horizonte de) las concepciones que ya tenemos, es decir, inicialmente deben basarse en nuestra comprensión cotidiana fenomenológica”. (Dreyfus y Haugeland, 1979, 171). Bajo esta idea de la interpretación es que converge una relación esencial con las comunidades interpretativas. Stanley Fish entiende la interpretación como un proceso marcado, principalmente, por la institucionalidad y el convencionalismo. No admite que un sujeto puede desarrollar procesos de interpretación alejado de las condiciones que le supone vivir en un ambiente social, “es preciso —según Fish— compartir una manera de pensar, una actividad general y una forma de vida, en las cuales ya estamos involucrados, a través de las metas, procedimientos y valores de que participamos” (González, 2009, 237). Si bien se puede interpretar una obra sin pertenecer al contexto en que se produce, habitar ese contexto genera procesos de análisis más provechosos. En otras palabras, “la construcción del sentido y la donación de significado ocurren [...] simultáneamente con la identificación del contexto y con la aprehensión de cierta estructura de comprensión, que se da como un trasfondo social de prácticas y propósitos compartidos” (Fish, 1982:313-318).

En otras palabras, al conocer la universalidad del uso del lenguaje (texto) como el portador de todo (influencias culturales e históricas) lo que la gente incorpora en el proceso de

comprender, entonces el hecho de comprender se origina en la experiencia lingüística del mundo (Gadamer citado en Ray, 2003, 144).

El conocimiento del código bajo el cual se formula la obra enriquece los sentidos que le son aplicados. En esa línea de sentido, Fish entiende las comunidades interpretativas como todas aquellas pautas compartidas social y culturalmente que posibilitan o generan una interpretación acertada de la obra. Para él no pertenecemos a una sola comunidad interpretativa sino que cada lector es participe de diferentes contextos intencionales, asociados situacionalmente a comunidades interpretativas diversas. Bajo esta mirada, el enfoque participativo alude a la pluralidad de intenciones y sentidos que se aplicaron a *Sin remedio* y cómo tal pluralidad partió de un conocimiento del contexto en el cual fue producida. Es de anotar que no se acogió la mirada radical de Fish al creer que únicamente existen comunidades interpretativas condicionadas por lo institucional y los entornos sociales. Se entiende que el enfoque participativo cobija una comunidad interpretativa no limitada por un contexto sino nutrida a partir de uno.

Como pone de manifiesto la contemporánea hermenéutica de la comunidad, la experiencia de la comunidad interpretativa no se deja reducir al dominio de la obra objetivable y producible ni a la autocomplacencia de un conjunto de artefactos institucionales o de un repertorio de disposiciones estratégicas profesionales (tal y como podría pensarse desde el convencionalismo retórico e institucional de Fish). Pensar la comunidad interpretativa no puede consistir tan sólo en la consagración de la opacidad e inercia de las prácticas institucionales y profesionales (por muy desfondadas que —como ocurre en el enfoque de Fish— se las considere) (González, 2009, 247).

Se percibe la comunidad interpretativa no como el estar sujetos a una interpretación inequívoca que se nos impone desde lo que piensa alguien más, sino como la posibilidad de sentidos que se dan en la interpelación de ideas producto de estar sumergidos en un común social. En resumen, el término participativo refiere a que el análisis desarrollado por las estudiantes será parte esencial en la identificación de los arquetipos. Cabe agregar como se verá más adelante, que el enfoque participativo también guarda relación con la teoría de Jung\*. Por lo que esta mirada no solo aportó a comprender cómo una obra literaria trasciende el ejercicio lector, también ayudó a nombrar el proceso por medio del cual las estudiantes del club analizaron la obra y distinguieron sus elementos narrativos como una posibilidad para reconocer su capacidad de ser más que un objeto pasivo en la construcción social.

---

\* Esta idea se amplía al final del apartado: *sentido de los arquetipos*, previo al análisis del club de lectura.

### 3. Contexto

Se presentan los acontecimientos más importantes de 1980 a 1990 en Colombia, para dar claridad al lector de las dinámicas sociales, políticas, culturales y literarias durante los ochenta; así conocerá las referencias históricas y literarias indicadas en el capítulo sobre el proyecto de formación literaria.

#### 3.1. Contexto histórico: los ochenta, una década de convulsiones

En la novela urbana colombiana de los años setenta y ochenta la configuración de los protagonistas, la descripción de las ciudades y el tratamiento o visión de la realidad se encuentran mediadas por un contexto histórico del cual los autores toman gran cantidad de elementos que imprimen a su obra un tono de realidad y los acercan, siguiendo la idea propuesta por Valencia Solanilla (1988), al componente histórico como una forma de reescribir la historia en busca de una identidad individual o colectiva. Los escritores y en especial Antonio Caballero toman las ideas, símbolos y figuras enaltecidas por la cultura de su época y las desacralizan. Carlos Fuentes se refiere a esta característica narrativa indicando que “el arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia” (1976, 89).

Entendiendo que en *Sin remedio* se rastrean varios acontecimientos de finales de los setenta y principios de los ochenta, se presentan algunos de los hechos que marcaron la historia durante dicho periodo y permiten entender cómo la novela urbana mencionada consolida una imagen de su tiempo y constituye un elemento importante a la hora de acercarse a situaciones que el lector no ha vivido, pero la lectura le hace posible experimentar. Los ochenta significaron para Colombia diez años de conmoción. En el transcurso de ese decenio ocurrieron gran cantidad de hechos que marcaron y continúan marcando la realidad de un país cuyo clima político, social y cultural se reforma constantemente, afectando la vida cotidiana de sus ciudadanos y proponiéndoles nuevas formas de comprensión que les exigen pensar su papel en las dinámicas que los afectan directamente. Si bien algunos de los hechos que más tuvieron trascendencia son los referidos al malestar político que padecía el país, es de destacar que tal esfera permea los demás estratos de la vida pública colombiana. La

política dictaminó gran parte de los sucesos que vivieron los colombianos. A pesar del periodo de tiempo al cual se circunscribe el trabajo, la novela de Caballero habría que situarla a finales de los setenta y principios de los ochenta. Muchos hechos de los años setenta se trasplantaron y continuaron sin mayores cambios durante los ochenta.

En cada autor reposa cierto tono que le diferencia de otros escritores de su generación e incluso de generaciones anteriores o posteriores a él. Es fácil distinguir si se está leyendo a Gabriel García Márquez, Álvaro Salóm Becerra o Eduardo Caballero Calderón, por nombrar algunos. Si leyésemos un libro sin que se nos indicase el título del mismo, es probable que se logre identificar el autor por su tratamiento narrativo. En esa línea de sentido, aquello que distingue a Antonio Caballero es que el énfasis de su narrativa se da al articular en una narración realista y un lenguaje coloquial. En su obra son constantes cuatro temas: la violencia, la politiquería, la hegemonía de EEUU sobre Colombia y el narcotráfico; los cuales si bien han sido constantes en la historia colombiana, a finales de los setenta y la totalidad de la década siguiente tuvieron su mayor escalada. Se nombran las causas y el curso del Frente Nacional, momento que traería como consecuencias: la migración del campo a las ciudades, la conmoción social causada por el gobierno y sus guerras políticas, y el surgimiento del narcotráfico en la vida pública y prácticas culturales urbanas. Si bien cada tema se interrelaciona, se parte de ciertos momentos cruciales para plantear otros más.

### **3.1.1. Causas y curso**

En 1974 culmina el acuerdo bipartito del Frente Civil, posteriormente llamado Frente Nacional (1958-1974), pactado por un periodo de 16 años entre los partidos Liberal y Conservador, quienes pretendían encontrar una salida para lo que la Iglesia, las clases dirigentes y los grupos políticos dominantes asimilaban como una dictadura por parte del general Gustavo Rojas Pinilla, establecido en el poder tras el golpe de Estado en 1953 contra el presidente Laureano Gómez, en alegato a la reforma constitucional que este preparaba. El Frente Nacional pretendió ser una salida a la situación que estaba viviendo el país desde la muerte de Jorge Eliécer Gaitán (9 de abril de 1948), a raíz de la cual se recrudeció el periodo conocido como La Violencia (1948-1958). Es de destacar que si bien la guerra entre liberales y conservadores se redujo, no puede indicarse que el pacto firmado por los dos partidos logró conciliar exitosamente la polarización política; trajo avances en ciertos sectores, pero fue la cuna de otros malestares que nos han aquejado durante los últimos cincuenta años.

El Frente Nacional esperaba ser una salida a las disputas que se gestaron entre los dos grandes partidos desde 1948, pero fue la antesala de la guerra que el país habría de enfrentar en las décadas siguientes. Es durante este periodo que se aprecia con total claridad la consolidación de las FARC, el ELN y el M-19, movimientos insurgentes que serían la causa de muertes, violencia sin control y un déficit social en crecimiento. Aunque durante el Frente Nacional el país avanzó en aspectos como infraestructura y un aparente desarrollo económico, la debilidad del Estado y su inconsistencia para enfrentar las minorías armadas dio pie a un largo periodo de inestabilidad que se sumó al surgimiento del narcotráfico, la polarización política y el desbalance social que continúa aquejando la realidad nacional. Tal instancia se menciona ya que *Sin remedio* envuelve varios de los hechos que transcurrieron en el país y si bien no puede indicarse que se limita a un solo momento, sí que su narrativa representa con mayor fuerza algunos acontecimientos. En lo relativo a los setenta, la novela destaca el periodo posterior al Frente Nacional, cuando se presentaron las contiendas electorales entre el conservador Álvaro Gómez Hurtado y el liberal Alfonso López Michelsen quien sería el presidente electo (1974-1978). Por esos años, a pesar de la relativa paz, la vida transcurría bajo la pugna entre los partidos tradicionales que parecía no tener tregua. Por si fuera poco, la política empezó a ser permeada por el naciente narcotráfico, al respecto Alejandro Reyes Posada (2009) indica que durante el mandato de López Michelsen se dio una tolerancia frente al narcotráfico que facilitó el crecimiento de estos negocios ilegales; intransigencia extendida a otros periodos presidenciales como el de Julio César Turbay (1978-1982), que no representó mayor cambio. Por último, se destaca el mandato de Belisario Betancur de 1982 a 1986, periodo que ve “el surgimiento del narcotráfico a mayor escala y su inserción en todos los órdenes de la vida social, entre ellos la política” (Orozco, 2004, 78).

A pesar que Colombia no ha tenido una estabilidad que le brinde un desarrollo social destacable, sí ha sido víctima de problemáticas que terminaron creando grandes brechas que debido a la desconexión entre mandatos presidenciales y la desarticulación que el Estado ha provocado en la población, no han podido ser solucionados. Puede afirmarse que es a finales de los setenta cuando se generan los escenarios sociales que habrían de afectar el panorama nacional de los ochenta y posteriores años, tales como la diferencia de clases, el desempleo, la violencia en aumento, la polarización política (pertenecer a uno u otro partido), la inserción

de la guerra en las dinámicas de ciudad y los movimientos sociales de izquierda en pleno ascenso.

La clase política, además, se veía desestabilizada por la influencia de la ideología política y activista de la izquierda, que había cobrado fuerza desde principios de los años sesenta en Latinoamérica. Esto, en gran medida, a raíz del éxito de la revolución cubana llevada a cabo por “una generación no manchada por fracasos políticos anteriores” (Mejía, 2010, 98).

La aparición de las ideologías de izquierda contribuyó a que la juventud de la época consolidara su experimento de que la lucha armada era el camino hacia el poder y la transformación social. A la par de estas nuevas ideas que empezaban a insertarse en la conciencia ciudadana, se acrecentó el avance que las principales ciudades de Colombia habían estado experimentado durante los últimos veinte años. Si bien el deterioro político era palpable, los gobiernos anteriores y posteriores al Frente Nacional nunca frenaron el crecimiento de las ciudades y más bien apostaron a fomentarlo. Hecho contradictorio, ya que nunca atendieron las problemáticas urbanas, permitiendo su avance sin claridad del rumbo que tomaban las urbes. Por ello, en lo concerniente a la dimensión social cabe destacar la transformación urbana y las dinámicas que trajo consigo: el desplazamiento rural al ambiente citadino, la industrialización y la instauración de ideas de desarrollo centradas en la infraestructura vial. Esas nuevas realidades propusieron formas de entender el territorio, transformaron el pensamiento e incentivaron la búsqueda de prácticas culturales que consolidaran un ideal de ciudadano que debía pensar cómo enfrentarse al mundo. Pequeñas ciudades como Bogotá, Medellín y Cali que empezaban a perfilarse como grandes urbes en los años 30, para 1970 ya habían triplicado su población que cuarenta años atrás no sobrepasaba los 300.000 habitantes.

A más de un millón llegó también hacia 1970 la población de dos ciudades colombianas del Valle del Cauca, Cali y Medellín, ambas constituidas en centros comerciales e industriales de zonas muy ricas, pero cuya población rural optó por la emigración: más de 400.000 campesinos llegaron a Medellín entre 1938 y 1968 para instalarse en los barrios piratas de la ciudad (Romero, 1999, 397).

Una de las principales causas para que este crecimiento sucediera y continuara su ascenso, era la lucha armada generada en el campo y la desatención por parte del gobierno hacia el desarrollo del mismo. Las ciudades avanzaban a costa de los campesinos. Aunque ellos sustentaban el ritmo de vida urbana, no eran vistos como parte integral del desarrollo. Las formas de vida más atractivas se establecieron en los ambientes citadinos, que debido a su avance atrajeron los habitantes del agro que buscaban mejores oportunidades. La inexistencia de políticas de inversión apropiadas y efectivas en lo rural, causó oleadas de



nuevos pobladores que encontraron en las capitales esperanzas de una mejor vida. En tal migración fue donde se gestó un ambiente urbano. El crecimiento generó actividades culturales y formas de socializar que atendieron la diversidad de habitantes.

El trabajo urbano se hacía en compañía de otros trabajadores con quienes compartir, primero la tarea, y luego el comentario, las reacciones, quizá la lucha contra la patronal a través de sindicatos que ofrecían la posibilidad de una intensa participación en la vida social. El trabajador vivía en un ambiente urbano, compacto, tentador. De día las calles estaban llenas de gente y sólo verlas era un espectáculo; de noche se iluminaban, y también encendían sus luces los negocios, los cines, los teatros, los cafés. Había dónde ir. Y los domingos se ofrecían diversiones populares que reunían muchas gentes y en las que hasta se podían dejar de lado las represiones cotidianas. Quizá lo más duro era tener un techo; pero a la larga se lo conseguía, bueno o malo (Romero, 1999, 394).

A pesar de la cultura que trajo consigo la inmersión en las ciudades, la vida no resultó igual para todos. Algunos alcanzaron el estatus de vida que las industrias prometían a sus empleados, mientras otros no gozaron de la misma opción y cayeron en la miseria que habían querido evitar huyendo de los campos. La migración fue producto, siguiendo las ideas de Clara Victoria Mejía (2010), de la violencia bipartidista que el Frente Nacional quería terminar. Los campesinos para 1960 representaron la base de la oposición al oficialismo. Movimientos como el Movimiento Revolucionario Liberal –MRL– tenían su origen en el problema de acceso a la tierra. Es por ello que la alianza bipartidista se enfocó en ganar el favor del sector rural, por medio de programas como la reforma agraria que fueron poco efectivos y lentos, y que en vez de generar procesos de desarrollo dejaron a un lado los problemas que enfrentaban las ciudades. A pesar que en el último periodo presidencial del Frente Nacional Misael Pastrana Borrero consideró los problemas urbanos, no fue el momento indicado para tomar conciencia del amplio desarrollo que habían sufrido ciudades como Bogotá y Medellín.

El fenómeno latinoamericano seguía de cerca al que se había producido en los países europeos y en los Estados Unidos, pero adquirió caracteres socioculturales distintos. En algunas ciudades comenzaron a constituirse esos imprecisos grupos sociales, ajenos a la estructura tradicional, que recibieron el nombre de masas. Y allí donde aparecieron, el conjunto de la sociedad urbana comenzó a masificarse (Romero, 1999, 388).

No se logró consolidar un proyecto de avance para el campo ni para las ciudades. Colombia se convirtió en una masa informe de problemas. Las recién aparecidas masas se concentraron en las metrópolis y la sociedad comenzó a fragmentarse sin encontrar puntos de integración.

### **3.1.2. Consecuencias**

El crecimiento y la débil política para generar procesos de desarrollo sostenible ocasionaron problemas en el acceso a las condiciones básicas de vida; la oferta laboral no consiguió soportar la demanda debido a la cantidad de solicitantes y el control sobre el narcotráfico no fue efectivo; quienes no habían alcanzado la vida prometida por las industrias vieron en las drogas una ruta para alcanzar el estatus social deseado. La división social se incrementó. Como resultado ya la cuestión no era solo bipartidista, se entraba a un nuevo malestar, el desconcierto social y la diferencia de clases.

Las tensiones sociales se intensificaron, porque el crecimiento desmesurado de la población urbana originó un círculo vicioso: mientras más crecía la ciudad más expectativas creaba y, en consecuencia, más gente atraía porque parecía que podía absorberla, pero, en rigor, el número de quienes se incorporaban a la estructura urbana era siempre superior a lo que la estructura podía soportar. Era inevitable que la explosión urbana, nacida de una explosión sociodemográfica, desencadenara a su vez graves explosiones sociales en el seno de las ciudades (Romero, 1999, 395).

Colombia vio gestarse durante el Frente Nacional una política deprimente que no acató las necesidades y a pesar de estimular proyectos económicos y de infraestructura así como propuestas de inversión al sector rural (iniciativas propias del gobierno de Guillermo León Valencia (1962-1966), retomadas por los dirigentes posteriores), lo hizo de tal forma que no fueron apropiadas y generaron escenarios de conflicto. Terminado el pacto bipartidista, los problemas de migración se hicieron evidentes y ya no había forma de contenerlos. Es por ello que los gobiernos de finales de los setenta y principios de los ochenta procuraron encontrar alternativas de solución, pero expuestos a las oleadas de conflictos que trajo consigo la explosión urbana, donde ya lo único importante no eran los edificios sino las mentalidades de desigualdad que se habían estado creando en la ciudadanía, no pudieron encontrar solución y solo les quedó establecer alternativas que mitigaran los nuevos escenarios. En este punto, las masas fueron inestables.

Sus miembros no se sintieron nunca miembros de ellas, ni ella existió, en rigor, sino para sus adversarios. Nunca quisieron sus miembros formar 'otra' sociedad, sino incorporarse a ésta en la que se habían introducido e insertado trabajosamente, ésta que admiraban y envidiaban, ésta que, sin embargo, los rechazaba y a la que, por desdén, agredían. Drama de odio y amor que el individuo conoce bien, pero que las sociedades sólo raramente llevan al plano de la conciencia (Romero, 1999, 409).

El gobierno terminó por perder el control sobre lo que ocurría en Colombia. Las políticas públicas desatendieron la realidad y trabajaban en la solución de problemas que no podían ser solucionados si primero no se atendían las exigencias primarias; el aumento del

desempleo y la violencia comenzó a ser el origen de bandas y grupos que concebían en las armas el camino más rápido para hacer valer sus derechos.

Las masas son formaciones sociales virtuales, y una circunstancia cualquiera puede operar como factor desencadenante de su aglutinación. Y es evidente que tanto las pequeñas clases medias como los sectores populares han conservado la capacidad de masificarse, sobre todo en aquellas sociedades urbanas que, por el volumen de su población, han perdido la capacidad de ejercer el control social sobre los individuos. Ciudades multitudinarias, las masas existen virtualmente en ellas (Romero, 1999, 413).

La nueva Colombia de guerras e inconformismos llevó sus habitantes a tratar de labrarse un mejor porvenir. En muchos casos la solución fue la creación de barrios en los límites de la ciudad, intentado construir un techo medianamente digno. Regresar al campo no era una opción. Aquellos que decidieron no conseguir fortuna con el tráfico de drogas les sobrevino soportar las muertes, los atentados, asesinatos y peleas entre políticos y narcotraficantes. Para muchos colombianos, la vida fue sobrevivir el día a día, procurando salir adelante después de sufrir los estragos de un país que no mejoraba las condiciones de vida salvo para una pequeña parte de la población.

La literatura, testigo de todas aquellas transformaciones por las que atravesó el pueblo, empezó a reconocer en el desconcierto del nuevo mundo una luz que dio paso a pensar un porvenir más promisorio. Los escritores empezaron a dejar atrás historias centradas en lo rural, el bipartidismo y la violencia. Ya la cuestión era otra; iniciaron la búsqueda de sentidos y horizontes que les permitieran comprender que si bien ciertos fenómenos fueron resultado del pasado, debían pensarse bajo otra óptica, no desde la diferencia, sino cómo las dinámicas de las ciudades traían consigo una problemática más esencial, incluso básica (el problema existencial), desde la cual no se podían cambiar las condiciones que los habían traído hasta ese punto, pero sí mejorar ese presente condensado en edificios, calles, violencia, coca y avaricia. Los interrogantes que los guiaron fueron: cómo poder enfrentar ese mundo, cómo hacerle frente a la nueva mentalidad urbana, cómo responder al universo que les atacaba por todos lados sin brindarles soluciones. Ese fue el origen para que novelas como *Sin remedio* consolidaran el retrato de un momento concreto, y estimularan pensar una sociedad como la bogotana que se chocaba con el sistema urbano impuesto en los ochenta y que en las últimas décadas ha sido la base de los problemas actuales.

### **3.2. Personajes destacados de la época\***

Debido a un periodo tan crítico a nivel social, político y cultural como lo fueron los ochenta, diversos personajes resaltaron por el papel que tuvieron en el panorama nacional y por la imagen que presentaron de Colombia al mundo. Algunas personas lograron trascender el tiempo debido a sus hazañas. Sea por el cargo ocupado en el gobierno, las políticas desarrolladas, su acogida o repudio, así como su impacto en la sociedad, se recogen algunos de los personajes cuyo papel en la vida pública fue destacable. Atendiendo a los parámetros postulados para el estudio, se presentan algunos personajes considerados relevantes en el marco narrativo propuesto por Caballero en su novela.

#### **3.2.1. Política**

A pesar que se enfatizan los personajes influyentes durante los ochenta, es oportuno nombrar algunos hombres cuyas formas de gobierno y de pensar marcaron la historia política durante los setenta. Teniendo claro lo sucedido durante el Frente Nacional, algunos de los presidentes que tuvo y las principales políticas de la época, es conveniente mencionar algunos personajes protagónicos. Después del Frente Nacional las elecciones buscaron generar una apertura a partidos políticos no tradicionales, lamentablemente tal ideal no logró florecer. Para el periodo 1974-1978, los candidatos fueron Álvaro Gómez Hurtado por el partido conservador, Alfonso López Michelsen por el partido Liberal y María Eugenia Rojas por la ANAPO –Alianza Nacional Popular, liderada por el General Gustavo Rojas Pinilla, destituido hace 16 años del poder por su progresismo—. A pesar de la apertura a uno de los partidos de mayor oposición al gobierno, la contienda política solo se dio entre los representantes de los partidos tradicionales, dando como ganador a López Michelsen, para el cual si bien era claro que el Frente Nacional había culminado, dio una participación equitativa a liberales y conservadores en su gobierno. Fue evidente que existía en Colombia una represión contra la disidencia política y los pensamientos que no estuvieran a la par del que sustentaba el poder. Posterior a la presidencia de Michelsen destacan dos gobiernos. Primero

---

\*No se crea un apartado para personajes destacados de la sociedad, ya que al hablar de sociedad se congrega todo aquello de lo que se ha estado hablando; los diferentes nombres y descripciones que se han dado y darán, brindan una imagen de tal componente.

el de Julio César Turbay que en palabras de Antonio Caballero (2002) fue un gobierno que amplió la inmoralidad

Si Turbay hubiera reducido la inmoralidad a sus justas proporciones, estaríamos viviendo en uno de los países más limpios del planeta. Por otro lado, de él se recordarán el Estatuto de Seguridad, el inicio generalizado de las torturas – que habían empezado en tiempos de López Michelsen – y las desapariciones [...] que también habían empezado antes (Iragorri, 2002, 82).

Turbay no significó para el país un punto que permitiera plantear el inicio de un nuevo sistema de gobierno. Más bien continuó el camino y el débil aliento de lucha contra el narcotráfico que el presidente Belisario Betancur, enfrentó durante los años de su mandato (1982- 1986). De este presidente, Caballero expresa:

Belisario fue el primer presidente que se dio cuenta de que la violencia en Colombia tenía lo que él llamó dos orígenes: las causas objetivas y las subjetivas (...) Al parecer, hasta ese momento no existían razones objetivas por las cuales mucha gente respondía con violencia a la represión del Estado. Pero Belisario trató de convencer a los militares y a los civiles de que eso era así, y por lo mismo empezó a considerar a las guerrillas no simplemente como un fenómeno de delincuencia común, sino de naturaleza política, e inició unas conversaciones con las FARC y el M-19 (Iragorri, 2002, 83).

Sin embargo, al no convencer a la fuerza pública ni mucho menos a los militantes de los grupos armados que la solución debía darse a través del diálogo, se terminó dando la incursión armada en el Palacio de justicia por parte del M-19, el 6 de Noviembre de 1985, y con ello la contra-toma en la cual murieron civiles y jueces de la Corte Suprema de Justicia. Esto hecho habría de cerrar la solución a la violencia política que vivía el país. Por si fuera poco, en el periodo de Belisario Betancur es cuando el narcotráfico que había venido tomando fuerza durante los últimos años, se inserta en todos los escenarios y se convierte en un modo de vida. Los periodos presidenciales posteriores se centrarán en combatirlo sin mayores logros y más bien dirigir los recursos estatales a una lucha sin cuartel.

En los ochenta cabe destacar, entonces, la figura de Pablo Escobar, principal jefe del narcotráfico quien llegó a sustentar la figura de diputado, retirada en 1983 al descubrirse sus actividades ilegales. Las publicaciones del diario *El Espectador* sobre sus actividades ilícitas pusieron de manifiesto que el narcotráfico ya no se trataba de un problema menor sino que habría cobrado tal fuerza que incluso había tejido fuertes relaciones con la política.

Este es el comienzo de un mal divorcio ya que los narcotraficantes empiezan por un lado a cobrarle a aquellos políticos que no <<cumplieron>> con su parte al ser comprado por el dinero de la droga o aquellos que por su lucha directa empezaron a desmontar todas sus conquistas adquiridas (Orozco, 2004, 78).

Es así como producto de ese divorcio, caen a manos de sicarios dos de las figuras políticas más importantes de la década: el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla en 1984 y Luis Carlos Galán en 1989. Hombres que ejemplificaron la fallida lucha del gobierno y constataron el comienzo del nuevo fenómeno del sicariato, caracterizado por la presencia de jóvenes que no habían tenido esperanzas de vida y en medio del desorden social, ubicaron en el asesinato una forma de destacarse y consolidar una pequeña fortuna.

Dentro del narcotráfico hay una fuerte estructura vertical que va desde el gran capo hasta el simple sicario que es el instrumento de justicia directa. Entre ellos existe un cumulo de mandos medios que son los que reclutan jóvenes, consiguen armas, transportan la droga, consiguen <<mulas>>, administras laboratorios, etc. (Orozco, 2004, 78).

En Colombia los valores de bueno y malo sufren una inversión. Muchas personas dejan de preocuparse por cómo están construyendo su vida y se concentran en tener dinero. Mientras, aquellos que continúan su vida bajo los márgenes sociales sufren la derrota del sistema cada vez más corroído.

### **3.2.2. Cultura**

En medio de las dinámicas de Gobierno y la problemática nacional, cabe citar algunos nombres clave en la historia. Indiferente del horror que ocasionó y ser uno de los principales responsables de la inserción del narcotráfico en la vida social, política, económica y cultural, es necesario hablar de Pablo Escobar, una de las más grandes huellas de sangre que se ha implantado al territorio colombiano. Su vida y lo que de ella hizo, ocasionó uno de los periodos más traumáticos para la esfera social y política del país. Fue uno de los más grandes narcotraficantes y a él se ligaron gran cantidad de atentados que afectaron a políticos, efectivos de la fuerza pública y civiles (en muchas ocasiones víctimas colaterales debido a los ataques desproporcionados que realizada por medio de bombas y sicarios).

Aunque no se puede resumir la cultura de los ochenta a la figura de Pablo Escobar, sí es de anotarse que él fue responsable de algunas de las muertes más importantes del siglo, entre las cuales se incluyen las ya mencionadas y la del director de *El Espectador* para aquella época, Guillermo Cano (1925-1986) quien estuvo al mando del diario desde 1952 hasta el día de su muerte. Pablo Escobar y su actuar marcó el inicio de una era de terror que habría de embargar a Colombia hasta su muerte en 1993. Durante su vida ganó detractores y adeptos, pues fue un hombre que en medio de su demoniaco actuar, también aportó ayudas a personas

de bajos recursos, por lo que su ilegalidad determinó la vida en los barrios de Medellín y Bogotá.

Reconociendo la cultura como todos aquellos rasgos, identidades, prácticas, costumbres y tradiciones que distinguen a un pueblo, se tienen en cuenta todos aquellos personajes que influyeron en la vida pública nacional de los ochenta, es decir que también son evidencia de las dinámicas culturales los presidentes, personajes destacados de la farándula ya nombrados y los escritores urbanos.

### **3.3. Contexto literario**

Durante los ochenta las letras colombianas atestiguaron el malestar social de una década de desencantos, dando como resultado una nueva moldura narrativa en la cual los autores renovaron el tratamiento de los temas que abordaban en sus obras, así como el papel de la escritura frente al desarrollo de las ciudades y los procesos políticos, culturales y económicos que se fueron fomentando. Es por ello que partiendo del contexto propiciado por los setenta, los ochenta vieron nacer una novela en la cual lo urbano se constituyó en factor esencial para hablar sobre las dinámicas sociales. El surgimiento de nuevas formas de asumir el avance de las metrópolis auspició la consolidación del subgénero urbano, en el cual se trató de dar un lugar preponderante a las ciudades y albergar una visión de la realidad, en la cual se encararan los conflictos de las sociedades urbanizadas cuyos focos de interés estaban centrados en las relaciones humanas de las fábricas, la fragmentación y el desarraigo del ser.

La consolidación de la novela urbana se dio en un momento histórico de crisis que buscó entender el avance y cómo este permeaba cada una de las esferas de la sociedad que requería nuevas formas de expresar su realidad, atendiendo a los rumbos de comprensión que se establecían para los lectores.

Tomaron nueva forma en las letras y los diferentes escritores marcaron nuevos rumbos: el impulso de romper los límites, de reinventar modos narrativos, de apelar al nuevo lector, de reconocer la mentalidad problemática arraigada a las ciudades, de testimoniar la pérdida de coordenadas en el espacio urbano, de indagar en la historia y en la intrahistoria, de penetrar en la sociedad de consumo, en la nueva música, en el nuevo periodismo, en las diferentes formas de poder, en las nuevas clases y órdenes sociales; y al aprovechar todo tipo de discursos buscó su legitimación en la literatura, orientando los caminos del fin del siglo (Giraldo, 2000, 154).

### 3.3.1. ¿Qué sucedía en Colombia?

Al leer una novela, independiente del género al cual pertenezca, se percibe una época, un conjunto de elementos de la realidad que arman un universo autónomo desde el cual pensarla y reflexionarla. Es así que la novela termina por suscribirse a uno u otro género, debido a la forma en la cual se encuentra escrita o, en la mayoría de los casos, al momento en el cual se publica. Ello se debe a que la novela se ve condicionada por su época.

Si el artista (en nuestro caso el novelista) se encuentra condicionado por su momento histórico, como consecuencia también su obra lo está. Así, ésta puede ser considerada como una huella o testimonio de la época, o en otras palabras la memoria sobre creencias, recuerdos históricos, mitos que se comparten (Lince, 2013, 15).

Es decir que la novela no solo toma prestados algunos elementos de la realidad para construir su mundo, es también un medio por el cual la herencia cultural de un pueblo se mantiene, gracias a los testimonios que presenta. En términos de Rosa María Lince (2013), la novela ha de considerarse como el vehículo de un discurso del espíritu desde el cual es posible mantener los rasgos identitarios de una comunidad.

Mucho se ha hablado de la manifestación del espíritu humano que se constituye como un lenguaje que en tanto construcción simbólica es susceptible para ser considerada un recurso muy rico y a la vez legítimo para el estudio de lo social, lo político, filosófico e histórico que constituyen nuestra realidad (Lince, 2013, 15).

De esta forma se le puede asignar una función social a la novela, la cual al ser lenguaje puede comunicar ideas, sensaciones y sentimientos a sus lectores; es el medio ideal para hacerlo, porque en ella reside la posibilidad de construir un mundo con descripciones que doten de vida todo aquello que se dice. Si bien la novela en Colombia siempre ha podido ser asumida como un medio que atestigua y se convierte en una oportunidad para no dejar morir la identidad de un pueblo, en los ochenta los autores reclamarán con mayor fuerza esa opción. Al vivir sujetos a un sistema político opresor y estar expuestos a las vicisitudes que trajo consigo la década posterior a Frente Nacional, ellos verán en escribir la ruta para edificar un mejor país; sus novelas serán un medio para mostrar otras visiones.

Posterior al Boom latinoamericano de las décadas cincuenta y sesenta que trajo consigo la búsqueda de una nueva identidad, no bastaba concentrarse en qué identificaba y distinguía a los pueblos de América Latina. En la emergencia de las ciudades y la pérdida de sentido por parte de los ciudadanos respecto a su papel al interior del avance desmedido que afrontaban las grandes urbes, se apreció la necesidad de dar voz a esas realidades. En el



pensamiento de los autores del Boom –en el destacarían Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis para el caso colombiano, Carlos Fuentes y Juan Rulfo en México, los argentinos Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa en Perú, entre otros– se notaba un fuerte sentimiento americanista, pero llegada la década de los ochenta, en la cual se vivía claramente el problema de lo urbano, el pensamiento ciudadano se relacionó más con la desintegración del hombre y su mundo. En este sentido Luz Mary Giraldo (2010) propone tres categorías para evidenciar el proceso de consolidación de la novela urbana. Primero, alrededor de 1970, se empezó a gestar una literatura que acogía la ciudad estetizada (espacios urbanos que rodean a sus habitantes: calles, edificios, sitios comerciales, etcétera). En este punto bastaba que la obra se desarrollara en la ciudad, lo cual establece una diferencia frente a lo rural y detenta más el lugar dónde se vive y cómo se vive, sus consecuencias e influencias. El segundo momento se constituyó cuando el primero se afianzó y creó formas de vida alrededor de locaciones que estimularan fenómenos sociales cuya mentalidad partiera de ideas eminentemente urbanas. Unidas las dos primeras instancias se dio paso a una tercera, “una compleja vida urbana, correspondiente a una visión de totalidad y de convergencias” (Giraldo, 2010, 50) –en este punto habían pasado diez años, en los cuales la ciudad fue creciendo y permeándose de ideales extranjeros provenientes del imaginario ciudadano de Europa y Norteamérica–. En consecuencia, durante los ochenta los autores se centraron en narrar la ciudad como una forma de vivir y asumir el mundo. Muchos evidenciaron en los espacios reducidos: una alcoba, un monólogo o un bar, la absorción de las influencias sociales. En la novela urbana se logró, entonces, la coexistencia de lo íntimo, lo privado y lo público, para vislumbrar circunstancias como la angustia, la monotonía y el desencuentro; mostrar lo colectivo desde lo personal evidenció la mezcla de conocimientos, razas, culturas y modos de vida que reflejaron la condición amalgamada de las ciudades.

La transformación de las calles, la construcción de nuevos lugares o la destrucción de otros no dejó de aparecer en estas novelas. La ciudad y todo lo que allí sucedía era el medio para pensar el hombre, cómo estaba entendiendo su vida y qué lo ataba a una realidad de la cual se sentía separado. Entre las novelas urbanas destacaron aquellas que promulgaron la interpretación de fenómenos sociales que confrontaban la imagen de la vida urbana y tomaron como tema central la existencia frente al sistema, para revelar el desequilibrio, el consumo y los vicios que trajeron a las ciudades latinoamericanas.

Si bien autoras como Helena Araújo o Luz Mary Giraldo proponen el nacimiento de la novela urbana cercano al Boom, suscriben este subgénero no a un tiempo concreto sino a un avance que se da desde 1960 en adelante. Siguiendo la línea planteada por Álvaro Pineda Botero se precisa que la novela urbana tiene sus cimientos en los setenta, pero es durante los ochenta, producto de la migración del campo a la ciudad, que surge una narrativa netamente urbana. Y allí, en la lucha por encontrar una casa, comida y el sueño de una vida mejor, aparecen preocupaciones como el dinero y el tiempo, temas esenciales a la hora de pensar una década sujeta a la decadencia económica, donde el sentido de vivir comenzaba a perderse producto de las crecientes condiciones de violencia.

En primer lugar, es necesario observar la transformación, el tránsito de la literatura popular al ámbito urbano, que implica el paso de la oralidad al texto escrito y que da lugar por ejemplo a una diferente expresión de la literatura de cordel, así como una versión musicalizada, el tango. Ello es la concreción, a nivel de los imaginarios, del fenómeno de constitución de las ciudades y de la migración plural- urbana que comienza con el cambio del modelo de desarrollo desde el agro-exportador al proceso de industrialización (Vallejo y Laverde, 2009, 149).

En tal paradigma de inconformismos, los escritores cargados con todo este pensamiento y lo que él conllevaba, ven en la realidad un material de invaluable riqueza. Sus obras se convierten en un medio para interpretar el mundo, cuestionarlo; ser un testimonio de las características más destacables de su tiempo que posibilitará a lectores futuros hacerse partícipes de tal universo, comprenderlo y analizarlo en pro de encontrar soluciones a problemas semejantes.

### **3.3.2. Escritores y obras destacadas**

Entre los muchos autores que cabe mencionar de los ochenta, solo nos centraremos en los más nombrados. Para presentar aquellos cuyas obras generaron un mayor impacto o mejores logros narrativos, se parte del corpus y análisis construido por Lida Cristina Bedoya\*, Luz Mary Giraldo y el grupo de Investigación *Colombia: tradiciones de la palabra*.

Durante los ochenta los escritores exploraron nuevos rumbos impulsados por romper los límites, penetrar en la sociedad de consumo, apelar a los recientes valores, atestiguar la

---

\*El corpus propuesto por Lida Cristina Bedoya se toma del trabajo de investigación *La configuración del protagonista de la novela urbana en Colombia (1973-1984)* de Clara Victoria Mejía (2010), del cual también se extraen citas de novelas urbanas en las cuales se alude a hechos ocurridos durante el Frente Nacional. Estas novelas fueron publicadas durante los años setenta; sin embargo, son la antesala en el tratamiento de los temas de obras publicadas de 1980 a 1990.

perdida de coordenadas que indicaran cuál rumbo tomar, retratar las nuevas clases y órdenes sociales, así como hallar rutas que les dieran herramientas para hablar del panorama nacional. Es así que la desgastada búsqueda de una identidad latinoamericana propiciada en el Boom, abrió aristas donde los autores fueron testigos de un cambio de valores que les exigió encontrar alternativas diferentes al caos expresado en las ciudades. Giraldo indica que es desde fines de los setenta que se apunta a la conformación de un “canon diferente, acorde con la crisis de valores nacionales y mundiales, consecuente también con la fatiga por el macondismo y las propuestas de los años sesenta y setenta” (2010, 154).

Continuando con las ideas de Helena Araújo y Luz Mary Giraldo, la conformación de un nuevo canon inauguró la necesidad de conquistar un lenguaje; por su parte la afirmación de temas y discursos orientó los autores a dejar a un lado el realismo mágico de García Márquez y buscar otras voces en la cultura. En este tránsito, cabe resaltar a Andrés Caicedo con *¡Qué viva la música!* (1977), novela que en la mezcla del rock y la salsa revela el deterioro de una Cali en la cual sus habitantes buscan una salida al mundo que los atrapa. Caicedo, muestra la transición del mundo rural al urbano que parece ser el epicentro de la cultura. Refleja una ciudad que ya no le pertenece a los jóvenes y solo les queda apropiarse de ella a través del mundo nocturno y los sonidos de ciertos géneros musicales. Por otra parte, en el mismo periodo de transición se destacan *Juego de Damas* (1977) de R. H Moreno-Durán; en 1978 *Los parientes de Ester* de Luis Fayad, *Prytaneum* de Ricardo Cano Gaviria, *El álbum secreto del sagrado Corazón* de Rodrigo Parra Sandoval, *Memoria compartida* de Óscar Collazos y la historia planteada por Darío Ruiz Gómez en *Hojas en el patio*; en 1979 se nombran *El cadáver de los hombres invisibles* de Arturo Alape, *La casa infinita* de Augusto Pinilla y *Falleba* de Fernando Cruz Kronfly. Estos autores perfilaban una obra en la cual la ciudad abría un marco narrativo que llegada la década de los ochenta se expresaría más claramente con una producción destacable de gran importancia en la historia narrativa colombiana.

El número de obras de los ochenta es amplio. En estos años se consolida un conjunto de autores urbanos importantes. Logrado un estilo narrativo propio, unas temáticas y una forma de abordar la construcción psicológica y física de los personajes, así como la aparición de la ciudad en las actividades cotidianas, las obras ya no se debatían su pertenencia al género urbano pues era tan clara que no había forma de contradecir su procedencia. Entre las novelas

a nombrarse están: *Toda esa gente* (1980) de Mario Escobar Velásquez; *Celia Cruz, reina rumba* (1981) de Umberto Valverde; *Conciertos del desconcierto* (1981) de Manuel Giraldo; *La tejedora de coronas* (1982) de Germán Espinosa; *Todo o nada* (1982) de Oscar Collazos (1982); *Entre ruinas* (1983) de Héctor Sánchez; *Trasplante a Nueva York* (1983) de Álvaro Pineda Botero; *Sala Capitular* (1984) de Francisco Sánchez Jiménez; *Sin remedio* (1984) de Antonio Caballero; *Las puertas del infierno* (1985) de José Luis Díaz Granados; *Una y muchas guerras* (1985) de Alonso Aristizábal; *El fuego secreto* (1986) y *Caminos a Roma* (1988) de Fernando Vallejo. En todas ellas las recientes posibilidades narrativas se sumaban a la importancia que habían alcanzado otros autores como Andrés Caicedo, Fanny Buitrago, Jorge Eliécer Pardo quien también habría de publicar una obra urbana: *Irene* (1986) y Gustavo Álvarez Gardeazábal de quien no puede olvidarse *Cóndores no entierran todos los días* (1972), en la cual plantea con una maestría impecable la lucha bipartidista colombiana de los años sesenta y setenta; por otra parte, siguiendo la compilación que hace Luz Mary Giraldo, destaca la relación entre lo urbano y lo social aportada por Roberto Burgos Cantor, quien muestra el tránsito a las ciudades modernas, y, la mirada particular de Oscar Collazos y Darío Ruiz Gómez, quienes apuntan a realidades con un estilo urbano vistas desde un punto existencial.

Habría que agregar la valiosa y no suficientemente reconocida trayectoria de Héctor Rojas Herazo, Manuel Zapata Olivella, Manuel Mejía Vallejo, Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Cepeda Samudio y Eduardo Caballero Calderón. Al borde del siglo XXI algunos de los nombres de este amplio listado son de ninguna o escasa referencia. Tal vez algún día la historia los rescate; tal vez agregue al olvido a otros reconocidos hoy (Giraldo 2010, 156).

Es valioso destacar todos estos autores y sus obras, aunque debido al gran número de materiales publicados queden por fuera nombres importantes como Laureano Alva o Marvel Moreno, entre otros; quienes fueron y son importantes porque después de *Cien años de soledad* en 1967, Gabriel García Márquez no sólo opacó la atención a las obras de otros escritores, también desplazó la atención de los medios editoriales y del público lector con consecuencias conocidas ya por los autores mencionados. Los elogios son apropiados para el Nobel y si bien la publicación de su obra se reconoce como el hito colombiano del siglo XX, los libros aquí indicados esperan reevaluar tal circunstancia pues los autores nombrados cuentan con elementos suficientes para destacar su producción en comparación a la del hijo de Aracataca. Sus estilos únicos los constituyen en autores ideales al comprender el país y su historia desde las nuevas tendencias urbanas que permeaban la literatura y le daban a los

desgastados valores narrativos de Colombia un aire de juventud, que vería nacer muchas obras que plasmaron su tiempo y se constituyen en elementos importantes a la hora de mirar el pasado o proponer alternativas de cambio para la actualidad narrativa del país y sus problemas.

### 3.3.3. Temas y tratamiento narrativo

Teniendo claro los nombres más destacados según el corpus propuesto, se hablará de los temas y el tratamiento narrativo particular de las novelas urbanas. Esto se hace con el fin de presentar cómo se daba la escritura en este periodo, al tiempo que permitir un comparativo posterior entre estos autores y la obra de Caballero. Al margen del límite temporal establecido para la investigación, se tomaron como referencia dos libros publicados durante los setenta atendiendo al contexto histórico que ampara la novela *Sin remedio*.

La novela *Los parientes de Ester* (1978) de Luis Fayad, publicada cuatro años después de concluido el Frente Nacional, expresa la desgracia que se cierne sobre una familia expuesta a las inclemencias económicas y sociales después del fallecimiento de la madre y esposa. El periodo del Frente Nacional singularizado por un deterioro en diferentes esferas sociales, entre ellas el déficit económico soportado sobre un ilusorio avance y la caída de los precios de exportación del café durante el Gobierno de Guillermo León Valencia, dejaron al país sumido en una incertidumbre que Fayad expresa con precisión en la familia de Gregorio Camero. Camero es un personaje que soporta el yugo de su tiempo, quien intentando solventar los gastos que le acarrea su familia, vende sus pertenencias a los familiares. A través de seis hilos narrativos en los cuales se recoge la vida de diferentes personajes, que despliegan largas disquisiciones sobre política y estrategias de mercadeo, se evidencia la situación nacional. Fayad da la voz a personajes que entre lo individual se ven expuestos a lo colectivo, y, se sujetan a él intentando encontrar una forma para lidiar con su propia existencia. La ciudad expresada en los monólogos y los diálogos pone de manifiesto las nuevas dinámicas urbanas. Uno de los pasajes más dicientes de esta novela es el siguiente:

Una noche Doris le informó a la tía Mercedes que el café se había terminado y los parientes tomaron la noticia como una calamidad pasajera. Pero la noche siguiente, en un alarde de suspicacia, los más pudientes no concurren a la cita temiendo que les solicitaran ayuda. Luego desaparecieron otros, quienes se enteraron por los primeros de que Gregorio Camero se encontraba en serias dificultades económicas, y la noticia fue recorriendo todas las categorías de parientes hasta asustar a los que estaban a punto de pedir limosna (Fayad, 2006, 29).

Por la misma línea temporal y no tan preocupado por el orden social como Fayad, Darío Ruiz Gómez habla en su novela *Hojas en el patio* (1978), de los nuevos valores y las consecuencias que trae consigo la modernización, su proyección a futuro y cómo las nuevas construcciones van tocando los aspectos individuales y colectivos más profundos de la sociedad que para el caso de Ruiz Gómez, ha de enmarcarse en Medellín.

En su novela *Hojas en el patio* Darío Ruiz Gómez plantea los conflictos de un protagonista enfrentado al proceso de modernización de Medellín, ciudad que, como ya se dijo, comenzó a sufrir una acelerada transformación social y económica desde mediados del siglo XX (Mejía, 2010, 88).

El personaje principal de la novela se enfrenta a una sociedad en la cual los dos factores imperantes serán el dinero y el tiempo, bajo la modalidad de que el aprovechamiento del segundo acarrea mayor riqueza. Ruiz Gómez presenta una Medellín que vive una aceleración social y una estratificación mucho más rápida donde los ricos continúan avanzando y el protagonista, Jorge, no logra acomodarse a ese ritmo de vida. En *Hojas en el patio* se muestra cómo al principio de los setenta Prado es un barrio moderno con grandes casas copia de los modelos franceses, pero, a medida que van pasando los años pierde esa naturaleza trasladada a Laureles. La ciudad se va ampliando y siendo esa cazadora del débil que se ve sujeto a la industria y su ritmo de trabajo; la diferencia social y el anhelo de volver a un pasado ideal se ven como elementos distorsionados que no es posible recobrar. En esa instancia del olvido, es que aparece una novela que habría de ser considerada como una de las más novedosas de su tiempo, *La tejedora de coronas* (1982) de Germán Espinosa.

Genoveva Alcocer, mujer culpada de brujería, se enfrenta a la Inquisición. Espinosa vuelve al factor histórico con una mirada renovada, en la cual presenta desde la narración de su protagonista una Cartagena de Indias de los siglos XVII y XVIII, donde los poderes de un pensamiento dogmático promulgado por la Iglesia se enfrentan al pensamiento de la Ilustración ejemplificado por Genoveva.

En la tejedora de coronas, Genoveva Alcocer al asumir la voz narrativa recuenta, revisa, cuestiona y problematiza la historia: la propia, la de América, la de Europa y la de Norteamérica, y al hacerlo confronta nuestra historia y cultura con la del resto del mundo (Giraldo, 2010, 81).

La novela evidencia un tono histórico valioso que aborda la Cartagena antigua, se presentan sus calles, sus castillos, y, al mismo tiempo, moderna porque pone de manifiesto la evolución del pensamiento colombiano con el paso de los siglos. Genoveva habla con un pensamiento del siglo XX; toma elementos propios del barroco y la época colonial que logran

imprimirle a su voz una memoria del tiempo al cual se ve enfrentada pero que combate y al hacer tal hazaña, le trae a la modernidad donde nuevas ideas invadían las ciudades, cambiaban su fisionomía y traían consigo problemáticas que debían atenderse. Espinosa presenta una obra en la cual la ciudad se aprecia en los debates del pensamiento y en la mirada al pasado de aquel lugar amurallado.

Óscar Collazos es otro autor destacado debido a su manejo del tiempo. El abandono al cual expone sus personajes que se expresan como exiliados de su propia tierra y su particular forma de escribir cuentos presentando espacios olvidados y ambientes marginales como bares, prostíbulos y cantinas, evidencian el deterioro de las ciudades y demuestran la complejidad existencial a la cual se ven enfrentados los habitantes (elemento que junto al componente histórico de Espinosa se presenta en la obra de Caballero). De Óscar Collazos, atendiendo a su particular manejo de los problemas donde se distingue el campo y la traumática vida ciudadana, cabe nombrar dos novelas: *Todo o nada* (1982) y *Fugas* (1989), en las cuales indaga cómo las ciudades sujetas a las dinámicas sociales, aluden a pensamientos y comportamientos humanos arropados bajo el rótulo de lo urbano. Como se aprecia, el énfasis durante los ochenta se da en la arquitectura y en cómo esta impone nuevos valores morales y evidencia la disolución de los órdenes sociales, perdidos ante las nuevas identidades, clases y maneras de adquirir un lugar en el mundo. Bajo el formato de escritura de los ochenta, destacan las producciones de aquellos que toman Bogotá y Medellín como punto de partida.

El centralismo, la explosión demográfica, el caos humano, arquitectónico y de tránsito, pasan de la capital de la República a ciudades intermedias y viceversa. Si Bogotá es centro de la civilización y el pensamiento en Colombia, imagen de progreso, 'Atenas suramericana' y como vimos, para muchos construida, imaginada y pensada a imagen y semejanza de Arcadia y los modelos fundacionales, algunos narradores recientes desplazan ese centro a otras ciudades, desnudando la identidad regional y asumiendo el pensamiento urbano (Giraldo, 2010, 141).

En el contexto de Medellín está Fernando Vallejo. Con un estilo descarnado, abocado a presentar una realidad cruel y dolorosa, presenta, desde la naturalidad del lenguaje, mundos en que sus personajes se ven influenciados por las prácticas culturales más famosas o destacadas de su tiempo. Tal es el caso de su novela *El fuego secreto* (1986), que conforma junto a otros cinco libros *El río del tiempo*, una extensa producción en la que imprime un tono autobiográfico y anecdótico de las experiencias que ha vivido a lo largo de su vida. *El fuego secreto* presenta desde la visión adolescente la vida en Medellín. Vallejo crea un

antihéroe de las clases bajas amargado con la vida, sumergido en las drogas y enfrentado a su propia identidad. Con su visión particular del mundo que le trae muchas críticas al emplear un lenguaje coloquial, en el que no importa el tono vulgar que le imprime a los libros, presenta en sus personajes arquetipos de los habitantes de Medellín, seducidos por la ciudad que los invade, sumergiéndolos en un mar del cual no pueden escapar y los atrapa en la juventud.

A fines de la década del setenta se evidencia una nueva actitud en la narrativa colombiana que da comienzo a propuestas diversas y novedosas, ávidas de explorar otros lenguajes, de darle otras posibilidades a la fábula y diferentes maneras de indagar en la realidad nacional y contemporánea (Giraldo, 2010, 152).

Si la ciudad es importante, también lo es todo lo que en ella se encierra. Por ejemplo, los géneros musicales establecen nuevas relaciones culturales y ofrecen un espejo para ver cómo posterior a la vida diurna, la vida nocturna esconde secretos. Tomando a Caicedo como antecedente con su novela *¡Qué viva la música!* aparece en 1981 *Conciertos del desconcierto* del tolimense Manuel Giraldo “Magil”, ganadora en 1982 del premio nacional de novela Plaza y Janés. Giraldo un poco en la vía de lo propuesto por el caleño en 1977, toma el rock en tanto género musical y lo aplica para expresar todo lo que con él llegó a Colombia. Parte de diferentes festivales que alrededor de esta música se desarrollaron en distintos espacios del país durante los setenta. En la medida que Caicedo lo hizo, Giraldo, con una mirada más moderna expone todos los pormenores que acarrearán los festivales y cómo se fueron convirtiendo en expresiones que trascendían lo musical para configurarse en una protesta contra las reformas del gobierno. Cabe nombrar en esta lista a otros autores y obras como: *Las puertas del infierno* (1985) de José Luis Díaz Granados, Carlos Perozzo, Juan José Hoyos, Manuel Mejía Vallejo, los dos últimos importantes al retomar el tópico de la música (rock, salsa y tango). Sus novelas expresan el imaginario de una nostalgia que ayuda a hacerle frente a la vida que se va; contrario a otros autores, la música recuerda el pasado y transporta a ese tiempo en el cual se bebe con los amigos y se padece un ambiente dramático latinoamericano, dinámica percibida en *Aire de tango* (1973). Por su parte Álvaro Pineda Botero en *Trasplante a Nueva York* (1983) señala:

Mediante la voz narrativa, “que el sitio por donde pasamos ya nunca estará solo” y que a medida que se vive la experiencia vital en Norteamérica se acepta su cultura, se asume el choque bicultural y se trasciende el lugar ideal para vivir (Giraldo, 2010, 125).



Se aprecia la ciudad cultural, donde el choque de visiones y la convergencia de razas y expresiones se concentran de tal forma que la ficción permite exponer la vida como un edificio en el cual la realidad pasa a ser un espacio habitable.

En conclusión, puede decirse que hablar de los ochenta es rememorar una década en la cual la muerte, la sangre, el robo, el terrorismo y la desavenencia política se conjugan con la atmosfera de las calles, prostíbulos y restaurantes abiertos las 24 horas. Las ciudades no duermen siempre están despiertas imponiendo un ritmo de vida sujeto al tiempo y la productividad. Los escritores no utilizan un lenguaje artificial; ricos y pobres no advierten su clase y según el estado de ánimo, se comunican con anglicismos o vociferando las vulgaridades más atroces. Cada personaje se configura no desde lo que debería ser el hombre, si no lo que es, ignorante de su condición, apegado al sistema y con vagos intentos de rebelión. Salvo contados casos de mujeres y hombres que se sobreponen a su condición de subyugados y atacan el sistema, la novela urbana pone de manifiesto un hombre atrapado, habitante de estructuras donde la infancia se desvanece.

El trazado de las ciudades y su crecimiento las configura como la selva devoradora planteada por José Eustasio Rivera en *La Vorágine* (1924). El consumo de cocaína, impuso la ilegalidad como pan de cada día y dio un escape para aquellos que no soportaron las dinámicas de la ciudad, se vieron atacados por ella, aprisionados, humillados y expuestos a sus excesos como ocurre en *El Fuego secreto*. El tráfico de drogas, la expansión sin límites y la desatención a las necesidades del pueblo, solo fueron la cuna para un problema mayor, la violencia producto de la pugna entre políticos y traficantes. Y todos estos temas fueron abordados por los ya citados escritores. Mientras unos se apoyaron en la ciudad transformada debido a las políticas de gobierno y las nuevas prácticas industriales como es el caso de Luis Fayad y Darío Ruiz Gómez; otros como Germán Espinosa apuntaron a plantear lo urbano desde un paralelo histórico entre el pasado y el presente; por su parte autores como Fernando Vallejo hablaron desde la juventud expuesta a la decadencia y al limbo de encontrar un lugar en el mundo. Independiente del estilo o la forma en la cual decidió plantearse lo urbano, la ciudad aportó un sinfín de opciones a los escritores. Les permitió establecer visiones del mundo y construir realidades alternas. Sus historias en torno a los nuevos problemas sociales cargaron las narraciones de datos y acontecimientos puntuales de la vida en determinadas

capitales del país, constituyéndolas en puntos de fuga, reflexiones indispensables para un pueblo que debe aprender a sobreponerse a sus derrotas.

Es en esa línea que todos esos temas y sentidos son resaltados por Antonio Caballero, quien retoma la tradición literaria de los sesenta y setenta, y, construye un universo en el cual el protagonista se convierte en el héroe de la modernidad, uno que intenta encontrar respuesta a qué hacer y cómo vivir.

## 4. Análisis

### 4.1. Breve reseña: Antonio Caballero

*La historia es de los vencedores, y me temo que, aunque me haya ido bien en la vida, yo soy de los vencidos. Pero pataleo, como hacen los ahorcado.*  
(Caballero, 2002).

Antonio Caballero Holguín nació en Bogotá en 1945. Antonio es hijo del escritor Eduardo Caballero Calderón (1910-1993), este último conocido por sus novelas *Siervo sin tierra* (1954) y *El Cristo de espaldas* (1952), además de su labor como diplomático; su madre fue Isabel Holguín Dávila, hija de expresidentes y nieta de Miguel Antonio Caro; hermano de Luis Caballero (1943-1995), figura importante del dibujo y la pintura colombiana; sobrino de Lucas Caballero (1913-1981), más conocido como *Klim*, destacado columnista de opinión abocado al humor\*. Antonio pertenece a una de las familias más tradicionales y prestigiosas de Colombia. Estudió el bachillerato en el Gimnasio Moderno, distinguido colegio de Bogotá. A lo largo de su vida ha mantenido continuos viajes entre Europa y Colombia, razón por la cual gran parte de su educación se ha dado entre ambos contextos. Empezó Derecho en la Universidad del Rosario; estudios que abandonó en el segundo semestre cuando su padre fue nombrado diplomático en París, lugar donde cursó la carrera de Estudios Políticos.

---

\* Pese a que no es un punto en el cual se pretenda hacer hincapié, es notable que en Colombia ha sido factor común que los académicos, escritores y políticos más afamados o conocidos, desciendan de las clases dirigentes. Aunque destacan muchos nombres procedentes de poblaciones con un nivel de vida medio o bajo (en cuanto a riquezas), ha sido constante, como se aprecia a partir de las ideas y datos anotados en *Patadas de ahorcado*, que los líderes desciendan de familias adineradas. Hecho que ha promovido la inexistencia de una conciencia de clases equitativa, pues aquellos que piensan en el país lo hacen desde su voz. No comprenden objetivamente los problemas, emplazándose en una esfera social en la cual quedan distanciados de las problemáticas nacionales; bajan de allí cuando requieren el favor del pueblo en las elecciones, para realizar campañas o es necesario convocar los ciudadanos al apoyo de las políticas de Estado.

Allí presenciaría uno de los episodios que marcó su carrera, el movimiento estudiantil y social de mayo de 1968.

Caballero ha participado en varios proyectos a lo largo de su vida. Uno de los más destacados por él es su trabajo en la revista *Alternativa* desde su apertura en 1974 hasta su cierre en 1980, de la cual hizo parte junto a otros intelectuales de Colombia como Gabriel García Márquez, Enrique Santos Calderón y Orlando Fals Borda. Al tiempo de su participación en dicha revista, escribió en el semanario español *Cambio 16*. Caballero es crítico de arte, caricaturista y ha sido columnista de opinión de *El Tiempo*, *El Espectador* y la revista *Arcadia*. Desde hace más de 20 años escribe una columna semanal en la revista *Semana* y publica las caricaturas *Monólogo*. Ha publicado diversos libros en los cuales se recogen muchas de sus columnas, entre ellos se destacan *No es por aguar la fiesta* (1999); *Patadas de ahorcado* (2002), en el cual reflexionó con Juan Carlos Iragorri sobre diversos temas de la realidad colombiana (violencia, políticos nacionales, literatura, entre otros), y, *El oficio de opinar* (2016); así mismo sus artículos han sido incluidos en numerosas antologías. Su obra de ficción cuenta con tres títulos: una obra infantil *Isabel en invierno* (2003), el cuento *El padre de mis hijos* (1996) y *Sin remedio* (1984), novela que le tomó 12 años terminar, en medio de continuos viajes entre Colombia y Europa. El énfasis de su narrativa se da al articular en una narración realista y lenguaje coloquial, hechos que marcaron la vida nacional. Son constantes en su obra: la violencia, la politiquería, la hegemonía de EE.UU sobre Colombia y el narcotráfico. Antonio Caballero vive actualmente en Bogotá, donde pasa la mitad del año; los meses restantes habita en Madrid. Como buen escritor, siempre lleva consigo una libreta para anotar las ideas o trazar algunos dibujos.

## 4.2. Antonio Caballero y su narrativa de ficción

La literatura en Colombia, al margen de las condiciones que ha debido enfrentar el territorio a lo largo desde la independencia, ha oscilado para Álvaro Pineda Botero entre la fábula y el desastre, y, bajo la óptica de Luz Mary Giraldo, entre la utopía y el vacío. En sus opiniones la narrativa colombiana ha sido un camino en el cual algunas obras han trascendido en el tiempo debido a la pluma maestra de ciertos autores, y otras más no han logrado una solidez narrativa ni cierta perfección en sus libros que posibilite decir “contribuyeron a la consolidación de una identidad nacional a través de las letras”. No obstante, atendiendo más

a la mirada esperanzadora en la cual existen obras con un valor estético innegable, se destaca la obra de Caballero.

En la década del ochenta, Antonio Caballero logra con su novela *Sin remedio* la expresión del equilibrio entre la mentalidad urbana y su entorno, la inquietud autoreflexiva del escritor-personaje, la recreación de la sensibilidad del intelectual apático y burgués y la consignación de una escritura de tono realista (Giraldo, 2000, 153).

Antonio Caballero participa de la renovación de las letras en los ochenta con una de las novelas urbanas que expone con mayor nitidez la crisis de la modernidad. Si bien la historia no acoge un año específico debido al tiempo que le llevó terminarla, tal instancia también aporta, narrativamente hablando, a la novela. La ficción de Caballero no se resume a los años en los cuales culmina el Frente Nacional; parte de allí, sí; igualmente, se sirve de otros acontecimientos. La demorada escritura puede verse como un punto a favor, pues le permitió a su autor apropiarse de ciertas instancias sociales, políticas y culturales para nutrir su relato, a la par de retratarlas con cierto distanciamiento temporal. Por ejemplo: *Sin remedio* revela la lucha bipartidista que posterior al Frente Nacional continúa vigente en el país. Ocho años después de concluido el pacto político, Antonio observa el impacto que causó tal acontecimiento, lo asimila y aplica a su obra sin los límites que da el estar viviéndolo y no poder tener una mirada global del mismo.

Contrario a obras como *Los parientes de Ester* que evidencia la crisis irredenta de la modernidad a partir de seis personajes principales, *Sin remedio* lo hace a través de uno en el cual converge el colectivo. Su énfasis en el destino del protagonista (Ignacio Escobar), es un pretexto para demostrar, con cierto tono de burla, que en una ciudad tan grande como Bogotá, la indecisión de un hombre (con el nivel de vida de un aristócrata y un pensamiento propio de la burguesía) por hacer algo con su vida termina por convertirse en un escándalo público. Los lugares visitados por Escobar, las personas con quienes se relaciona y las conductas y vicios que posee, terminan por retratar una Bogotá demacrada, sobreexplotada, sin un orden político y económico adecuado, con apoyo en las dinámicas de un país donde ya muy pocos se sienten en su propia tierra.

En varias ocasiones se ha afirmado que *Sin remedio* guarda una relación muy estrecha con la vida de su autor\*. Aceptar tal idea sería reducir la obra a un texto de carácter

---

\* Tal apreciación resulta de la lectura de tres artículos de opinión y análisis de la obra de Caballero: 1). Caballero, A. (1984). *Sin remedio*, en: *Revista Arcadia* (2014). Artículo recuperado de: <http://www.revistaarcadia.com/impresas/especial-arcadia-100/articulo/sin-remedio-antonio-caballero/35085>; 2). Caballero, A. (2008). Entrevista a Antonio Caballero, en: *Espéculo. Revista de estudios literarios*.

autobiográfico que no aportaría a la comprensión de un país y solo atiende a la vida de un hombre que puede ser importante, pero no engloba todo aquello que contiene la sociedad. Al respecto Caballero opina:

Yo sé que *Sin remedio*, por la frivolidad y la superficialidad imperantes en Colombia y en particular en Bogotá, ha sido leída siempre como una novela en clave. << ¿Este es Antonio?>>, se preguntan. << ¿Esta cuál novia es?>>, << ¿Cuál amigo de Antonio es este?>>. No. Es una novela en la cual la acción tiene objetivos propios de esa novela. No estoy pretendiendo contar mi vida ni muchísimo menos (Caballero, 2002, 121).

Es claro que el autor tomó referentes de la realidad al hablar de la ciudad en la cual nació, más tal hecho es un atisbo en comparación al universo que la obra crea por sí sola. *Sin remedio* toma fragmentos de lo real para contar las condiciones que atravesó el país y no aquella que vendía el gobierno de una nación en continuo desarrollo. En un texto que excede las 600 páginas se exponen el avance de la ciudad y los cambios que produce en las dinámicas sociales, los dilemas morales frente a los nuevos valores, la búsqueda de una identidad cultural, el desencanto ante el panorama político, los problemas que trajo consigo la modernidad y la necesidad de encontrar nuevas voces para expresar el inconformismo con la realidad nacional; todo esto a partir de una historia rica en intertextos, se hacen variadas referencias musicales al tango, la salsa y la música clásica; se remite a autores como Rimbaud, Homero, Heidegger, la filosofía de Wittgenstein, el absurdo existencial de Camus, la acción como parte de la existencia propuesta por Sartre y la mirada de los movimientos políticos de Mao Tse-Tung.

La extensión de la obra le concede una variedad temática y estética. En ella ingresan la novela, la poesía y el ensayo, este último presente en los diálogos de Ignacio Escobar con amigos, familiares y en algunos monólogos internos que sostiene a través de varias páginas sobre la escritura, la política, la economía, la ciudad, las clases sociales y la lucha popular. Caballero indica que la novela “no es más que el envoltorio de un poema –además de ser una larga disquisición sobre la dificultad de escribir un poema” (2010, 15); lejos de su opinión, el género poético evidencia, en veinte poemas que aparecen en el libro, el desasosiego sobre el mundo y la desconexión entre el protagonista y la sociedad en la que vive. Siguiendo la

---

Universidad Complutense de Madrid, artículo recuperado de: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero38/ancaball.html>; 3). Hoyos, A. (S.F). Antonio Caballero sólo sé que nada sé. Artículo recuperado de: [http://www.arquitrave.com/poetas/Antonio\\_Caballero/caballero\\_andres\\_hoyos.htm](http://www.arquitrave.com/poetas/Antonio_Caballero/caballero_andres_hoyos.htm).

idea de Jaime Alejandro Rodríguez (1995), recurrir al lenguaje prosaico para explicar las contradicciones que encierra escribir un poema, es lo que da sentido a la tragedia de la novela.

Si se necesita contar la historia de un poema es porque el poema mismo es incapaz de expresar todo lo que quiere [...] es por lo tanto, admitir que la poesía, su lenguaje, no es susceptible por sí misma de transformarse en opción de cambio de la realidad, es descreer de su verdad (Rodríguez citado por Mejía, 2010, 48-49).

La poesía evidencia la incertidumbre existencial de Ignacio y le da un rol autoconsciente del papel que tiene la escritura en tanto forma de comprender la realidad, característica literaria que lo lleva a componer un largo poema de once páginas, *Cuaderno de hacer cuentas* (Caballero, 1984, 462-473). Novela y poesía se nutren mutuamente. La variedad narrativa permite a Caballero ahondar en el existencialismo propio del hombre moderno y profundizarlo con descripciones ricas en referencias a acontecimientos históricos, políticos y literarios que consolidan una obra en la que el futuro del país no parece vaticinar solución alguna.

### 4.3. Tratamiento narrativo

Antonio Caballero es un escritor de temas e intereses constantes. En toda su producción escrita aparecen siempre cuatro temas: la violencia, la politiquería, la hegemonía de EE.UU sobre Colombia y el narcotráfico. Aunque también ha escrito ensayos y artículos sobre tauromaquia, por ejemplo *Toros, toreros y público* (1992), además de crítica literaria y arte, es común encontrar en sus textos un tono político y pensamientos alusivos al comercio ilegal de drogas y las dinámicas sociales colombianas. Como se ve identificar los temas abordados en *Sin remedio* no conllevó un estudio extenso, sino más bien una lectura aplicada que permitiera afianzar una característica común en la escritura de su autor.

La ciudad en *Sin remedio* es una paradoja. Bogotá debe lidiar a la par de la construcción constante de edificios, con su desmoronamiento producto de la aglomeración de basuras, el clima, la sobrepoblación y la destrucción de lo antiguo para darle paso a lo nuevo. Las casas, barrios y avenidas reflejan la vida burgués y aristócrata en constante pugna con las masas para mantener sus intereses. Independiente del pensamiento político, parece no haber una concesión entre los de una y otra clase, la ciudad los contiene a todos y al tiempo los separa en barrios, algunos con un estilo francés y otros de cajones aglomerados. La ciudad es un lugar donde solo queda recordar con nostalgia el pasado. Para el caso de *Sin remedio*, muy por el camino que en años anteriores había propuesto Manuel Mejía Vallejo, se narra la

ciudad marginal de bares y burdeles. El alcohol, las drogas y la prostitución, reflejan la pérdida de moral y decadencia social (económica y mental) que padecían ciertos sectores de las ciudades más avanzadas del país.

Montones de basuras fermentadas se disolvían bajo la lluvia, soltando bocanadas de vaho tibio. La carrea Trece era un corredor de agonía, un encajonamiento de luces de neón surcado por los buses que pasaban iluminados como altares en la Semana Santa, con las puertas abiertas, despidiendo un hedor ácido de cuerpos humanos fermentados, de ropas empapadas, desgranando en las esquinas racimos de pasajeros que quedaban hundidos hasta las corvas en los charcos mientras se protegían el pelo con hojas de periódicos (Caballero, 1984, 34).

La ciudad marginal funciona como estrategia que permite contar las costumbres más comunes del ambiente citadino. Hablar de ese sector no es referirse solo a los pobres, también es la mirada de la clase aristócrata acostumbrada a asistir a restaurantes, moteles llamativos y viajar en sus grandes carros traídos del extranjero, claro, con otro vicio: la cocaína. La ciudad es un caleidoscopio desde el cual se observan todas las variables. No se sataniza uno u otro sector, en vez de ello, se destaca la doble moral que habita en los estratos sociales bajos y altos. En aquellos declarados como burgueses, sus vicios se indican así:

El tipo vino a acurrucarse al lado del tablero sin dejar de mecer las caderas al ritmo de la música, extrajo un pequeño envoltorio del bolsillo firmado de su camisa Gucci, Pucci, Fiorucci, abierta sobre dijes y cadenas hasta el esternón húmedo de sudor. Vertió un montoncillo de polvo blanco sobre uno de los escaques negros sin consultar con ninguno de los dos jugadores. Lo separó con esmero en líneas paralelas. Sacó un billete nuevo, lo enrolló con destreza, aspiró hondo por un orificio nasal y después por el otro:

- ¡La verraquera, hermano!

Ángela se inclinó para aspirar su línea, y su pelo de miel barrió un instante el tablero haciendo trastabillar las piezas negras. Pésimo augurio. Diego León sorbió con ruido sordo, y con la punta de la lengua recuperó el polvillo blanco que le quedó escarchado en los bigotes. Federico, cuando le llegó el turno, exclamó:

- ¡La verraquera, hermano!

Escobar lo miró como a un vendido.

Pero él también metió su línea de coca, aunque en silencio. Soy débil, Señor. Por eso estoy aquí (Caballero, 1984, 98).

La ciudad es un escape, un escondite de todo lo que parecía imponer la sociedad: ser productivo, conseguir un estatus de vida digno, decantarse por un pensamiento político, y para aquellos de pensamiento de izquierda: ser contestario, no dejarse seducir por el poder e intentar conseguir la igualdad social. En esa mirada alterna se retoma a la idea de Vallejo en *El fuego secreto*, los vicios dan un escape pasajero, después absorben y hunden al ser humano en la incertidumbre, la derrota y la frustración. Aunque claro, tal instancia tiende a descartar la clase alta, reticente a enfrentar las mismas condiciones de vida del vulgo.

Por otra parte, no se enseñan exclusivamente los vicios de la ciudad, también sus costumbres y conductas, deseos y añoranzas. El trazado de los barrios, el diseño de las casas e incluso sus estilos, van armando el rompecabezas de una ciudad que si bien retrata la urbe bogotana, también evidencia fenómenos comunes en otras ciudades, y, principalmente, Medellín, en la cual se vivenciaba con igual o mayor intensidad las situaciones de la capital. El consumo de narcóticos y alcohol, el caos vehicular apoderado de las avenidas, proyectaban una metrópoli que con la noche arrojando los cielos, sacaba todo su arsenal. Las luces y llamativos anuncios atraían los empleados de las empresas, quienes esperaban encontrar diversión después de las intensas jornadas laborales. Elemento que pone de manifiesto la cultura expuesta por José Luis Romero al hablar de la migración a las ciudades. Ola tras ola de habitantes rurales que buscan un nuevo estilo de vida.

Pero ya iba dejando atrás la parte populosa de la Carrera Trece. ¿Por qué no había caminado rumbo al norte? Pero, ¿cómo volver? Más adelante se levantaban casas cerradas de familia de un estilo vagamente holandés, acaso tirolés, colegios, prostíbulos con nombre de colegio. ¿Buenas hembras? Quizás. Pero no quería hembras (...)

Vio un letrero naranja de neón palpitante: Music Bar, Comida y Dancing. De la puerta entreabierta brotaba una rendija de luz y de vapor, casi un olor de hogar. Por si eso fuera poco, el sitio se llamaba *El Oasis* (Caballero, 1984, 37).

Los caminos de una ciudad cargan con el paso de los años y evidencian el deterioro o el progreso de ciertos sectores de la economía. En *Sin remedio* lo urbano se manifiesta en su totalidad. Las casas, los jardines construidos bajo un estilo europeo y americano, dan cuenta de cómo las personas se relacionan con el ambiente, modifican sus conductas, se apropian de prácticas culturales ajenas y se aferran a la reducida oferta laboral que el sector empresarial de los años setenta y ochenta podía ofrecer.

Un barrio verde, casitas de dos pisos sembradas entre prados y calles sin salida, estructuras de tubos de colores para que jugaran los niños, alterones en medio de las calles para que no corrieran demasiado los carros. La paz. Ni siquiera se veía un celador armado. Hubieran podido estar en Minnesota, en Luxemburgo: y era un barrio de clase media bogotana apenas próspera. Casas de cuotas, deudas en los bancos. Una vida atroz (Caballero, 1984, 225).

Otro tema, conexo a la urbanidad, es la crisis existencial que algunos personajes presentan. Ignacio Escobar despierta una mañana, el día de su cumpleaños 31, con el eco de la muerte reposando en la ventana o, más bien, la ilusión de que allí reposa y le está esperando, paciente, porque según él morirá a los 37 años, igual que el poeta francés Arthur Rimbaud. En el marco de la modernidad, el hombre logra ser a medida que obra, ello lo va definiendo, pero, Escobar sin un terreno propio desde donde partir, bebe de autores clásicos



intentando lograr su obra, tan esquiva, que considera la fundadora de su existencia. Por ello, al no lograrla, no *es* porque simplemente no ha llegado a *hacer*. Al respecto André Gorz anota:

Decir que el hombre es lo que hace es ya decir que el hombre no existe. Es una libertad que trabaja sobre la materia, se hace hombre mediante la actividad de transformación de la realidad dada con vistas a un fin. Se reconoce en el mundo en la medida en que reconoce allí su obra siempre inacaba y por hacer, es decir, la objetivación de su proyecto y de su trabajo y es reconocido por los demás en la medida en que vean en él su actividad siempre inacabada y la fuente del mundo (Citado por Orozco, 2004, 76).

Con todo lo anterior, la obra de Caballero coge la crisis existencial y la acopla al problema de la ciudad. El desplazamiento del campo, la búsqueda de empleo y labrarse un lugar propio, terminó por generar desarraigo. Muchos no se sentían aceptados. Los campesinos huyendo de la violencia que el Frente Nacional había provocado en las zonas rurales, llegaron a la ciudad procurando una vida mejor, pero, el aumento exagerado de la población imposibilitó cubrir la cantidad de empleos demandados. Huir de la violencia, generó otras problemáticas ajenas a salvaguardar la vida. Algunos lograban alcanzar sus metas y posicionarse satisfactoriamente en la pirámide social, mientras los demás se enfrentaban al problema de la modernidad, no ser porque no se ha llegado a hacer. Es decir, el individuo siempre está buscando ser, mas no lo logra porque no puede desarrollar un trabajo, una obra que dote de sentido su existencia. Queda arrojado al mundo como un espectador más de la tragedia de su vida.

Los gatos son iguales a los gatos. Ana María tenía razón, por otra parte: las cosas le pasaban, y por eso no le pasaban cosas. Pasaban solas, como nubes que pasan: yo las miro pasar, y no pasa con ellas. Las nubes son iguales a las nubes. Y sin embargo, al cabo de su paso se encontraba inexplicablemente acorralado por las cosas pasadas, atrapado en su trampa [...] La inercia siempre vence. *Inertia omnia doblegat*, o algo por el estilo. Un buen epígrafe para un poema (Caballero, 1984, 119).

El sinsentido de la vida termina por ser una constante en la novela. A Ignacio nada le produce satisfacción alguna, hasta momentos antes de sentir su propia muerte al final de la novela. Lo único que tiene son sus poemas, la necesidad de decir exactamente lo que siente y no es capaz de decir hasta que se encuentra solo en un apartamento vacío y como único compañero un cuaderno que, mostrando la ironía de la vida, tampoco le pertenece. Un cuaderno de una empleada de servicio para hacer cuentas de mercado, reafirma más ese atropello del mundo económico, “cada peso debe gastarse con mesura y no dejar nada a la suerte”.



Pasó toda la noche escribiendo, tachando, arrancando hojas del cuaderno de hacer cuentas de Circuncisión Hernández para arrojarlas a un rincón, hechas una pelota, afilando el lápiz con esmero en los ladrillos mojados del alféizar cada vez que la punta se acababa. Escribió acurrucado, con el cuaderno en la rodilla, y de pie, apoyado en la pared, y tendido boca abajo en el piso. Se detenía, releía, rompía todo, volvía a empezar (Caballero, 1984,457).

Escobar se entrega a un mundo en el cual todo es etéreo, las palabras se desvanecen una tras otra, algunas veces aparecen intactas y otras tantas debe armarlas hasta darse cuenta que no eran las apropiadas. Así pasa días, arrojado a ese universo hostil donde debe cazar la palabra y al alcanzarla, diseccionarla para expresar la idea que se desea.

La narrativa de Caballero no es solo única, es precisa. Su novela teje un universo donde convergen: la desazón y el enfrentamiento social. Y en medio de esa lucha, armada e ideológica, sobrevive una lucha personal, sobre la vida y la muerte que, en resumidas cuentas, convoca a todos indiferente de su clase social. La maestría de *Sin remedio* reposa en que desde el ambiente individual (la memoria de un hombre de 31 años infeliz y mediocre) erige la visión de una sociedad. Cuando Ignacio escribe un poema, tal acción representa el colectivo. En su obra magna imprime la mentalidad de la burguesía y la aristocracia; su posición le habilita para pensar la sociedad como alguien que conoce ambos extremos, los vive, los padece y a pesar de querer entenderlos, no es capaz, todo escapa a su comprensión. No entiende el actuar de las personas y muere intentando ser libre. Intenta ser pero debido a que hace cosas solo por influencias externas, nunca logra la libertad; al contrario, su actuar termina propiciando su muerte.

La variedad narrativa imprime un estilo único a la novela, la construcción de los personajes, la claridad de sus ideas y personalidades los resaltan de los propuestos por otros escritores. Los aristócratas desprecian con fervor los menos favorecidos; los burgueses quieren tener más de lo que pueden y los revolucionarios (nombrados también “pequeños burgueses radicalizados”) procurando derrocar el sistema por las vías de hecho, armas, robos, secuestros. Cada personaje carga un pensamiento claramente definido que lo coloca en una u otra posición social, no pueden ser nunca de uno u otro lado.

Mire Escobar: le voy a explicar la vaina para que la entienda de una vez por todas. Aquí hay una guerra. Hay un lado, y hay otro lado: no hay sino dos. Y no se puede estar en los dos al mismo tiempo. Usted es como Ana María: quiere estar de los dos lados. Quiere ser burgués, y al mismo tiempo no quiere tener mala conciencia. Usted es profundamente reaccionario, pero no quiere serlo: porque es débil. Y entonces quiere ser más bien revolucionario. Pero es que no se puede ser <<más bien revolucionario>>, ni <<más bien reaccionario>>. No se puede (Caballero, 1984, 231).

La poesía y el ensayo, son elementos importantes en la escritura de Caballero; no solo se emplean como medio por el cual contar la historia si no que contribuyen, arman la historia. La poesía logra que Ignacio Escobar exprese más ese decadentismo por la vida. Es una estrategia novedosa el emplear la poesía no como medio para condensar la historia, sino para ir hilándola. Los poemas son en muchas ocasiones el origen de las conversaciones o discusiones y así mismo el punto final de las mismas. Escobar siempre está pensando qué escribir y cómo escribirlo. No se trata únicamente de retratar con las palabras sino de llegar a la mejor manera de hacerlo. La poesía expresa esa necesidad de contener el mundo, entenderlo, porque todo es un sinsentido difícil de comprender.

La inercia siempre vence. Inertia omnia doblegat, o algo por el estilo. Un buen epígrafe para un poema. Ah, pero otra vez el tedio de un poema... Un buen epitafio: Inertia omnia doblegat. No más poemas, no más reproducciones de las cosas, no más. Reproducir reflejos, reiterar con espejos los espejos (Caballero, 1984, 119).

Y como una idea hecha a medida para esta investigación, la poesía en *Sin remedio* también es asumida como algo que puede cambiar el rumbo de una sociedad, derrocar gobiernos e incitar a la rebelión, transformar el país. La poesía se piensa como insumo para modificar las ideologías, calar la mente del vulgo e ir incitando con el dulce de la palabra, las acciones en masa.

-Por eso mismo: eso es lo que tienen de bueno sus versos, que son fáciles de forma. Pero lo que importa es el contenido, compañero: que sea consecuente con las luchas de los sectores populares.

-Para eso es que nos pueden servir los poetas como usted, compañero-agregó Douglas-: para meterle a la vaina esa cosa abolerada que le gusta a la gente. Hay que machacar y machacar las consignas, compañero, pero para que la gente se las aprenda y las entienda es muy bueno que les suenen a vaina poética, así se les van quedando en la memoria (Caballero, 1984, 224).

El ensayo o visos de él se revelan en cada divagación de Escobar y en las conversaciones con sus amigos: Federico, Diego León Mantilla, Patricia, Ana María, todos ellos jóvenes que manifiestan un espíritu revolucionario propio de un pensamiento de izquierda latinoamericano gestado a partir de la revolución cubana. Sus ideas no son dictadas al azar, más bien alusiones teóricas a Heidegger, Mao Tse-Tung o incluso perspectivas de estudio de la historia y la política. Emprenden charlas o monólogos, a partir de temas triviales, cuyo trasfondo filosófico, político y económico expone todas aquellas ideas que permeaban la realidad colombiana de los años ochenta.

Nada en el mundo podía obligarlo a hacer espaguetis, sólo como un náufrago. La libertad no consiste en pasarse la vida solo y desesperado, cocinando espaguetis, lavando platos,

fregando ollas, restregando sartenes. La libertad debe ser un festín en el que corran todos los vinos, en el que se abran todos los corazones. No esta mierda (Caballero, 1984, 83).

Respecto a un pensamiento de corte político, la obra contiene algunos fragmentos como el siguiente:

Es que me da la impresión de que ustedes no han tratado de entender lo que dice Mao, sino que se lo han aprendido de memoria. Sólo que donde él habla de la China ustedes ponen: <<Colombia>>. Y yo creo que así no sale la cosa. Mao dice, precisamente, que para hacer la revolución en China hay que mirar primero como son las cosas en China: esas vainas de la cosa Feudal y la burguesía compradora. Pero si es en Colombia, pues hay que mirar qué pasa en Colombia, me imagino (Caballero, 1984, 220).

En síntesis, revisar la novela urbana implica hablar del espectro que rodea a la ciudad y pensar el rumbo del mundo respecto a esas nuevas dinámicas que permeaban cada esquina de la realidad. Por ello, en comparación a otros autores en los cuales si bien se evidenciaba un manejo del espacio particular, una conciencia clara de cómo este afectaba la vida del hombre o cómo el hombre se veía enfrentado a ella, Caballero logra algo más. Plantea todo lo dicho y propone una mirada más humana, porque habla de aquello que otros no habían hablado; con un lenguaje coloquial en el cual es común encontrar palabras soeces y una narrativa que da la voz a cada personaje (ellos hablan como lo hace cualquier persona en el cotidiano, discuten como una pareja de la vida real -por las mismas pequeñeces- se habla de cosas tan sencillas como la forma de coger los cubiertos o tomar *whisky*). Fenómenos cruciales se tocan sin ningún tipo de censura. Caballero habla del asesinato, el consumo de cocaína, la indiferencia entre clases, la lucha popular, el secuestro, la revolución armada, el robo, la lujuria, el sexo, la homosexualidad, desde varias posiciones sin caer en la vulgaridad. Lo hace con una prosa medida que no deja de ser real. Al proponer tantos temas y brindarle igual importancia a cada uno, construye la imagen arquetípica de una ciudad y sus habitantes. Su visión es el resultado de un estado nacional. Para construir la ciudad y sus vicios, Antonio Caballero acogió elementos de la realidad y conformó lo que a lo largo de cincuenta años, ha sido una constante en la forma de vivir, gobernar y pensar en Colombia.

#### 4.4. El Arquetipo: una lectura en clave nacional desde la literatura

En *Sin remedio* parece existir un arquetipo del hombre colombiano, la ciudad y el estado de malestar social que vivía y vive el país. Al ser una novela donde el género urbano logra su mayor expresión gracias a una descripción detallada de la situación del país, es posible asumirla como un texto útil para comprender una década e identificar cómo la literatura propone una interpretación y visión que aporta en la transformación social. Partiendo de la propuesta teórica formulada por Carl Jung y de la comprensión que desarrolla Gilbert Duran de su obra, en el texto *La imaginación simbólica* (1971), así como el análisis de Clara Victoria Mejía Correa, y, en menor medida, el de Luz Mary Giraldo en sus diversos estudios, se plantea un análisis hermenéutico de los arquetipos.

Si bien la teoría de Jung parte de un interés por comprender el inconsciente colectivo de las sociedades, es una postura apropiada al elaborar un estudio literario. El diálogo entre el componente teórico propuesto por la psicología y la obra de Caballero, permite entender cómo se lleva a cabo la construcción de arquetipos, característica ampliamente señalada en *Sin remedio*. En varias entrevistas y artículos sobre la novela, se ha afirmado que sus personajes parecen ser copias o referencias a personas de la vida real. Hecho que parece demostrar, la maestría con la cual Caballero recrea personajes y acontecimientos con tal nivel de datos y verosimilitud, que dan la ilusión de ser copias, cuando en verdad expresan una mirada esclarecedora de la realidad.

Más que críticas, hay descripciones. Es decir, lo que tiene de bueno la ficción, para opinar a través de ella, es que no es necesario fundamentarla sino que basta con describir cómo esa opinión se refleja en el comportamiento de los personajes.

Hay una serie de personajes en esa novela –un político profesional, un militar profesional– que se reflejan en las cosas que dicen y en las cosas que hacen, en la manera que tienen de tirar en un burdel, o en la forma de emborracharse en un bar, en el modo de hablar (López, 2010, 20).

##### 4.4.1. Arquetipos: qué son y cómo se presentan en *Sin remedio*

Vivir en sociedad implica la aprehensión de conocimientos y habilidades que posibilitan ser parte de un pensamiento colectivo y faciliten familiarizarse con las formas de comprender la realidad que tienen determinadas culturas. Al nacer, una facultad humana esencial es el lenguaje, poder nombrar, entender la función y uso de los objetos constituye una parte de esa comprensión de lo real; del mismo modo, la vida en sociedad conlleva adoptar una visión particular del mundo, parcial o totalmente igual, a las personas que

integran un colectivo específico. En tal instancia de aprendizaje puede ubicarse el arquetipo, ya que se trata de un elemento que habita el inconsciente y le ayuda al individuo a conocer la carga simbólica de situaciones y comportamientos que no se discuten o analizan en una conversación cotidiana, porque son acciones, conductas o roles que se generan y entienden intrínsecamente en el establecimiento de las relaciones humanas. Si bien la visión de Jung adolece de proponer los mecanismos a través de los cuales se construyen los arquetipos en tanto procesos culturales interiorizados por la mente de cada individuo, es destacable cómo formula una teoría en la cual es posible comprender por qué existen visiones del mundo comunes a todos los integrantes de un grupo social.

Antes de hablar sobre los arquetipos es oportuno hablar de uno de sus elementos substanciales, el símbolo. El símbolo ha de entenderse como aquello que remite a algo:

En otras palabras, <<el contenido imaginario de la pulsión puede interpretarse...ya sea en forma reductiva, es decir, semióticamente como la representación misma de la pulsión, o simbólicamente como sentido espiritual del instinto natural>> Jung denomina arquetipo a este <<sentido espiritual>>, a esta estructura ambigua de la propia ambigüedad simbólica. El arquetipo es [...] un <<sistema de virtualidades>>, <<un centro de fuerza invisible>>, un <<núcleo dinámico>> [...] el inconsciente proporciona la <<forma arquetípica>>, de por sí <<vacía>>, que para llegar a ser sensible para la conciencia <<es inmediatamente colmada por lo consciente con la ayuda de elementos de representación, conexos o análogos>> (Durand, 72).

Teniendo claridad de qué es el símbolo y que el arquetipo se edifica a partir del sistema de virtualidades, es decir, de la asignación de sentidos que le damos a los objetos, los cuales son inasibles pues no los podemos tocar. Es necesario asumir el arquetipo, en tanto forma dinámica, como una estructura que ordena imágenes y sobrepasa las condiciones individuales, biográficas, regionales y sociales de su construcción. Por ejemplo: la imagen de la madre va más allá del plano personal. Ello se da porque la madre no es solo aquella mujer que nos dio vida, pasa de ser una persona física a una representación determinada por valores, actitudes y roles que obedecen a un arquetipo arraigado en la tradición sociocultural. La madre evoca fertilidad, protección y evidencia que existe una carga simbólica en la figura femenina, es decir, se le asignan imágenes con un valor cultural pasa de generación en generación.

Motivos de expresión del arquetipo de la madre abundan en la mitología y las religiones (María en el cristianismo, Parvati en el hinduismo, Deméter en la mitología griega, Isis en el Egipto antiguo, etc.), lo cual implica que el arquetipo de la madre posee varias dimensiones. Algunas podrían ser positivas, como por ejemplo todo lo asociado con la protección y fertilidad; y otras serán negativas, como la muerte, el poder destructivo de la madre naturaleza o simplemente “lo desconocido” (Saiz, Fernández, Álvaro, 2007, 136).

Teniendo claro que el de la madre no es el único arquetipo, se entiende que estos se activan según lo consideró Jung, a partir de dos principios: la compensación y el equilibrio de los opuestos. Esto quiere decir que la acción inconsciente busca un equilibrio en la psique del sujeto, por ejemplo: una persona introvertida podrá concebir inconscientemente en sus sueños una actitud extrovertida. El equilibrio de los opuestos deriva de la compensación. Ambos principios explican que se identifiquen unos arquetipos y no otros, pues su aparición está en función de las necesidades personales y situación psicosocial del sujeto, las cuales pueden activarse dependiendo el impacto emocional o las referencias a su vida que le evoque un libro. Cabe señalar que existen tantos arquetipos como situaciones cotidianas (el residuo simbólico que reposa en cada persona aporta imágenes, actitudes y roles dependiendo la situación social, política y cultural que se vive). De esta forma, siendo la literatura una interpretación de la realidad, es un elemento a través del cual se crean arquetipos, no porque exista un consenso entre los lectores si no porque obra y lector hacen parte de un colectivo en el cual son comunes ciertas características.

Sumado a lo anterior, se entiende que también pueden ser arquetipos lugares u objetos. El reconocimiento de un arquetipo deriva de identificar el suficiente número de imágenes comunes a un colectivo. *Sin remedio*, por ejemplo, propone arquetipos al identificar en un personaje y espacios de ciudad, valores, roles y características, comunes a las condiciones sociales, políticas y culturales de sus lectores. Por ejemplo: doña Leonor, la madre de Ignacio Escobar, presenta características que normalmente son asignadas a un patriarca: persona sabia producto de la edad, poseedora de una gran fortuna y rectora del destino de sus familiares; al mismo tiempo, representa la figura materna al proteger a su hijo, manteniéndolo económicamente y velando por su seguridad.

El considerar un personaje ficticio como arquetipo depende de la construcción psicológica y física que en él se imprime. Es claro que doña Leonor es la madre de Escobar y por tanto velará por su seguridad; sin embargo, ello no la convierte en arquetipo, es su continua marcación del rol protector y la constancia de sus ideas al decidir el destino de sus familiares, sus empleados y mantener la división de clases, lo que la presenta como una configuración simbólica. En conclusión, el análisis de los arquetipos se da cuando determinado personaje o espacio evidencia tal cantidad de imágenes aceptadas socialmente que permiten anotar: ese personaje o espacio, representa el arquetipo de la madre, del

protagonista poeta, de la ciudad olvidada y sin historia, o, todos los que en los próximos apartados se irán exponiendo.

#### 4.4.2. Arquetipos: personajes

Teniendo claro a nivel teórico la definición de arquetipo y tomando como referencia el contexto histórico y literario que rodea la novela, y, algunas entrevistas realizadas a Antonio Caballero\*, se proponen tres arquetipos: el protagonista poeta, la mujer al interior de la aristocracia o animus (principio masculino de la mujer) y las figuras de poder: iglesia, política y fuerzas armadas, encarnadas por monseñor Boterito Jaramillo, Senador Pumarejo y Coronel Aureliano Buendía, respectivamente.

Los leves cambios en el panorama nacional, permiten indicar que ciertos personajes destacables por su construcción psicológica, pueden ser analizados como arquetipos a la luz de la teoría de Carl Jung (1936), ya que presentan formas preconcebidas que definen su actuación y determinan sus conductas y acciones. En otras palabras, proponen un modelo de hombre y/o mujer cargado con algunas características físicas y psicológicas de los ciudadanos de Bogotá y Medellín, comunes al interior de la sociedad colombiana que al ser leídos en la actualidad dan cuenta de las formas de pensar predominantes de hace tres décadas y acercan al lector a un espacio temporal del cual no pudo ser partícipe pero que ahora, por medio del libro, es espectador.

Partiendo de que “hay tantos arquetipos como situaciones típicas en la vida. Una repetición interminable ha grabado esas experiencias en nuestra constitución psíquica” (Jung, 1936, 47), la novela presenta, según va desarrollando la historia, personajes que si bien son ficcionales, recogen conductas y formas de actuar que se corresponden con lo que los medios de comunicación de la época y otros autores expresan en sus textos. Así mismo, al analizar bajo el método hermenéutico con un enfoque participativo, los sentidos asignados a la novela por parte de diferentes lectores, el estudio se concreta al identificar en cinco personajes conductas susceptibles de manifestarse cuando una persona asume ciertos roles sociales.

Atendiendo al orden de aparición, el primer arquetipo es el del poeta protagonista. Siguiendo las ideas de Álvaro Pineda Botero, en la literatura colombiana la figura del

---

\* Para este punto se toman como referencia principal, la entrevista de Juan Carlos Iragorri a Antonio Caballero, presentada en el libro *Patadas de ahorcado* (2002) y la de Pedro Javier López en *Todos los personajes de un escritor son él mismo* (2010).



protagonista poeta ha sido un tópico recurrente; en novelas decimonónicas como *Manuela* (1858) de José Eugenio Díaz Castro donde Demóstenes Bermúdez mira el paisaje a través de imágenes poéticas comportando rasgos de artista; *María* (1867) de Jorge Isaacs, en la cual Efraín enfrenta un destino fatídico por medio de la poesía y su personalidad de escritor se aprecia claramente desde el inicio de la obra, al relatar un conjunto de hechos que concluyen con la muerte; *El poeta soldado* (1881) de José María Samper, cuyo personaje entraña un profundo dolor que le inspira a expresar el misterio de la guerra, la vida y la muerte; la obra de José María Vargas Vila, en la cual es recurrente un tono poético en sus personajes centrales como ocurre en *Aura o las violetas* (1887) *Emma* (1888-89), y *Flor del Fango* (1895), donde si bien la poesía no pertenece a un personaje, pervive en los diálogos y apreciaciones de los paisajes, que develan un escrito cargado de nostalgia sobre el rumbo del amor y la forma en la cual alcanzarlo. En el siglo XX destacan novelas como *De sobremesa* (1896-1925) de José Asunción Silva donde José Fernández resalta como artista y de él se desencadena la acción novelesca; *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera y su Ricardo Cova, y, por último, *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez (este último si se asume el papel del gitano Melquiades como quien emplea la escritura para interpelar o vaticinar el destino). En estos textos se exhibe la figura del personaje diezmado y arrojado al mundo que busca encontrar la manera de enfrentar su realidad. Un poeta cuyo único refugio se reduce a las letras y a plasmar melancólicamente su pensamiento.

Escobar representa el antihéroe existencialista que está alienado y desarraigado del mundo. No pertenece a él. No trabaja, no produce, no tiene una esposa, y unos hijos por los cuales luchar. No salva ni quiere ser salvado. Ve al mundo desde una posición crítica y desilusionada. Ni él ni el mundo tienen remedio (Orozco, 2004, 77).

Escobar evidencia un tópico anclado “en la más auténtica tradición narrativa, en especial la bogotana [...] La exaltación del poeta a la categoría de héroe de la fábula representa una forma de sentir y una visión de las cosas propias de ciertos sectores colombianos” (Pineda, 2011, 332). Proponer un arquetipo en este personaje implica atender a un grupo de autores colombianos que han configurado el poeta protagonista como un ser cargado con un romanticismo deprimente desde el cual se posiciona para observar y comprender el mundo. Al igual que sus antecesores, Caballero consagra en la figura de Escobar un ser expuesto a momentos de crisis social. Su forma de ver el mundo, su aparente inconformismo y su desinterés por cambiar la realidad, hacen de él un ser frustrado que no alcanza a concretar sus sueños, análogo a un Efraín que viaja en vano para ver el cadáver de

su prima; a un soldado que observa bajo el sufrimiento de la guerra la belleza de la vida y a un Arturo Cova que se ve envuelto en una travesía de amor y venganza nunca culminada. Ignacio aprecia las nuevas formas de vida: el narcotráfico, la lucha popular y el desasosiego del pueblo que no percibe las injusticias que contra él se cometen. Caballero acoge un personaje común en otros textos, utilizándolo como excusa para enunciar desde su actitud impávida la política y la cultura predominante de los ochenta. En él imprime una ideología de examinar el mundo desde la contemplación sin más acción que la escritura, la cual le permite trasplantar al plano físico aquello que observa.

Todas las rosas son la misma rosa. Él mismo, sin ir más lejos, había tenido recientemente la sospecha de que no sólo las rosas, sino todas las cosas, son, bien miradas, una sola cosa. Hueco es hueco, sí. Ese taxista era un sabio. Todos los taxistas lo son: gente que sabe, que nos lleva de un lugar a otro, que nos conduce, que nos guía (Caballero, 1984, 85).

A partir de opiniones externas a él y debido a la urgencia por expresar el mundo es que Ignacio se toma la palabra, la examina hasta empalagarse con ella, le asigna una razón de ser y finalmente la acomoda a su amaño en un escrito. La poesía nutre la imagen de poeta; el protagonista está en una constante búsqueda por encontrar la palabra ideal, aquella que exprese todo, como bien se aprecia llegado el momento cumbre de la obra cuando habiendo atravesado separaciones, traiciones, robos y experimentado una ciudad hostigante que le aprisiona, escribe *Cuaderno de hacer cuentas*.

Escribió todo el día, deteniéndose a veces para afilar el lápiz o para meter la cabeza bajo el chorro de agua de la ducha. Poco a poco iba viendo más claro lo que quería decir, y lo que quería decir era un poema que iba saliendo poco a poco de sí mismo, como si se sacudiera todo el fango superfluo que deja el paso por la noche del caos (Caballero, 1984, 458).

Los poemas hablan sobre la realidad y la literatura como su espejo deformante. Escobar es la imagen arquetípica del protagonista poeta por excelencia, ya que en él converge la imagen de un hombre que mira la vida con un prisma de melancolía, y, sumado a ello, pertenece a la clase alta como es el caso de José Fernández o Efraín. En Colombia fue común, durante los siglos XVIII y XIX, que a los hombres de letras se les asignara un cargo político o administrativo importante. Al ser integrantes de la aristocracia, contaban con la educación y el tiempo suficiente para desempeñar sus compromisos sin mayores limitantes. Escobar, acoge así, varios presupuestos ya fijos de aquel protagonista poeta; él es consciente de su papel en la historia, sabe que escribiendo puede enfrentar todo aquello que acontece a su alrededor, pero al tiempo ridiculiza su aparente libertad. Él logra una duplicidad, se propone como el protagonista poeta que debido a la riqueza, no tener trabajo alguno o encontrarse en

una posición destacada, puede analizar el mundo. Es también una parodia; a pesar de contar con la posibilidad de trabajar en bancos o ser diplomático, renuncia a tal idea y no continúa con el estilo de vida que promulga su familia y mejor opta por burlarse de ellos.

-¿Pero en qué va a trabajar Ignacio?- preguntó doña Leonor, indiferente- No sabe hacer absolutamente nada.

-Yo ya le dije: si quiere, le doy un puesto en el banco.

-No quiero, tío, de verdad. Gracias.

-Si prefiere, le consigo un puesto de diplomático.

-Serías perfecto, mijo. ¡Con tu figura! – se extasió Lulucita Pineda sacudiendo la cabeza con inusitada violencia.

-Ignacio no sabe hacer absolutamente nada –repitió doña Leonor-. ¿Te quedas a comer, Foción? No sé qué nos tenga Saturnina.

-Eso ya lo dijiste mamá-cortó Escobar con cierta irritación (Caballero, 1984, 186)

Ampliando el marco arquetípico donde la carga simbólica aplicada al protagonista poeta cobra valor al estar apoyada en referentes literarios, y, partiendo de la idea Junguiana, bajo la cual un arquetipo pierde sentido si no goza de una atracción en aquello que representa, Escobar también expresa el hombre moderno sin perder su calidad de rapsoda. Es un personaje consciente del papel que cumple la escritura como forma de combatir la realidad y medio para enfrentar la crisis existencial. En términos literarios, sufre un desdoblamiento al ser consciente de su papel en la obra y denotar conductas de una persona real que intenta escapar de su posición aristócrata. Como ya se ha dicho, en la modernidad no se *es* porque no se ha podido *hacer*; el sentido de la existencia deriva de la acción. Sin embargo, Escobar no se acomoda al cambio, no cambia.

Para que la gente, cualquier que sea su clase, pueda sobrevivir en la sociedad moderna, su personalidad deberá adoptar la forma fluida y abierta de esta sociedad. Los hombres y mujeres modernos deben aprender a anhelar el cambio: no solamente estar abiertos a cambios en su vida personal y social, sino pedirlos positivamente, buscarlos activamente y llevarlos a cabo (Berman, 1982, 90).

Escobar está anclado a una vida estática y como se lo reprochan otros personajes (la mayoría mujeres con las cuales sostiene algún tipo de relación), no hace nada, deja que todo le suceda. En referencia al contexto histórico en el cual se ubica la novela, testigo de un patético apogeo de la industrialización y un malestar social por la sobredemanda laboral, Escobar encarna al hombre que, siguiendo las ideas propuestas por Marshall Berman (1982), debe producir, ser un sujeto activo al interior del entramado social, encontrar un lugar, hacer algo y escoger una ideología política y militar; como él, los colombianos requerían acomodarse al ritmo de vida ciudadano; no podían mantener una lucha perpetua contra el sistema. Bajo esta línea de sentido, Escobar es antítesis del hombre moderno donde

prevalecen todas las imágenes asignadas socialmente al rol que debe desempeñar una persona en el mundo. Es así que el arquetipo de protagonista poeta termina teniendo un rol contestario; no se acomoda a los nuevos paradigmas sociales y debe encontrar ese no sé qué, como diría Philippe Meirieu, para lidiar con la realidad. Acoplada a la imagen de protagonista poeta, se desliga la de antihéroe moderno. La poesía aporta la mirada melancólica y producto de esa visión es que surge el otro arquetipo, el que proyecta los ideales de todos aquellos que intentaban lograr un lugar en el andamiaje urbano y no lo alcanzaron.

En otro plano, donde la posición de Escobar revela dos arquetipos, su posición aristócrata, muestra el de escritor y su posición burguesa la crisis de la modernidad, y sin decantarse por uno u otro lugar, aparece su madre: doña Leonor, representante del arquetipo de la mujer aristócrata. Una mujer más cercana a la muerte que a la vida, cuya inconmensurable fortuna le dota de un séquito de empleados y le posibilita controlar el destino de las personas a su alrededor. Desde esa figura altiva y poderosa marca tajantemente la diferencia social y se reconoce la polarización política que vivía y vive el país, como se aprecia en un diálogo que sostiene con su hijo:

-Mamá, tú no estás sola.

-Ignacio, no te permito que vuelvas a decir que las sirvientas son compañía.

-No, mamá. Pero allá se la pasa todo el mundo. Tío Foción, tía Clemencita, tío Pablo, tía Memé (Caballero, 1984,21).

Doña Leonor se consolida como la matriarca, figura análoga a la propuesta por Gabriel García Márquez en *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), una mujer cuyo poder arbitrario y sin fundamento evoca la imagen de un dictador, dueño de medio país, preocupado por sus intereses personales, sin prestar atención a las necesidades de los menos favorecidos que le rodean y aunque con la posibilidad de ayudarlos, reticente a tal acción.

Durante el presente siglo, la Mamá Grande había sido el centro de gravedad de Macondo, como sus hermanos, sus padres y los padres de sus padres lo fueron en el pasado, en una hegemonía que colmaba dos siglos. La aldea se fundó alrededor de su apellido. Nadie conocía el origen, ni los límites ni el valor real del patrimonio, pero todo el mundo se había acostumbrado a creer que la Mamá Grande era dueña de las aguas corrientes y estancadas, llovidas y por llover, y de los caminos vecinales, los postes del telégrafo, los años bisiestos y el calor, y que tenía además un derecho heredado sobre vida y haciendas. Cuando se sentaba a tomar el fresco de la tarde en el balcón de su casa, con todo el peso de sus vísceras y su autoridad aplastado en su viejo mecedor de bejuco, parecía en verdad infinitamente rica y poderosa, la matrona más rica y poderosa del mundo (García, 2011, 47).

Las características masculinas invertidas en doña Leonor la revisten, en términos de Jung, con el *animus*, parte masculina de la mujer.

En la teoría junguiana el ánima representa la parte femenina del varón mientras que el ánimus es la parte masculina de la mujer. Para Jung, tan importante era que el hombre aceptase su feminidad como la mujer su masculinidad. De esta manera, este autor propuso la existencia de un arquetipo que compensase los elementos conscientes asociados con la identidad de género (masculino y femenino) (Galdós, Fernández, Estramiana, 2007, 8).

Ante la ausencia del padre, doña Leonor toma su lugar y se convierte en el jefe de la familia. Hecho que recuerda la imagen de María del Rosario Castañeda y Montero quien “asistió a los funerales de su padre, y regresó por la calle esterada investida de su nueva e irradiante dignidad, a los 22 años, convertida en la Mamá Grande” (García, 2011, 48). Si bien no fue la figura paterna, si la de Álvaro Escobar, esposo y hacendado, de la cual Leonor heredó el poder. Prefecta de la vida de su hijo y reguladora de la vida bogotana, demuestra lo que puede ser una clara referencia a la cultura de la época: los ricos siempre seguirán siendo ricos y los pobres seguirán sumidos en la miseria, pues a pesar de amasar fortunas (fenómeno común en los ochenta donde aparecen ricos debido al tráfico de drogas) no son incluidos en las altas esferas sociales por su baja educación.

Al arquetipo del *animus* se asignan características comunes en las mujeres adineradas. Doña Leonor, mujer aristócrata cuyo pasado carga la existencia de una juventud inmaculada de belleza incuestionable, rica por herencia o gracias al matrimonio con un hombre poderoso, dueña de lujosos trajes y joyas, es la guardiana de las buenas costumbres; protectora del orden social (no permite que haya una transformación del mismo); mujer entregada a la iglesia, y, como ocurría en Colombia durante el siglo XIX, benefactora económica del orden eclesiástico, y, por último, representante de la cultura colombiana, caracterizada por el esnobismo, al acoger la cultura europea como propia (principalmente francesa e inglesa). Leonor evidencia una visión del mundo a la cual solo le interesa mantener el orden.

Una cosa es llamar a la madre en el trance severo de la muerte, y otra muy diferente visitarla. El informe saquito de huesos perfumado y pintado, arrebujaado en chales en el hondo sillón, junto a la chimenea siempre encendida. La alta onda gris petrificada del cabello, el haz de tendones de la garganta aprisionado por seis vueltas de collares de perlas. Las sirvientas almidonadas y crujientes. Los tíos bebiendo whiskies pálidos, las tías empecinadas en el té. Ernestico Espinosa, con perfil ondulado y perfumado de cardiólogo, de perla en la corbata. Monseñor Boterito Jaramillo, con su sotana de botones morados, perdidos en el cuello bajo su doble juego de papadas [...] El fulgor obstinado de los marcos de plata con fotos desvaídas de difuntos: su abuelo don Foción, cinchado en su uniforme de general de la guerra; su padre con el dedo meñique estirado apoyado en la punta de una mesa, de frac, cuando era joven, cuando estaba vivo, cuando era el plenipotenciario en Asunción (Caballero, 1984, 10-20).

A raíz de las dinámicas del Frente Nacional y la emergencia de las grandes ciudades en las cuales ascender en la escala social garantizaba una buena vida, se contraponía el

espíritu separatista de las clases dirigentes que veían la inclusión de los pobres en su estilo de vida como un atentado al equilibrio social. Doña Leonor demuestra cómo las culturas americanas y europeas, idea ya anotada con José Luis Romero, impregnan la vida bogotana; ejemplo de ello es la anotación hecha por Ricardito Espinosa, al recitar en español un poema dedicado a la madre de Escobar: “Pero Leonorcita lo prefirió siempre en francés. Era insoportablemente snob, de joven, tu mamá” (Caballero, 1984, 166). La novela se sirve de la desgracia que años antes habían mostrado Darío Ruiz Gómez o Fayad, para retratar la lucha de clases y la pérdida de fortuna por parte de algunos debido a las condiciones inestables del país; aquellos que habían caído en la bancarrota o intentando alcanzar riquezas perdieron lo que tenían y solo les quedó el recuerdo del pasado en el cual la vida era distinta, la memoria del campo. Como Fayad y Ruiz Gómez, Caballero recoge el tiempo posterior al Frente Nacional, cuando el país vivió una profunda diferencia de clases y los que aún quedaron con fortunas, siguieron generando segregación sin pensar cómo contribuir a mejorar la situación.

La felicidad estaba reservada para quienes podían comprar lujosos carros y grandes casas. Esa es doña Leonor. El arquetipo del *animus* que en la posición aristócrata no permite el cambio, controla la sociedad bogotana reducida a un grupo de tíos, sobrinos y primos que configuran el destino del país gracias a sus influencias en el gobierno. Ella detenta la imagen que actualmente reposa en el imaginario colectivo de lo que significa ser rico.

Siguiendo con el orden de aparición, aparecen los arquetipos de monseñor Boterito Jaramillo, el Coronel Aureliano Buendía y el senador Pumarejo. Aunque cada personaje constituye un arquetipo, los tres conforman lo que se podría denominar las figuras de poder en Colombia. En el país destacan tres grandes fuerzas constantes en la historia: la Iglesia, los militares y la política, a su vez enlazada con grupos revolucionarios.

Comprender las políticas estatales de los años ochenta, implica atender a todos los órganos involucrados en su desarrollo. Con ello se hace, entonces, una referencia directa al orden eclesiástico y cómo este actúa a favor o en contra de determinada clase social o ideología política, ya que “desde inicios de la República “el problema religioso se convirtió en la frontera política entre liberales y conservadores” y la educación y la familia se establecieron como ámbitos de la vida social monopolizados por la Iglesia” (González citado por Otero, 2008). Si bien la separación Iglesia-Estado se formaliza con la Constitución Nacional de 1991, el papel de la iglesia durante las décadas anteriores gozó de un

protagonismo desmedido. La figura religiosa (sacerdote, monseñor, obispo, etcétera) gozaba de un lugar privilegiado al interior de las clases dirigentes. Sin embargo, cabe anotar que durante el Frente Nacional, la Iglesia fue perdiendo terreno. El partido Conservador ya no requería el favor divino, cuando existía un pacto bilateral que promulgaba un poder equitativo y la única diferencia, retomando a García Márquez, “entre liberales y conservadores, es que los liberales van a misa de cinco y los conservadores van a misa de ocho” (1967, 100). Tal rompimiento de relaciones, significó para la iglesia una virtual pérdida de control.

Esta crisis se desencadenó por las profundas transformaciones estructurales de la segunda mitad del siglo XX: la rápida urbanización del país, la explosión demográfica, la profundización de las desigualdades socioeconómicas, la apertura a corrientes e ideologías internacionales, la profesionalización de las clases medias, los cambios en el rol de la mujer y la flexibilización del núcleo familiar, la creciente acogida a nuevas religiones y la separación Iglesia-Estado fueron las más sobresalientes. Dichos cambios condujeron a una rápida secularización de la población, que, como era de esperar, superó la capacidad de adaptación de la Iglesia (Otero, 2008).

En medio de esa ruptura destaca monseñor Boterito Jaramillo. La iglesia conservaba un papel subrepticio, su control era difuso. Por una parte, continuaba siendo protegida por partidarios de uno y otro partido que se identificaban con las ideas propias de su pensamiento cristiano y, por otro, la creciente vida urbana de atropellos condujo a una secularización de la población que, como era de esperar, superó la capacidad de adaptación de la iglesia.

De hecho, las instituciones y estructuras eclesiales estaban pensadas para un mundo rural, donde la iglesia católica contaba el monopolio de lo religioso, y para unas familias al estilo tradicional. Esto significó un cambio fundamental en los problemas que los curas debían afrontar en las parroquias urbanas, perdiendo así gran parte de su influencia de otrora sobre todo en las clases medias y altas (Otero, 2008).

Lo curioso es que el país parecía vivir, en medio del caos social, una doble moral. Mientras una parte del pueblo no veía una salida a sus problemas en los preceptos religiosos, otros continuaban apoyando sus ideales. Es a finales de los ochenta y en el transcurso de los noventa que producto de los debates anteriores y posteriores a la Asamblea Nacional Constituyente (1991), la Iglesia demostró que independiente de su ilusoria pérdida de control aún guardaba poder y es que según Fernán Gonzáles, los debates en la constituyente de 1991 sobre el aborto y la homosexualidad, ponían de manifiesto la doctrina dogmática de esta institución.

Argumentos como, por ejemplo, que la vida inicia en el momento de la concepción, o que sólo Dios puede disponer de la vida humana, “tienden a invalidar el reconocimiento de la autonomía legítima de los laicos y el pluralismo político de los no católicos, a los que les obligarían los mismos preceptos de la Iglesia católica por estar sujetos a una ética objetiva”,

así pues “la moral de los colombianos” tiene que estar determinada por los “valores cristianos” (Otero, 2008).

Tales incoherencias solo demuestran un país separado que no sabía qué pensar. Las personas no lograban un juicio propio y dependían de las opiniones externas para decidir en qué creer. En tal contrasentido, Caballero demuestra cómo las clases altas parecían todavía guardar respeto y apoyo al orden sacerdotal, no tanto por el poder que ejerciera sino por una nostalgia de antaño. Monseñor Jaramillo, refleja la doble moral nacional y coloca de antemano lo que podría ser la catalogación de Colombia como país profundamente religioso, en el cual no se valoran ideologías políticas contrarias al favor del partido que apoye la iglesia: “El socialismo es una doctrina atea- protestó monseñor Boterito Jaramillo-. Y el pueblo nuestro es muy creyente” (Caballero, 1984, 185). Monseñor es el arquetipo del sacerdote, apoyado en características que Jung atribuye al *anciano sabio*. Se trata de la figura de un hombre de amplios conocimientos, sean estos correctos o no, que da sus opiniones de tal forma que aquel que solicita su ayuda logra aclarar su destino.

Monseñor se mantiene en la casa de Leonor, es el encargado de celebrar los bautizos y acompañar la muerte de cada miembro de los Escobar (fue el encargado de presidir el sepelio de Álvaro Escobar). Es un hombre de pensamiento tradicional ortodoxo, no apoya las transformaciones sociales que involucren un cambio de poderes y desmiente el pensamiento de izquierda. Él acoge los preceptos de su iglesia y los expresa bajo los paradigmas políticos y sociales propios de los ochenta. Su arquetipo no es el de orientador, si no la visión generalizada que reposa en la mente del pueblo sobre cómo es un hombre al servicio de Dios: uno preocupado más por el dinero que por la fe; de hábitos largos, una figura decrepita y conciliadora más en beneficio de los ricos que de los pobres; físicamente se trata de un hombre anciano, subido de peso y con cierto aura de sacralidad.

En la figura de monseñor recae la característica de hombre sabio y de doble moral. Aspecto apreciable cuando rodeado siempre por la alcurnia bogotana, vive una doble vida. Es un asiduo asistente de un motel en el cual sustenta relaciones homosexuales. Con ello no se quiere indicar que la Iglesia es un mundo liberto, amoral en lo que a lo sexual concierne, pero sí mostrar cómo un presbítero que optó por el celibato lleva a cabo actos que desde sus opiniones a lo largo de la obra, parece detestar.

Una figura rechoncha y negra atravesó la galería en toda su longitud, en una especie de trote, con los brazos abiertos.

-¡Magnífico, mijo, magnífico! ¡Nijinski, mijo!



Tomó entre sus manos el rostro del hombre de carmelito, brillante de sudor por el esfuerzo, y le plantó un largo beso en los labios. Escobar quedó paralizado de asombro: era monseñor Boterito Jaramillo, con su sotana de botones morados. Los dos caminaron abrazados hacia la salida del fondo.

-¿Vio, qué horrible? – Ángela estaba escandalizada.

-Horrible no. Como usted con Inga.

-¡No compare! ¿Vio ese viejo disfrazado de cura?

-Es que es cura. Monseñor Boterito Jaramillo, Amigo de mi mamá. Tiene Cáncer en la lengua

-¡Qué asco! ¿Vio cómo besaba al tipo en la boca? ¿El cáncer es contagioso? (Caballero, 1984, 392-393).

Es así que el arquetipo del sacerdote evidencia un lado casto, puro, devoto y otro arrojado a las conductas que la iglesia repudia. Ello se debe a que “como todos los arquetipos, éste también tiene un aspecto positivo y un aspecto negativo” (Jung, 2002, 44).

Ahora, siguiendo el orden de las figuras de poder está el Coronel Aureliano Buendía. Contrario a un militar honorable, inspirador por su fuerza, valentía y conocimiento de la ley, *Sin remedio* propone un hombre alcohólico y deshonesto que sobrepone su opinión a la de otros que se encuentren por debajo de su rango; amigo de políticos, su actuar es deshonesto. Desde su aparición, algo tardía (aparece por primera vez en la página 373) demuestra la corrupción del gobierno. Su nombre hace imposible no asociarlo al coronel creado por Gabriel García Márquez, un hombre admirable, prócer defensor del pueblo, opuesto al ruin y corrupto Buendía de Caballero. Desde su aparición en un bar de prostitutas, maneja una actitud abusiva y descarada, hasta el momento en que asociado con un senador llega a un motel, y pasa a ser un hombre que disfruta del control ejercido sobre otros para complacer sus deseos carnales. Junto al senador, el senador encierra el arquetipo del poder. En el divorcio entre gobierno y traficantes de droga, enunciado con Wilson Orozco páginas atrás, en el que mientras unos políticos combaten infructuosamente la siembra, producción y venta de cocaína, también resaltan otros que demuestran la fallida guerra contra el narcotráfico. El senador y Aureliano son muestra de ello, cuando al deber erradicar la cocaína se van por otro camino y optan por hacer fortuna con ella.

Escobar leyó en la tarjeta, que tenía el escudo de Colombia en relieve dorado:

Coronel Aureliano Buendía

Servicio de Inteligencia del Ejército Nacional

Jefe de Investigaciones Especiales

Cecilia rió con risa de borracha:

-Juá juá juá, me muero de la erre. Especiales las cosas que le hace hacer a una, el muy corrompido. ¡Qué dizque inteligencia! Pura coca, eso el coronel y el senador ese don de los puros capos, es que ustedes no los conocen.

A propósito de coca, yo necesito un pase –dijo Escobar (Caballero, 1984, 382).

Los políticos y militares en Colombia siempre han cargado con la imagen de corruptos. La visión que los colombianos tienen de esos cargos es de personas adictas al poder, al dinero y al lucro personal a costa de los intereses del pueblo. En la última década se han destapado grandes escándalos como los falsos positivos o la parapolítica, durante el mandato presidencial de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) y el actual presidente y exministro de defensa del gobierno anterior, Juan Manuel Santos (2010-2018). Ambos, culpables de la muerte indiscriminada de campesinos por parte de las fuerzas armadas, ocasionaron que los colombianos perdieran su fe en la labor que los militares debían desempeñar: proteger. En sumatoria, la evidencia y los procesos judiciales desarrollados contra ministros y senadores por sus nexos con dineros provenientes de las drogas, completaron el desapego que se tiene a dichos cargos. En *Sin remedio*, se percibe, entonces, el nacimiento de las problemáticas actuales y el desprecio por la figura militar y política colombiana que abunda en varios sectores de la población.

-Ahora, Puma, espérese –dijo el coronel-. Yo me hubiera querido tirar a la Betty esa de mierda, estaba buenísima. Pero yo la localizo, no se preocupe. ¡Néstor!

-Si no la localiza usted, hermano, no la localiza nadie en este país.

Oyeron la risa gruesa del coronel Buendía.

-Ni tanto, hermano, ni tanto...Pero esa me las paga. Y el que también me las paga es el hijueputica ese del marido, Ignacio Escobar. A ese sí lo tengo bien ubicado. Comunista. (Caballero 1984, 394).

-¿Qué es el afán, hermano! – Exclamó el coronel- ¿Acaso ustedes los senadores madrugan?

-No, pero es que mañana tengo que cerrar un negocio. Ahí está: si mañana coronó, le cierro este sitio tres días y tres noches con las viejas que quiera y todo el trago libre, whisky, champaña, lo que quiera (Caballero, 1984, 394-395).

Es así que al imaginar un político es fácil lograr la misma imagen del senador Pumarejo: un hombre de traje, millonario, subido de peso (que alude a la opulencia de su modo de vida), con un trabajo que poco esfuerzo le trae, al servicio de los carteles de la droga o de las oportunidades que le brinden mayor solvencia económica, adicto al alcohol, mujeriego y con un detestable sentido de la moral. Por su parte, Aureliano no goza de mayores cambios, encarna la percepción que las personas tienen de las altas esferas militares: hombres déspotas que no combaten la guerra, solo dirigen los soldados a ella, que no protegen al país y su descuido de velar por la seguridad termina ocasionando tragedias; hombres cuyas influencias los dotan de grandes fortunas.

María Fernanda Benítez Ballesteros, en su tesis *Narcotráfico e intervención en Colombia: 1980-2000* (2009), asocia las conductas de los políticos y militares, a la fallida lucha contra los problemas del país. Los gobernantes no combatieron oportunamente el narcotráfico y aprobaron la premisa de Julio César Turbay: “hay que reducir la corrupción a sus justas proporciones”, presidente que pasó a la historia por su aprobación descarada de la corrupción en los órganos estatales. La batuta de veneno se fue pasando entre mandatos sin encontrar asidero en ninguno. Los políticos y militares fueron aceptando que la lucha no parecía encontrar solución, por lo que algunos vieron en el enriquecimiento ilícito, una posibilidad de generar fortuna sin prestar atención a la labor por la cual fueron elegidos, proteger y aportar soluciones a las necesidades de los colombianos. La iglesia, la milicia y la política han perdido con los años sus virtudes y solo quedan de ellos los roles que en Boterito Jaramillo, Aureliano y Pumarejo se expresan, pues si se mira en retrospectiva las figuras más destacadas en tales campos, continúan arrojando las mismas conductas: hombres gordos, sedientos de poder y con un perdido sentido de la moral.

#### **4.4.3. La ciudad como arquetipo**

Al dejar claro los arquetipos humanos y entender que *Sin remedio* es una novela urbana, es importante analizar el papel que la ciudad juega en la narración. Aunque hay referencias a Bogotá al hablar de sus calles (carrera séptima - carrera Trece) o remitir a espacios geográficos como la sabana, no se puede confundir el espacio ficcional con el espacio real. Es verdad que el escritor toma referentes de la realidad que le son cercanos, mas ello no indica que lo creado atienda a ser una fotografía; es una interpretación llena de detalles que le dan sentido y permiten entender el espacio arquitectónico como un referente no de la capital, sino de todo lo que habita una ciudad colombiana cualquiera.

El crecimiento de los años setenta le exigió al país comprender el mundo urbano desde otros puntos de vista y revisar su modelo de construcción. La sobrepoblación motivó tal situación. Al pasar en 1930 de 300.000 habitantes a más de un millón en 1970 (Romero, 1999), Cali, Bogotá y Medellín debieron ampliar sus límites e iniciar la construcción de nuevos barrios. Sin embargo, con el éxodo masivo, terminaron creándose barrios piratas. La mayoría de migrantes eran campesinos que querían huir de la violencia de los campos, que al no encontrar lugares que los recibieran, habilitaron zonas limítrofes a las urbes como lugar

de vivienda. Casas hechas a base de madera y cualquier material que encontraran a la mano fueron apareciendo sin control. Medellín padeció la creación de invasiones en su periferia que terminaron por esculpir un trazado desordenado, de callejones estrechos y sin salida, en los cuales a futuro se refugiarían bandas delincuenciales.

Bogotá, por su parte, se vio tan asediada que no fue capaz de brindar hogar al caudal humano que sobre ella se cernía. Los residentes de la capital, expropiados de la paz de su cotidianidad, crearon una atmosfera de división y desprecio. Las ciudades comenzaron a rezagar los pobres en pequeños terrenos donde se amontonaba una casa tras otra. Los ricos, para el caso de Bogotá, se ubicaron en el norte, mientras los pobres se fueron adhiriendo al sur de la ciudad. En Medellín el fenómeno sería opuesto, hacia el norte se desplazaron los pobres mientras en el sur quedaron replegados las personas con mayores ingresos. El gobierno en tales circunstancias no brindó las opciones adecuadas. Creó programas de vivienda y desarrollo urbano, cuando ya la problemática había desbordado los pronósticos y seguía aumentando.

La Ciudad de Caballero es una ciudad de contrastes que toma pedacitos de todas las demás. Al igual que Vallejo, Darío Ruíz Gómez o Manuel Mejía, utilizaría la marginalidad para expresar los problemas. El amontonamiento de basuras, la inoperancia de los sistemas de transporte para movilizar la población oportunamente, agudizaron, irónicamente, el desinterés de los habitantes por mejorar sus condiciones de vida. En *Sin remedio*, destaca que además de verse la ciudad bajo el lente de los sectores viciosos y detestables, se emplea la lluvia como medio para exponer todos los problemas al mismo tiempo. Cuando el cielo se llenaba de agua, los buses colapsaban, las calles refugiaban indigentes y el mundo entero parecía arrojar su furia a la ciudad de los prostíbulos, bares y almacenes con luces de neón que envolvían el centro de las metrópolis.

Gruesos chorros pesados vomitados por las canales rotas, cataratas del cielo. De las puertas abiertas de las tiendas lo miraban pasar, solo como un imbécil bajo la cólera del cataclismo: gente verdosa y gris, parda, borrosa tras la lluvia, hacinada en las puertas, esperaba con paciencia el final del diluvio y lo veía pasar, único peatón insensato en toda la ciudad. Las torrenceras de las calles arrastraban escombros y tierras de aluvión, cajones de cartón y de madera, ramas de árbol. El reflujo hacía bailar remolinos de basura en las esquinas, donde chocaban dos riadas alzando espumas turbias, irisadas de grasa. A ratos parecía que la violencia de la lluvia tratara de amainar: los goterones se espaciaban en el aire de pronto detenido, y Escobar se daba cuenta que llevaba minutos sin respirar (Caballero, 1984, 69).

Bogotá y Medellín al soportar el mayor número de habitantes se convirtieron en el punto de medida del país, ya que la vida en otras ciudades no distaba mucho de sus

condiciones. En este punto es necesario considerar que la ciudad arquetipo no es solo un plano físico, también comporta conductas y costumbres, incluso ideas, que hacen se constituya en una imagen colectiva. Jung denomina a este tipo de arquetipos, *arquetipos de transformación*, en ellos “hay que establecer ante todo, su plurivocidad, su abundancia de relaciones casi inabarcable, que hace imposible toda formulación unívoca” (Jung, 2002, 45). En otras palabras, la ciudad congrega tal nivel de relaciones que abarcarlas todas sería imposible debido a su carácter transformador. Siempre está evolucionando, cambiando, construyéndose a sí misma. Es así que la ciudad de Caballero no es estática, las personas transitan por sus calles, la deterioran, al tiempo que plasman en ella sentimientos, sensaciones. Esto nos lleva a afirmar que el ubicarse o visitar ciertos espacios depende del estrato; la vida cambia según el lugar donde se vive; se piensa, dependiendo la condición social. Algunos viven en barrios populares como Escobar y su esposa Fina por lo tanto está en contacto con la inconformidad, la violencia, el robo, el secuestro. Otros, en barrios estilo francés o grandes mansiones donde observan, alejados, las luces de una ciudad despierta las 24 horas. Es así que la clase social no solo es sinónimo de riqueza, también de una perspectiva ideológica.

-Es que Monserrate no rima sino con alpargate.

Todos rieron de nuevo. La prima flaca, roja de placer, rió alzando la cara: una venilla tibia le palpitaba en la garganta, bajo el collar de perlas. Su marido de chaleco quiso perfeccionar todavía más el chiste.

-¡O con aguacate!- chilló casi, reventando de risa.

Pero el regocijo amainó. Ricardito Patiño, que había soltado risas casi obscenas, quiso lucir sus talentos de poeta a sueldo de la burguesía improvisando una cuarteta cómica:

*Pobre señor de Monserrate:  
en vez de palio, un mal petate;  
y promesas de alpargate  
le ofrecen yuca y aguacate* (Caballero, 1984, 188).

Como se aprecia en el apartado anterior, los ricos insultan la ciudad donde viven a pesar de las ventajas económicas que poseen. Son extraños en su propia tierra, están atascados en un lugar del cual no se sienten parte, aunque dependan de lo que se produce en sus terrenos y sus fortunas deriven de la fecundidad de los cultivos.

-Yo siembro cebada, mijo. Y tengo vacas Holstein. No digas boberías.

Escobar se volvió acusador hacia Foción: bancos, urbanizadoras, contratos petrolíferos. Pero no pudo hablar. Foción reverberó a través de su enfisema:

-No digas boberías, mijo: tú vives de tu mamá que vive de sus rentas.

-Eso es lo que digo, tío. Todos vivimos de lo que da esta tierra, pero ustedes se avergüenzan, les parece ridícula, indigna. No creen que esta tierra que les produce plata puede



producir versos. Y al contrario: antes de producirles plata a ustedes, produjo versos. Don Juan de Castellanos la vio y dijo.

*Tierra buena*

*tierra que pone fin a nuestra pena...*

-Es verdad –confirmó el tío Pablo-. Aquí en la Sabana tenemos muy buena tierra.

-Pero muy sobrevaluada, don Pablo- opinó el cuñado de chaleco, vehemente-. La fanegada está más cara que la mejor tierra de Flórida (Caballero, 1984, 189).

La ciudad que alguna vez llegó a ser la joya de Latinoamérica es indigna para los que ahora después de conseguir fortuna, aspiran a vivir en el extranjero.

Bogotá, que ahora se llama así en lenguaje vulgar, pues en el burocrático recibe el nombre de Distrito Especial, no es Bogotá: es la Atenas Suramericana; y ha sido muchas cosas: Santa Fe, Bacatá. Se ha ido cambiando furtivamente el nombre, como quien al dormir en un hotel de paso deja un nombre supuesto (Caballero, 1984, 135).

La deshumanización y desatención a los refugiados campesinos (un absurdo: son víctimas del desplazamiento forzado en un país al cual levantaron), demuestran que la ciudad dejó de ser un espacio para la vida y se transmutó en una selva. Un mundo hostil donde es preciso luchar contra los compatriotas. Los ricos, aprovecharon las cercas que se habían creado entre ellos y los pobres, para apartarse del panorama nacional que millones de personas vivían. Sus casas, alejadas del problema, no sufrían las carencias que tenían aquellos denominados como *masas*; a ellos no les correspondía pensar el problema de la tierra que había viajado del campo al asfalto. Sus lujos los apartaron de un país en crisis.

Subieron a toda velocidad calles empinadísimas y en curva, rumbo a los cerros. Robertico comentó con Claudia:

- Mira gorda, en tercera. Este carro sí es una verraquera, carajo.

El apartamento del Chinche dominaba hasta muy lejos las luces de la ciudad, blancas y amarillas en la amplitud oscura de la sabana, parpadeantes. El Chinche ofreció trago. Escobar, parado en la ventana, paseó los ojos por el mar de luces de la ciudad inmensa. Andrea comentó a su lado, rubia y lánguida.

- Es increíble, ¿no? Parece la bahía de Nápoles (Caballero, 1984, 514).

La ciudad en *Sin remedio*, deja de ser el lugar destinado al progreso, la interculturalidad y la paz, para constituirse en una distopía. Ser la cuna de la violencia urbana y la lucha de clases, en ella todo ocurre por la acumulación de problemas. El Frente Nacional ocasionó el desplazamiento, los campesinos llegaron y buscaron trabajo, la industria no se los dio y debieron buscar lugares donde vivir, se crearon los barrios piratas, la fisionomía de la ciudad se cambió, los barrios se empezaron a separar cada vez más y las clases se alejaron hasta un punto en el cual nadie escuchaba los problemas del otro y debía luchar por sí solo y su familia.

Añadido a lo anterior, la cocaína, producto también de la crisis política, permeó todos los estratos de la vida social. Los que no encontraron trabajo optaron por apoyar el narcotráfico o por ejercerlo. La droga se convirtió en una forma de alcanzar los lugares que les fueron negados debido a sus ingresos económicos. Algunos regresaron al campo a sembrar y otros se quedaron para venderla. No todos los colombianos llevaron a cabo tal acción (fue un número mínimo en comparación a la población total), pero, sí aquellos que no vieron solución a sus problemas. Cali, Medellín y Bogotá vieron el nacimiento de carteles, entre ellos el de Pablo Escobar. Hoy en día, las grandes ciudades de Colombia cargan con un pasado atroz, no solo son lugares que constantemente cambian; debido a su expansión, llenas de calles que desbordan la posibilidad del gobierno de vigilarlas, se convirtieron en lugares ideales para el tráfico y los barrios piratas continúan siendo la única opción para quienes no encuentran otro domicilio disponible.

La ciudad propuesta por Caballero hace treinta y dos años, no cambia. Sigue siendo un lugar en el que cada vez se desplaza más la naturaleza y los ríos se pierden; la inocencia de la niñez se olvida y los problemas no parecen tener freno. La ciudad de grandes avenidas, donde ricos se ubican en un extremo y los pobres en otro, sigue construyendo edificios. Cuando no pueden aumentar hacia los lados comienzan a tocar las nubes. Las basuras, el transporte y el número de indigentes en ascenso, demuestran que la ciudad no es solo un lugar, es una experiencia, una opinión.

La ciudad no son solo calles y avenidas, es nuestro hogar. Nosotros nos debemos reconocer en ella porque “somos la ciudad y la ciudad es el reino” (Hunt y Grenfall citado por Jung, 2002, 41). La ciudad de Caballero es un recuerdo, una memoria, no sufre cambios a pesar de las necesidades que los colombianos presentan. Es un lugar que parece no pensarse y mantener, como sus habitantes, una cultura *snob*. Aprecia lo nuevo y foráneo, sigue construyendo porque la población no para de crecer, pero no se detiene a pensar soluciones. El tráfico de drogas, la violencia y el desempleo siguen subiendo y los ideales de un mundo mejor parecen mecerse en el aire como una hoja de otoño; el problema es que no todos hemos crecido lo suficiente para alcanzarla.

#### 4.4.4. El sentido de los arquetipos

Analizar *Sin remedio* a la luz de la teoría arquetípica evidencia cómo la novela se distingue de otras publicadas durante los ochenta. Si bien en casi todos los libros de literatura hay arquetipos, se destacan los de *Sin remedio* porque expresan figuras que los colombianos hemos identificado en nuestra historia y continuamos apreciando en los medios de comunicación, en los hombres que nos gobiernan y en los sitios donde vivimos. La historia en Caballero estimula la narración, le imprime mayor realismo y promueve en el lector las ganas de conocer su pasado; tal característica ayuda a ver que la literatura puede brindar una visión esclarecedora de nuestra sociedad y nos permite conectar épocas.

Los arquetipos son *formas típicas de conducta* que, cuando llegan a ser conscientes, se manifiestan como representaciones, al igual que todo lo que llega a ser contenido de conciencia. Se trata, entonces, de *modi* característicamente humanos y por eso no debe sorprendernos comprobar en el individuo la existencia de formas psíquicas que no sólo aparecen en las antípodas sino también en otros siglos con los cuales únicamente nos liga la arqueología (Jung, 1936, 174).

Identificar cómo los personajes de *Sin remedio* reflejan conductas y características de personas o espacios reales de otro siglo, es visualizar la novela como una radiografía del país que vista desde el presente aporta a pensar el conflicto que hemos tenido que enfrentar, cuáles son algunas de sus causas, consecuencias y relaciones que ha tenido con la iglesia, la política y el órgano militar. Cuestiona nuestro papel como colombianos, abriéndose como un espejo, en el cual nos miramos y empezamos a pensar cómo actuamos y qué ha sucedido en Colombia para que las conductas y características en las figuras de un poeta protagonista, la mujer aristócrata, un sacerdote, un senador y un coronel sigan guardando la misma carga simbólica después de tres décadas. La obra no alude a personajes concretos ya que ello la reduciría, como ya se anunció, a una biografía. Lo que hace el autor es sustentarse en todo el malestar social del cual fue espectador para crear una ficción que devela más que nuestra inoperancia frente al desastre, nuestra sordera al dolor ajeno. No podemos omitir que personajes de ficción representan nuestra condición humana, pues “nadie se salva de lo que es propio de ser hombre” (Jung, 2002, 59), incluso cuando esa humanidad es ficticia.

Más que un problema científico, el arquetipo es, antes que nada, una cuestión de inmediata urgencia para la higiene anímica. Aun cuando no tuviéramos prueba alguna de la existencia de arquetipos y toda la gente sensata nos demostrara en forma convincente que no pueden darse esas pruebas, igualmente tendríamos que encontrarlas para no dejar que se hundieran en lo inconsciente nuestros valores más altos y naturales (Jung, 2002, 86).



Es así que los arquetipos permiten identificar nuestros desastres y pensar cómo podemos solucionarlos o por lo menos ser conscientes de ellos; también es claro que identificarlos es reconocer los errores cometidos por el hombre y no dejar que se repitan. La literatura evita olvidar, le ayuda al lector a consolidar una imagen del pasado y le da las herramientas para mirar críticamente su presente.

Ahora bien, si queremos probar una determinada forma psíquica no es un acontecimiento único sino típico, sólo podremos justificar tal conclusión si comenzamos por atestiguar que, tomadas las precauciones necesarias, hemos observado lo mismo en distintos individuos. Luego otros observadores deben acreditar que han hecho observaciones similares o iguales. Finalmente, hay que demostrar la existencia de fenómenos similares o iguales en el folklore de otros pueblos y razas y en los textos de otros siglos y milenios que han llegado hasta nosotros. En consecuencia, mi método y mi pensamiento general parten de hechos psíquicos individuales cuya existencia haya sido comprobada no sólo por mí sino también por otros observadores (Jung, 1936,174).

Teniendo claro que la teoría arquetípica se construye a partir del punto en común de varias opiniones o consideraciones. El análisis de la novela partió no de una opinión única por parte del investigador, sino una en la cual entraron en diálogo otras opciones, otros sentidos. Es así que partiendo del método hermenéutico con un enfoque participativo, la interpretación y análisis se dio cuando la elección de los arquetipos y su existencia fueron comprobadas por las apreciaciones de otros lectores.

## 5. Club de lectura entre la fábula y la utopía

Este capítulo presenta el proyecto de formación literaria; partiendo de todo lo expuesto hasta el momento y teniendo claro el contexto histórico de *Sin remedio*, los elementos que la diferencian de otras obras, como aquellos desde los cuales se estableció el análisis, se presentan las experiencias, actividades y resultados de un club de lectura donde se consolidó el análisis arquetípico y se concluyó que la lectura de la novela urbana posibilita una conciencia del pasado y se convierte en el primer paso para la transformación, la cual si bien se manifiesta en un primer momento en el pensamiento del lector, trasciende el ámbito personal y se ubica en un escenario social, al promover acciones y propuestas de cambio a los problemas que aquejan la sociedad.

El trabajo cobra importancia al tomar la escuela como escenario de investigación y análisis. Este apartado reflexiona el papel de la literatura en el aula bajo ciertas ideas que esperan dar un nuevo aire al discurso y las prácticas docentes. El club de lectura se perfiló como una opción pedagógica para repensar la presencia de la literatura en los planes de área de Lengua Castellana, y es una propuesta que busca destacar la literatura en la vida cotidiana, a partir de obras que faciliten a los estudiantes participar activamente de su aprendizaje.

En el capítulo anterior se evidenció cómo identificar arquetipos depende de lograr un análisis en el cual varios lectores asignen una carga simbólica similar a un mismo elemento. Es por ello que atendiendo al método hermenéutico bajo un enfoque participativo, el análisis se nutrió con las interpretaciones de las integrantes del club. Para presentar todo lo relativo a este espacio, las actividades desarrolladas y cómo se consolidó en una propuesta de formación literaria, las ideas presentadas parten de las apreciaciones de las estudiantes. Gran parte de las citas son opiniones e ideas formuladas por ellas en el transcurso de las sesiones. Los fragmentos son tomados de dos grabaciones y un taller, en los cuales se trataron temas alusivos a la novela y el papel de la literatura en la sociedad, la escuela y su importancia en la vida personal y académica\*.

---

\*La transcripción de las sesiones de cierre del Club de lectura, pueden consultarse en el siguiente enlace; allí se consignan las preguntas que guiaron la reflexión y su posterior desarrollo: <https://drive.google.com/file/d/11-u3iWwl2cwJ6t0tnptjkNgIisvvG-Ck/view?usp=sharing> El taller que hicieron las estudiantes, previo a los espacios de discusión, está disponible para lectura en el siguiente enlace: <https://drive.google.com/file/d/19LUpUqhnODj2TTJb7xYJOEzW2WgbZiEQ/view?usp=sharing>

## 5.1. La literatura en la escuela

Al hablar de literatura es oportuno referirse a la institución social a la cual se asignó la tarea de enseñar a leer y escribir; es indiscutible que el paso por la escuela representa para la mayoría de personas el primer acercamiento a la lectura de obras literarias. Sin embargo, también es evidente que la escuela ha definido niveles de importancia entre los conocimientos que imparte, dejando relegada o al servicio de otras disciplinas, la literatura.

Los saberes de excelencia que más se valoran, que siguen siendo “saberes de escritura”, no son ya los literarios sino los científicos y técnicos, y exigen casi siempre el uso de la computadora [...] ¿Es este modelo de la cultura escrita el que todos los países deben contemplar de manera prioritaria para ganar la carrera de la modernización? ¿Enseñar a los alumnos a escribir historias “en la lengua de todos los días” o a leer ficciones “literarias”, es una pérdida de tiempo? ¿Van a contracorriente de los valores del nuevo siglo y de los aprendizajes “eficaces y rentables”? (Chartier, 2002, 15).

Las prácticas de lectura y escritura exigen pensar el lugar asignado a la literatura y cómo otros saberes son más valorados. No se trata de indicar mayor valoración de un saber frente a otro, pero si es claro que en la escuela se exige aprender conocimientos con utilidad inmediata, causando que la lectura literaria quede al servicio de otros saberes “más importantes”. Dicha transgresión se debe, principalmente, a que no es clara su función. Se enseña como un tema más de Lengua Castellana\* y no como algo que realmente mejora los procesos de formación y desarrollo por los cuales atraviesa una persona.

La literatura en la escuela es, en consecuencia, algo extraño. Sabemos que ella enseña tantas cosas, pero cuando preguntamos concretamente qué enseña, se nos escapa, incluso, la pregunta. Y cuando la instrumentalizamos para enseñar, por ejemplo, datos históricos, o como se construye una frase, o como debemos comportarnos en sociedad, entonces muy probablemente sembramos una aversión muy profunda hacia la literatura (Pöppel, 2004, 113).

La literatura en la escuela pierde su razón de ser y se convierte en algo que debe enseñarse, pero no es claro qué sentido tiene y por qué es importante enseñarla. Es preciso estudiar el papel que juega la lectura en la formación humana más allá de generar un placer o servir como medio por el cual aprender determinado concepto.

En este sentido, la literatura en la escuela y, obviamente, en la sociedad, desempeña un papel muy similar al de la religión. Sirve, pero no se deja reducir a su función. Es, desde el punto

---

\* También se lee literatura en las áreas de Sociales, Filosofía, Economía y Religión. No aludo a textos teóricos, sino a obras clasificadas tradicionalmente como literatura que los profesores consideran oportunas porque en ellas se ejemplifican los temas a enseñar. En tal práctica no se asigna una función a la literatura; en vez de ello se la toma como un medio del cual los estudiantes toman ideas para esclarecer los conceptos presentados por el docente. Este uso no promueve procesos que trasciendan la lectura literal e incentiven una interpretación.

de vista de la economía y de las ciencias naturales, inútil, y precisamente por eso tan importante. Y, lo peor, ni siquiera se deja definir realmente. (Pöppel, 2004, 114.)

¿Leer literatura sirve? Sí, pero descubrir para qué ha sido una labor que la escuela no se ha tomado el tiempo de descubrir, pues continúa aplicando las mismas prácticas sin aparentes cambios. No se trata de pensar la literatura únicamente desde su instrumentalización, es reconocer que aporta para muchas cosas y no solo “para aprender a hablar, leer y escribir bien” (Pöppel, 2004, 112). Tal labor supone un esfuerzo épico ya que en el contexto colombiano “la literatura no significa gran cosa para la mayoría y sobrevive en los márgenes de la vida social, como quehacer casi clandestino” (Vargas, 1997, 5). Con este panorama es indudable por qué la literatura no tiene un lugar privilegiado en la escuela. Es necesario que revisemos cómo asumimos lo literario en el cotidiano. Algo está faltando para que a lo largo de 206 años de independencia y con una producción literaria numerosa no sea común pasar la mirada por un libro y creer que leer literatura sirve:

Para aprender. Para tener éxito en nuestros estudios. Para informarnos. Para saber de dónde venimos. Para saber quiénes somos. Para conocer mejor a los otros. Para saber a dónde vamos. Para conservar la memoria del pasado. Para iluminar nuestro presente. Para sacar provecho de experiencias anteriores. Para no repetir las tonterías de nuestros abuelos. Para ganar tiempo. Para evadirnos. Para buscarle sentido a la vida. Para comprender los fundamentos de nuestra civilización. Para distraernos. Para informarnos. Para cultivarnos. Para comunicarnos. Para ejercer nuestro espíritu crítico (Pennac, 2004, 75-76).

Como se reconoce en las palabras de Daniel Pennac, la literatura ayuda a comprender mejor nuestra realidad; sin embargo, es debido a la mirada de la escuela que la literatura, muchas veces, se hace presente únicamente para aplicar procesos evaluativos. El docente indica la lectura de un libro para al final del curso o semestre, evaluarlo y definir en un examen si el estudiante aprendió los conocimientos que debería haber aprendido. Pero cómo lograr tal aprendizaje si en el fin encomendado a la lectura no es posible abrirse a las posibilidades más que al camino trazado por el profesor. Para mayor claridad se transcribe en su totalidad un fragmento que el escritor polaco Witold Gombrowicz, plantea en el segundo capítulo de su libro *Ferdydurke* (1937)\*.

-[...] ¿Qué tenemos para hoy?-dijo con severidad, y miró el programa -¡Ajá! Explicar y aclarar a los alumnos por qué el gran poeta Slowacki despierta en nosotros el amor, la admiración y el goce. Así pues, señores, yo primero recitaré mi lección y después ustedes recitarán la suya. ¡Silencio! [...] ¿Por qué, cuando oímos las heroicas y grandiosas estrofas del “Rey espíritu”, cunde la exaltación en nuestro pecho? [...] ¿Por qué? Pues porque, señores, Slowacki era un gran poeta. ¡Walkiewicz! ¿Por qué? Repita Walkiewicz [...]

---

\* El fragmento se toma de la transcripción que hace Paola Piacenza de una parte del capítulo dos del libro mencionado, en su texto: *Lecturas obligatorias* (2012).



-¡Porque era un gran poeta! Dijo Walkiewicz. [...]  
[Y dijo Kotecki] – ¡Pero si a mí no me encanta! ¡No me interesa! No puedo leer más de dos estrofas y aun eso me aburre. Dios mío, socorro, ¿cómo me encanta, si no me encanta? [...]  
*El Maestro.* -¿Cómo es que no le encanta, si le he explicado mil veces, Kotecki, que le encanta?  
*Kotecki.* –Me lo explicó, pero a mí no me encanta.  
*El Maestro.* –Bueno, ése es asunto privado suyo Kotecki. Parece que Kotecki no es inteligente. A los demás les encanta  
*Kotecki.* – ¡Doy mi palabra de honor de que a nadie le encanta! ¿Cómo puede encantar, si nadie lee poesía, fuera de los escolares, y eso porque se les obliga a viva fuerza? (Piacenza, 2012,107).

Más adelante el maestro continúa insistiendo sobre el valor de la obra de Slowacki, a pesar de que Kotecki persiste en su apreciación de no desplegar un gusto por dicho autor. En el fragmento se destacan varias cosas: la imposición de un canon literario que es imperativo le guste a Kotecki porque Slowacki, al ser un autor nacional, es sinónimo de disfrute; segundo, la imposición a la cual se ve sujeto el estudiante cuando de gusto literario se trata; tercero, la terquedad del maestro por mantener su opinión sobre la del estudiante. El maestro no genera procesos de lectura críticos y conscientes por parte de los estudiantes; al contrario, presupone un valor a la obra e indica que este es el verdadero. Aunque en muchos escenarios educativos no se dará tal escena, se destaca cómo se puede incurrir en la arbitrariedad cuando no se tienen claras las funciones de la literatura. Se imponen valores y características que crean un desapego del estudiante hacia obras que leerá en su paso por el colegio o la universidad. En consonancia con el fragmento anterior se presenta una idea que puede ser la salida a tal dilema de cuál literatura leer en la escuela y cómo leerla. Esta vez desde la voz del estudiante:

- Peter es que usted es bueno, solo que, o sea, esto sería bueno si en clase se aplicara así de chévere, pero es que en lengua por decir, o sea, a mí me gustó el club porque, o sea, de alguna u otra manera vos te podés desenvolver y mirar otros... como otras interacciones. Sí, pero por decir con lo de Lengua Castellana yo no estoy de acuerdo y yo siempre lo he dicho, porque es que a vos te están obligando a leer un libro [...] si no te lo leés estás jugándote una nota y todo como por obligación. Vos con obligación no vas a disfrutar lo mismo del libro.
- Lo que pasa es que, pues a uno le están enseñando para la vida y en la vida usted debe tener hábitos lectores pues porque vas a una universidad o por un trabajo.
- Sí, pero.
- Te están enseñando es para eso.
- Listo, pero por qué no ponen temas que interesen. Vea, aquí nos pusimos de acuerdo con el libro, ¿por qué no nos podemos poner de acuerdo con un libro? Pues yo sé que es muy difícil
- Si no es capaz de poner usted de acuerdo a ocho niñas
- Pero, pues en común lo cogen y lo... o sea un libro como pues que tenga más votos sería mucho más fácil.
- Por ejemplo si a Laura le gusta la política.

- Lina, yo entiendo pero que se haga por voto, pues por mayoría. Si no es que lo escogen por interés de los profesores. Porque los profesores de hoy no les gusta lo del siglo --risas -- A ellos les dan los libros y ellos son los que escogen, porque una vez le pregunté a la profesora. (Club de lectura, 2016)\*.

No se trata de indicar que la escuela\*\* no aporta a generar procesos de lectura y escritura a partir de la literatura, ya que sí se generan. La cuestión es que aún falta camino para superar el marco tradicional, anclado en procesos memorísticos. Como se constata en los dos fragmentos anteriores es necesario que la escuela piense sus prácticas. No se trata de emprender procesos de lectura intentando dar a conocer el mayor número de obras o acercar los estudiantes al canon literario nacional, ya que la labor no es esa. Debe ser claro que, siguiendo las ideas de Alan Purves (1990), la función de la enseñanza de la literatura en el currículum consiste en promover una comunicación cultural que permita al estudiante entrar en contacto con un círculo más amplio que su hogar y personas cercanas a su grupo social. Esa comunicación entre libro y lector es de la cual surge una de las funciones de la literatura.

La literatura sirve, ampliando las premisas de Pennac, para comprender el pasado de la sociedad. Para ampliar la visión del mundo. Para conocer lugares que no se han visitado. Para interpretar la realidad desde otros puntos de vista que sean más conscientes de las condiciones sociales, políticas y culturales que enfrenta un país. Para disfrutar la vida. Para familiarizarse con posturas, opiniones y sentimientos que no se han experimentado con anterioridad. Para vivir si no más feliz, sí con más esperanza frente al desastre. Para comunicarse con el pasado y poner en cuestión la historia oficial que se presenta en otros formatos. Para fomentar procesos de pensamiento que posibiliten generar nuevas comprensiones de la realidad. Para conocer y sentir todo aquello que habita al hombre. Para transformar desde la palabra como primer paso para la creación. La escuela debe acatar varios de estos sentidos si espera ir más allá de una literatura para el disfrute. Es evidente que subyace un placer al leer, pero también es necesario trascender tal etapa y asumir el libro

---

\* Las citas que aparezcan en adelante y sean transcripciones de los audios de las últimas dos sesiones del club, se citarán de la siguiente forma: (Club de lectura, 2016); transcripción disponible en: <https://drive.google.com/file/d/11-u3iWwl2cwJ6t0tntptjkNgIisvG-Ck/view?usp=sharing>

\*\* Las opiniones y apreciaciones de cómo la escuela percibe la literatura, parten de dos puntos: el primero de ellos teórico, resultado de leer diversos textos que ponen en cuestión cómo la literatura habita el aula de clases. Segundo, las experiencias personales que a lo largo de mi formación como Licenciado en Lengua Castellana he vivido en varias instituciones educativas del área metropolitana del Valle de Aburrá (Medellín), donde no observé que la literatura trascendiera las funciones de las cuales he estado hablando.

como objeto de estudio desde el cual pensar la condición humana, establecer nuevas comprensiones de ella y generar procesos de cambio desde lo individual que pueden culminar en una escala social.

La historia es una de las modalidades de la relación que las sociedades establecen con el pasado (Ibíd., 34). Es probable que algunas obras literarias hayan moldeado más que los escritos de los historiadores las representaciones colectivas de este pasado. De igual manera, la historia se enfrenta con la memoria, sea individual o colectiva, y con la actualidad de esta que a veces es más poderosa y permanente que los libros de historia. Dicha historia participa en los propósitos de los grupos que intervienen en la formación de la memoria colectiva por medio de instrumentos tan eficaces como son los textos escolares, la hagiografía cívica o las propuestas editoriales (Arocha, 2004:100), que al vincularse con otros discursos contribuye a consolidar apropiaciones colectivas sobre el pasado (Vallejo y Laverde, 2009, 136).

La escuela al generar espacios de lectura más dinámicos ha de incluir a los estudiantes. No depende únicamente del docente, el estudiante también puede aportar. No es preciso convertirse en el profesor de Kotecki y dejar a la opinión social qué obras leer, cómo hacerlo y con qué fin; ni mucho menos dejar tal decisión al estudiante. Se trata de encontrar un camino bilateral. Promover relaciones horizontales en las cuales todos los participantes que convoque la literatura se vean expuestos y requieran encontrar otras formas de comprensión, interpretación y aplicación en la vida cotidiana. La literatura nos lo está exigiendo; debemos hacer una pausa, revisar el sistema educativo y ver qué hace falta. Crear un puente de comunicación en el que escuela, espacios de formación docente (Facultades de educación, Universidades) y sociedad estén en sintonía con las exigencias del estudiante, respondan a sus inquietudes y aporten a su aprendizaje.

La sociedad colombiana se encuentra hoy en el tránsito de una sociedad sujeta a la violencia, a una en clima de posconflicto\*. Junto a esto emergerán referentes para la construcción de la identidad individual y colectiva que conllevarán nuevas formas de participación social e impondrán demandas a la escuela; ella deberá tomarse el tiempo de pensar cómo responder a los retos que se le proponen. Y, uno de los medios para contribuir será la literatura, no solo desde la lectura, también la escritura como posibilidad de expresión, otorgarán a los estudiantes soluciones para asumir desde otras posiciones la guerra sin tregua que convirtió el siglo XX en un mar de sangre.

---

\* Independiente de la firma de los Tratados de paz de Cuba (2016). Colombia se encuentra en una nueva etapa en la cual la guerra ha dejado de ser un motor para combatir el conflicto armado. Ahora, los dirigentes políticos han comprendido que las armas no son el camino para dar solución a la violencia y la muerte que ha dominado la vida del pueblo durante los últimos sesenta años.

Pero, al mismo tiempo, el arte y especialmente la literatura son hijas de su tiempo, hablan el idioma de su tiempo, tienen las preocupaciones de su tiempo y, por lo menos parcialmente, intentan contestar preguntas que una época crea, no son mundos desvinculados de la realidad, sino pertenecen, como sea, al reino de este mundo (Pöppel, 2004, 113).

La literatura será uno de los pilares desde los cuales proponer nuevos procesos formativos. No se tratará solamente de las condiciones sociales de Colombia, los cambios en las dinámicas mundiales exigen estudiantes más críticos, reflexivos y con una opinión clara del contexto que habitan. Si bien no se trata de estar al servicio del mercado, sí de procurar que el aprendizaje de los estudiantes se refleje en su vida cotidiana. Que lo aprendido en el colegio, la universidad u otros espacios no convencionales, lo puedan aplicar a sus vidas, les sea útil. En otros términos, es preciso conectar como diría Delia Lerner (2001), a la escuela con la realidad social. En este panorama lleno de retos, la función de la literatura será múltiple. Primero, enseñar la belleza del mundo, ser una guía para escribir y leer mejor. Puede también estar al servicio de la ejemplificación de conceptos, ya que la lectura literal aporta como la inferencial o interpretativa, lo que no se perdona es quedarse en el fomento de procesos memorísticos; es valioso dar paso a la opinión, a cuestionar y debatir.

Segundo, será esencial reconocer en la lectura literaria, rutas para enfrentar el futuro. Contrastar opiniones con un autor y compartir ideas con otros compañeros, promueve en el estudiante una comprensión más clara de la historia y el reconocimiento de su papel en los paradigmas que se proponen para el país. En tal camino los profesores jugarán un papel imprescindible. Las nuevas funciones de las letras, demandan y exigen una profunda revisión de la profesión docente, por lo menos de Lengua Castellana y demás maestros de las áreas que articulen la literatura en sus procesos de aprendizaje, en términos de cómo trabajarla en el aula, cómo proponerla como un medio para afrontar el cambio.

## **5.2. Literatura colombiana: un antes y un después**

Si la literatura en el aula a veces no supera lo memorístico o suplemento para evaluar (razón por la que en muchas ocasiones los estudiantes no desarrollan lecturas conscientes y terminan por generar aversión a textos que aparentemente no les aportan nada), la literatura colombiana se enfrenta a un desafío más amplio. Gran parte de la literatura abordada en la escuela es extranjera, lo cual no genera en los estudiantes la imagen de un panorama literario cercano a su contexto, condiciones de vida, lenguaje y pensamiento. No solo se leen textos



si se es parte del contexto en el cual se producen; sin embargo, ser parte del código cultural del autor amplía la interpretación aplicada a la obra\*.

- Es que uno como que se cierra, pues, muchas veces uno no conoce las cosas, entonces se genera una opinión [...] cerrada. Pues sí, yo creo que eso es lo que uno cree sobre la literatura colombiana. Uno dice como ¡Ay no, qué pereza! Uno muchas veces es como... pues... la literatura colombiana debería darse a conocer más (Club de lectura, 2016).

La escuela necesita propuestas que incluyan la literatura colombiana en la malla curricular de cada grado. No se desconoce que sí se leen obras colombianas; no obstante, la elección de estas deriva de tres aspectos: el primero, los lineamientos y estándares propuestos por el MEN (constituyen el punto de partida para indicar qué se debe aprender y para qué\*\*), señalan cuáles saberes intervienen en cada grado (primero hasta undécimo) y qué literatura (géneros y procedencia) son apropiados para cada ciclo de formación. El punto a poner en cuestión es que en la totalidad del documento no aparece el término *Literatura colombiana*. En el *factor Literatura* de los grados cuarto-quinto de primaria, se propone elaborar “hipótesis de lectura acerca de las relaciones entre los elementos constitutivos de un texto literario, y entre éste y el contexto” (MEN, 2006, 35), pero, no queda claro qué literatura ha de abordarse. Aspecto contrario cuando se hace referencia a los términos *Literatura latinoamericana* y *Universal*. Por ejemplo; en el *factor literatura* del grado noveno se indica: “determino en las obras literarias latinoamericanas, elementos textuales que dan cuenta de sus características estéticas, históricas y sociológicas, cuando sea pertinente” (MEN, 2006, 38), y en undécimo aparece: “análisis crítica y creativamente diferentes manifestaciones literarias del contexto universal” (MEN, 2006, 40). Tal indiferencia por especificar el término literatura colombiana, es contradictorio cuando el MEN tiene una comprensión tan apropiada de la literatura, al reconocer su función social y establecer relaciones directas con la educación y dinámicas de enseñanza que atiendan a un aprendizaje más consciente por parte de los estudiantes\*\*\*, caso concreto es la siguiente apreciación:

---

\*Recordar los presupuestos teóricos anotados en la introducción, en especial la siguiente cita: “porque es mucho más fácil comunicarnos con las personas con las que compartimos la lengua materna, porque no sólo se establece una comunicación de forma más sencilla, sino que se facilita la coincidencia entre sentido y significado, entre escritor y lector” (Lince, 2015, 26).

\*\* Se hace referencia al texto expedido por el Ministerio de Educación Nacional titulado: *Estándares Básicos de Competencias en Lenguaje, Matemáticas, Ciencias y Ciudadanas. Guía sobre lo que los estudiantes deben saber y saber hacer con lo que aprenden* (2006). Texto disponible en: [http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-116042\\_archivo\\_pdf.pdf](http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-116042_archivo_pdf.pdf).

\*\*\* Se alude a dos textos publicados por el MEN. El primero de ellos, aunque publicado en 1997, dedicado a los lineamientos curriculares de Lengua Castellana, cuando Jaime Niño Díez era Ministro de Educación, demuestra

Parece que Reyes lo dijera en el aquí-ahora de los finales del siglo XX, cuando los estereotipos y los modelos hechos por fuera de nuestras realidades culturales redundan y se aplican sin hacer evaluación alguna, sin asumirlos siquiera desde la óptica de la interlocución y en la perspectiva de identificarlos como para-digmas, entre muchos, para un proyecto cultural educativo. Pero es que aun ese “sabor de las tradiciones” se fue diluyendo porque la escuela las exotizó; ni siquiera la literatura ha podido estudiarse en la escuela con la posibilidad de desentrañar dichas tradiciones, auscultando sus partes para construir el todo y poder explicar lo que han sido las generaciones pasadas o tratar de buscar un vínculo auténtico e integrado con la historia política y cultural de las sociedades” (MEN, 1997,6).

El segundo aspecto en la elección, es el canon que la sociedad considera debe ser leído durante determinados momentos de la vida. Aquí vale recordar la situación entre el maestro y Kotecki, donde Slowacki es un poeta que hace parte de la cultura polaca. El maestro considera *autor canónico* “aquel que se constituye como fuente de autoridad en una cultura, como guía, como criterio seguro, como autor recomendable para una y otra generación” (Vallejo y Laverde, 2004, 97). Muchos maestros caen en el error de creer que es obligatorio leer una novela porque se ha dicho es el máximo logro de la narrativa. En Colombia, por ejemplo, es preciso leer la *María* de Isaacs o *Cien años de soledad* de Gabo antes de graduarse del colegio, porque el no hacerlo es incumplir con lo medianamente aceptable en el nivel de lectura de un colombiano. Aunque es oportuno leer ciertas obras, ya que esa es una de las labores de la escuela, permitir el ingreso a la cultura escrita, no es cuestión de adoptar únicamente un canon oficial sino promover otros acercamientos.

Una vez que se ha aprendido a comunicarse dentro de la cultura, y se ha desarrollado una forma de “fidelidad”, se está en condiciones de volverse independiente de ella. En términos “literarios” esto significa que, después de que se han aceptados los “clásicos”, se pueden desarrollar gustos e intereses personales (Piacenza, 2012, 114).

Por último, cabe anotar un tercer aspecto, la decisión del maestro de cuáles obras colombianas deben ser o no leídas.

Si no es que lo escogen por interés de los profesores. Porque los profesores de hoy no les gustan lo del siglo --risas -- A ellos les dan los libros y ellos son los que escogen, porque una vez le pregunté a la profesora (Club de lectura, 2016).

Los docentes terminan por no ampliar su espectro literario y se quedan atrapados en algunos libros. Como se evidencia en la cita anterior, una estudiante expone por qué no se

---

una visión dinámica de la literatura en la cual se asume como elemento que puede aportar a una transformación social y a la creación y consolidación de una identidad cultural, social y política. Documento disponible en: [http://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-339975\\_recurso\\_6.pdf](http://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-339975_recurso_6.pdf). El segundo documento es la cartilla publicada en el año 2014 como parte del Plan nacional de lectura y escritura *Leer es mi cuento*, titulada: *Prácticas de lectura en el aula. Orientaciones didácticas para docentes*. Allí se comprende la lectura a partir de una relación más abierta entre el docente y los estudiantes. Documento disponible en: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-341024\\_recurso\\_1.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-341024_recurso_1.pdf).

leen textos acoplados a sus intereses. Tal situación puede deberse a que la escuela no ha comprendido que “la literatura no es, en cuanto a su contenido mismo, una categoría eterna, como no lo son la religión, ni la política, ni la economía, dimensiones de la actividad humana cuyos contenidos y límites son fijados por cada sociedad” (Vallejo y Laverde, 2004, 104). En otras palabras, que los límites de aquello entendido como literatura varían según la sociedad y por consecuencia, también los valores de grandeza y desastre que reposa en los libros. El docente debe escoger una obra, apoyado en los lineamientos curriculares o las disposiciones sociales, pero estos no pueden ser sus únicos criterios. Los estudiantes también deben poder expresar sus gustos y ayudar a la selección.

Con respecto a los hábitos de lectura de niños y jóvenes entre 5 y 17 años, una encuesta del 2006 indicó, entre otros resultados lo siguiente: un alto porcentaje (44%) de niños entre 5 y 11 años afirma que no le gusta leer, unido al 66% de jóvenes entre los 12 y 16 años que señaló que leer le parece aburrido. En esta línea, el 83% de los niños y jóvenes encuestados afirmó que las razones que lo remiten a leer libros son netamente académicas, y sólo el 17% restante acude a la lectura de literatura por entretenimiento; esto se relaciona con el 54% de los estudiantes que afirmó que le gusta leer, pero no tiene acceso a libros que sean acordes a su edad, en otras palabras, que respondan a sus intereses (MEN, 2011, 6).

Con este panorama resulta oportuno formular estrategias de lectura en las cuales se desarrollen prácticas en las que intervenga una producción narrativa que responda a las condiciones sociales de los estudiantes, sus intereses y gustos. Los estudiantes no quieren encontrar el dolor de la violencia o lo que viven a diario, en lo que leen. Quieren tener un aliciente a su vida, un escape, sueños e ilusiones. Y la literatura colombiana puede aportar esa visión, lamentablemente, su desconocimiento ha llevado, promulgado por los medios de comunicación, a creer que en Colombia solo se escribe sobre drogas y muerte. Sumado a lo anterior, no es dejar de leer otras literaturas diferentes a la colombiana, ya que eso iría en contravía de lo que se ha dicho. Lo que debe procurarse es que exista mayor coherencia entre las directrices del MEN y las prácticas lectoras escolares. Así mismo que la escuela promueva escenarios en los que sea indispensable la participación del estudiante en las elecciones de las obras; con otra salvedad, el estudiante no tiene la decisión final, lo que podrá hacer es brindar su opinión y sugerencias, para llegar a una elección consensuada.

Al entender que “el propósito de la educación no es proveer de una representación o una muestra de todo lo que ha sido escrito o enseñado sino brindarles acceso a los estudiantes a las obras de mayor calidad” (Searle, citado por Braswell y Singleton, 1996, 88). El orientador ha de desempeñar un rol esencial, él dará a conocer obras a las que de otra forma

el estudiante no accedería. Es preciso encontrar un punto medio, primero en los niveles de poder entre estudiante-maestro, los dos pueden escoger la obra, partiendo de criterios en los cuales se reconozcan las necesidades de los estudiantes y las responsabilidades del maestro. Segundo, estimular la lectura de textos de carácter nacional que los estudiantes disfruten por su calidad narrativa y en los cuales conozcan qué se ha escrito, bajo qué intereses, para qué y cómo inciden determinadas obras en las dinámicas sociales, políticas y culturales del país.

No es preciso que la escuela modifique sus prácticas de manera abrupta, ya que los jóvenes no se encuentran acostumbrados a leer obras colombianas o conocen muy poco de ellas. Debe ser un proceso gradual que les permita ir tomando conciencia que el país ha producido grandes historias y no sólo las que reposan en el canon.\*

Porque la verdad ese tipo de lectura, o sea, como decía Franco, no estamos como acostumbradas a leer ese tipo de literatura sino más bien pues, nosotras somos muy lecturas juveniles, como muy ciencia ficción y es muy diferente como esta mirada y nunca estamos como concentradas como en: ¡Ah, vamos a leer una novela colombiana o de un autor colombiano!, además si somos más como Harry Potter, Los juegos del hambre y todo eso, entonces es como interesarnos a ver que hay otras cosas que también nos pueden gustar y pueden como ubicarnos más en lo que estamos viviendo (Club de lectura, 2016).

Para lograr la transición no ha de empezarse por las novelas de largo aliento del siglo XVIII o XIX, en las que fácilmente cualquier producción supera las 200 páginas. Una opción son los cuentos, caracterizados por la brevedad. Aunque no solo es decir: ¡Lean esto!, es transmitir pasión a los estudiantes, hacer visible que en la literatura colombiana habita la magia, la fantasía y la posibilidad de perderse en mundos insospechados. Así mismo guiar y acompañar los procesos de lectura. Crear momentos para hablar y escuchar, que los estudiantes puedan debatir lo que se plantea en la historia, ponerlo en cuestión.

- Yo creo que... pues, no sé, yo creo que de pronto cuando veníamos acá al club y leíamos el libro si había como un espacio de comprensión, porque había mucha, pues había como partes en las que uno quedaba como "mmm ¿cómo así?" pero entonces ya como se abre el espacio del club y ya hay como más comprensión. Específicamente se genera como un hábito de lectura.
- Además es algo que pues se genera como por la literatura colombiana más que todo porque la gente tiene [...] el prejuicio de que lo colombiano, las novelas colombianas no precisamente son tan... sí, tan buenas ¿cierto? como lo son otras, entonces uno no diría como "ayy si vamos a buscar algo colombiano, pues como lo son películas, cualquier cosa, como no ¿cierto? temerosas, pero entonces uno se da cuenta de que hay cosas que nos pueden gustar (Club de lectura, 2016).

---

\* Tomar en cuenta los autores y obras nombradas en el contexto literario.

Teniendo claros algunos puntos que movilizaron el club de lectura y cómo la palabra de las estudiantes amplía y nutre las ideas sobre el papel de la literatura en la escuela y demás escenarios de la vida; es oportuno rescatar la voz del docente. Se trata no de la mirada del investigador, sino del maestro en formación y cómo su visión educativa puede aportar a otros maestros, a través de experiencias y opiniones fundadas en un proyecto de formación literaria. Es así que se presentan algunos apartados de los diarios de campo en los cuales se consignó bajo una mirada cercana e íntima, una experiencia de formación que en palabras de George Steiner se insertó en la piel. Alejados de una postura teórica, los diarios expresan las prácticas cotidianas de un maestro y la experiencia de vida que dio origen al presente trabajo de grado; buscan ser un instrumento que conecte desde un enfoque más humano, desprovisto de conceptos y autores, las prácticas pedagógicas de la Licenciatura en Humanidades, Lengua Castellana a los planteamientos y posturas que el trabajo propone para la literatura.

01/08/2015 – 11/12/2016\*

*Una de las barreras más comunes al proponer ambientes de lectura alrededor de la literatura colombiana, es la disposición de los estudiantes para permitirse leer este tipo de obras. Tal fue mi sensación la primera vez que llegué al aula a encontrarme con las jóvenes que acompañaría durante el siguiente año. Empezaría con ellas en el grado décimo y al terminar mi práctica estarían solo a unos meses para que se graduaran. Al principio, yo era otro profesor más que llegaba a colocarles trabajos, en un punto en el cual ya se encontraban exhaustas para afrontar. Era más un enemigo y no tanto una figura de saber. Sin embargo, el propiciar un ambiente dinámico en el cual se escuchaban sus voces y participaban activamente en todo lo que se les enseñaba, atenuó el cansancio y creó la disposición para abrirse a nuevas lecturas y temas. Ninguna mostraba conocimientos destacables de literatura colombiana, salvo un reducido almacén de nombres producto de una aparición constante en los textos o discursos escolares. Gabriel García Márquez, Fernando Vallejo, Héctor Abad Faciolince y Jorge Isaacs, fueron los más nombrados, aunque también se escucharon Fernando Soto Aparicio, Santiago Gamboa y Triunfo Arciniegas. Mi desconcierto frente a tan baldío panorama llegó no por escuchar la reducida red de libros colombianos que albergaban sus memorias, sino por la confusión que*

---

\* Se presentan fragmentos de los diarios de campo donde se consignó la experiencia de las prácticas pedagógicas I y II. Los textos copiados dan cuenta de los pormenores que se dieron al momento de llegar al colegio (Universidad Pontificia Bolivariana), la estadía en dicho espacio, el avance de las sesiones, las actividades realizadas y la puesta en marcha del club de lectura. Se le coloca una tipografía diferente para distinguirlo del texto global. A lo largo de este capítulo se desglosan diversos fragmentos de los diarios. No tienen un orden de aparición específico, el único criterio es que estimulan el análisis o ejemplifican aquello que se esté indicando en los párrafos anteriores a su aparición. Las fechas expresan el periodo que cubre cada relato.



*tenían al nombrar autores extranjeros como colombianos. El nombre que más recuerdo fue Juan Rulfo y su novela Pedro Páramo, la cual muchas estaban convencidas había sido escrita por un colombiano. En tal instancia fue necesario pensar cómo hacer que la literatura colombiana constituyera una parte substancial de sus procesos de aprendizaje. Es así que a lo largo de diferentes sesiones, les hablé sobre literatura. En varias clases la única ocupación fue opinar, reflexionar y hacer memoria: qué consideraban era la literatura colombiana, qué conocían de ella, cuáles lecturas habían efectuado con el pasar de los años y por qué consideraban importante leer literatura colombiana. Al reconocer un desconocimiento parcial por parte de algunas y total, por parte de otras, quise acercarlas un poco más a todas aquellas manifestaciones escritas que se han producido en Colombia. Les di a conocer cuentos de los más variados temas. En alguno se trataba la vida de un mendigo que rememora su vida de marginado; otro daba pie a plantear el idilio de un joven enamorado que reconstruye su pasión; en alguno se trataba un niño con su cabra que soporta la inclemencia de la ciudad o la historia, ya tan famosa, del barbero que se debate entre su ideología política y el fin de su profesión\*.*

*Cada vez que se leyó, fue en voz alta (la que decidiera participar de la lectura lo indicaba y se le pasaba el libro). Todos estábamos en el salón de clase, pero, no se trataba de esa posición magistral donde ellas solo iban a recibir un conocimiento. No. En ese punto ellas eran parte integral de su aprendizaje. Si alguien no entendía algo, se detenía la lectura y repasaba qué había sucedido. Poco a poco todos íbamos escudriñando los secretos del relato. Aunque claro, no bastó un trabajo en clase, era preciso, fomentar la escritura y el análisis. Por tanto, se colocaban talleres con una o dos preguntas de análisis. En algunos casos se indagaba por las relaciones que los textos entablaban con la realidad, en otros, el fin era dar rienda suelta a la imaginación y dejar volar las ideas, por lo que la pregunta era: cómo se imaginaban los espacios descritos en los cuentos, su contexto y en qué año sucedían. A pesar que desde mi llegada hasta la finalización del año escolar no pasaron más de cuatro meses. Cada clase fue aprovechada al máximo. No traté de cambiar los gustos y hábitos de lectura de las jóvenes, sino de promover otras formas de encuentro con los textos, en las cuales ellas podían hablar de lo que leían, les llamaba la atención, les interesaba, atraía; y, a partir de ahí, empezar a conocer un poco de literatura colombiana. Por ello, la mayoría de clases les llevaba libros de toda clase, algunos eran de literatura infantil y juvenil, otros de cuentos, novelas de tinte político, amoroso, ficción, aventura o cuya historia giraba en torno a la violencia. El único hilo conductor es que todas eran obras colombianas\*\*.*

---

\* los temas planteados aluden a los cuentos: *La muerte en la calle* de José Feliz Fuenmayor; *Estas frases de amor que se repiten tanto* de Roberto Burgos Cantor; *Al pie de la ciudad* de Manuel Mejía Vallejo; *Espuma y nada más* de Hernando Téllez, todos parte del libro: *Cuentos Colombianos. Antología* (1989). Alfaguara. Bogotá.

\*\* Nombrar todos los libros presentados a las estudiantes implicaría armar una lista bastante extensa en la cual consignar más de 100 títulos. Para dar una idea vale nombrar: en la literatura infantil y juvenil *El libro de los*

*Al inicio de cada clase se habilitaban un par de minutos para contarles un poco de algunos libros, sus autores, sobre qué hablaban. Muchas, interesadas en ellos, los reclamaban como propios hasta finalizar. Aunque sin dejar de prestar atención al tema del día; esa era la condición para tenerlos. Así, algunas veces en mesa redonda corriendo de un lado a otro producto de actividades de escritura o sentadas, concentradas, leyendo, cada clase significó la oportunidad de abrir una galaxia de posibilidades, a la cual ingresaban con cada nueva lectura. Veían que era entretenido leer, tenía su magia poder imaginar lo que leían y al final construir su propio mundo repleto de pequeños detalles. Desde el momento en que llegué al colegio evidencí un cambio. Al principio no tenían muchos conocimientos, pero después podían indicar qué autores, tanto del canon como por fuera de él hacen parte de la literatura colombiana; qué temas son comunes y si bien no tenían ideas muy claras de cómo la lectura puede aportar a ser algo más que una actividad dispuesta para el disfrute estético, poco a poco, evidenciaban que era algo más.*

Con el anterior fragmento, se evidencia cómo llega a existir cierto desconocimiento de la literatura colombiana, por parte de algunos estudiantes y cómo tal instancia siembra en el maestro, el germen de querer dar a conocer la producción escrita nacional. Es menester del docente mostrar a las estudiantes obras colombianas de calidad en las cuales evidencien una narrativa cuya consistencia no radique únicamente en temas alrededor de la violencia, también tiene temas que les interesan. Hay que atreverse a darles una panorámica de todo lo que se ha escrito en nuestro territorio. La defensa de la literatura colombiana no causará que la latinoamericana o universal no sean leídas. Lo que se busca es habitar varias literaturas y destacar aquellas donde los estudiantes puedan conocer qué se ha escrito en el país donde nacieron, viven y del que son parte.

- Yo pienso lo mismo; tanto como con las personas y con las cosas que uno siempre tiene un juicio y piensas en lo peor de la gente o de un libro en este caso. Pero [...] uno lo empieza a leer y se dice como: sí [...] a lo último ya si le encuentra como gracia a la cosa. Se da cuenta que realmente...es bueno.
- [...] Yo no sé, yo como "no me gusta, o sea, no es de mi gusto", pero ya uno lo va profundizando y ya uno a medida que va leyendo, se imagina lo que está leyendo. (Club de lectura, 2016).

Para lograr tal ideal es oportuno ir nutriendo dicho conocimiento desde los grados primarios e ir trabajando paulatinamente. No dejar pasar un año sin haber leído un libro colombiano. Qué leer dependerá de la madurez del estudiante. En algún punto será más

---

*ojos* (2012) de Ricardo Silva Romero; *Paraguas* (2012) de María Villa; en cuanto a novela *María* de Jorge Isaacs; *El coronel no tiene quien le escriba* y *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez; *El vuelo de la paloma* de Roberto Burgos Cantor, entre otros.

valioso leer una obra infantil y en otro una que le implique mayor atención y una comprensión más aguda de las palabras y el argumento. El primer paso es leerles, contarles, hacerles vivir las historias, puede que en tales instancias la lectura se vaya desglosando por sí misma como la ruta para ser más consciente de qué sucede allí donde vivo, qué ha pasado y, por qué no, qué puede llegar a acontecer en un futuro cercano.

### 5.3. *Sin remedio en un club de lectura*

Partiendo de lo que el título indica, resulta oportuno partir de la experiencia y conocer cómo nació el club en tanto posibilidad de generar nuevos escenarios de lectura, y, a partir de allí reflexionar el papel de la literatura en la escuela y cómo leer bajo determinados fines, aporta nuevas miradas y sentires frente a lo que significa para los estudiantes leer obras colombianas.

11/01/2016 – 10/06/2016

*El año anterior marcó el final de una etapa. Las estudiantes habían culminado con éxito décimo y se disponían a iniciar el último escalón que les restaba alcanzar. Nuevos saberes, nuevas materias, proyectos, profesores. El año venía acompañado por más que un nuevo número que iba a ser difícil recordar los primeros meses cuando en muchos cuadernos continuaba apareciendo 2015. Al terminar el año anterior, yo había alcanzado el objetivo, por lo menos en parte. Cuando llegué la primera vez al aula era poco lo que conocían de literatura colombiana y ahora, seis meses después, se lograba identificar en las charlas que en ellas ese interés había empezado a florecer. Eran recurrentes preguntas sobre qué obras son buenas para leer o qué autores eran más interesantes a la hora de escoger un libro. Sin embargo, las glorias no son eternas, por lo que era casi predecible, en la vida de un practicante, las cosas cambiaran de la noche a la mañana.*

*Y así sucedió. El colegio modificó el calendario escolar, se agendó mayor tiempo de clases y todos los estudiantes de un mismo grado debieron aprender, leer y estudiar la misma cantidad de temas. Tal instancia representó beneficios, pero no para mi condición de docente en formación, ya que venía trabajando con las estudiantes temas que si bien se vinculaban con los propuestos para el grado décimo y ahora, undécimo, ello no indicaba que tomaba las mismas lecturas guía que veían los hombres en la jornada contraria a la cual me encontraba desarrollando la práctica. Sin embargo, “hoy más que nunca no existen soluciones fáciles, porque el mundo es cada vez más complejo. De ahí que reinstalar la cultura del esfuerzo se torna necesario como el motor para dinamizar el aprendizaje y crecer como persona” (Devalle y Vega, 2004, 113). Al ser consciente que mi maestro cooperador debía cumplir con un plan de área que no me daba cabida para continuar con una formación literaria; contrario al*





*semestre pasado, cuando pude dedicar dos horas semanales en cada grupo a solo leer y hablar. Ese fue mi pequeño momento de crisis que a los ojos de un practicante cobra dimensiones monstruosas.*

*Después de pensar, leer, intentando encontrar solución a cómo seguir con la enseñanza de la literatura colombiana, y, sin resultado alguno. Aterrizó una idea. Como la mayoría, de imprevisto, sin invitación, aunque con cierta ayuda de mi asesora: crear un espacio de lectura no convencional. Todo ocurrió muy rápido, desde el nuevo calendario escolar hasta la ejecución de la idea no pasó más de un mes. No había tiempo para desperdiciar. Lo primero fue desarrollar un proyecto de formación literaria, definir objetivos, metodología, una formulación teórica que sustentara el origen de la idea y su puesta en marcha, un por qué y un para qué, se ameritaba crear un espacio de lectura diferente al propuesto en las clases de Lengua Castellana; además, cómo se evaluaría, con cuántas estudiantes contaría y pormenores que fueran preciso aclarar\*. El siguiente paso fue la aprobación del proyecto por parte de los diferentes administrativos de la institución, quienes dispuestos a fomentar la lectura literaria apoyaron la propuesta en su totalidad. Y la crisis monstruosa paso a ser un sueño prometedor.*

*Con el apoyo del colegio y la disposición de las estudiantes se inició un club de lectura de literatura colombiana. En él se buscaba continuar con el ciclo de formación iniciado meses atrás y promover prácticas de lectura acompañadas de análisis e interpretación que dieran a las jóvenes los medios para llevar a cabo un acto lector más allá del disfrute. Iniciadas las sesiones a finales de febrero, tres días a la semana, con un número de participantes relativamente equitativo para cada día (entre 15 y 20), el primer dilema fue qué leer y cómo escoger dicha lectura. Yo tenía ideas y contaba con un conjunto de obras entre las cuales escoger; mas de eso no se trataba, la esencia del club era crear un espacio dinámico en el cual las estudiantes hicieran sentir su voz y fueran parte esencial en cada una de las actividades a desarrollar. Era un laboratorio para la literatura donde cada uno asumió el rol de científico.*

Teniendo claro cómo nació el club, vale describir cuáles fueron algunos de sus sustentos teóricos y cómo se entendido allí la lectura. Al leer literatura podemos encontrar soluciones a los problemas que se nos presentan en el cotidiano y conocer respuestas que otras personas han encontrado a interrogantes mutuos. Leer es encontrar puntos de vista iguales o contrarios a nuestra forma de ver el mundo, es discutir y poner en duda lo que

---

\*El proyecto de formación literaria se sustentó en la propuesta de trabajo formulada para el seminario de práctica pedagógica I y II, curso que ven los Licenciados en Formación de Humanidades, Lengua Castellana durante el décimo semestre. La propuesta presentada y aprobada por la institución (UPB), la cual acoge la forma de un *Guion conjetural* donde se presentan temas, actividades y una apuesta pedagógica para la creación de escenarios alternativos de lectura, se puede consultar en el siguiente enlace: <https://drive.google.com/file/d/1EQsvQD8IuBwqGUwQLDQ2zv7rCuFqE5zp/view?usp=sharing>

tomamos como verdad; el texto propone opiniones que nos hacen dudar y replantearnos juicios y valores adquiridos a lo largo de la vida.

El juego de la literatura no es inocuo. Producto de una insatisfacción íntima contra la vida tal como es, la ficción es también fuente de malestar y de insatisfacción. Porque quien, mediante la lectura, *vive* una gran ficción [...] regresa a la vida real con una sensibilidad mucho más alerta ante sus limitaciones e imperfecciones, enterado por aquellas magníficas fantasías de que el mundo real, la vida vivida, son infinitamente más mediocres que la vida inventada por los novelistas. Esa intranquilidad frente al mundo real que la buena literatura alienta, puede, en circunstancias determinadas, traducirse también en una actitud de rebeldía frente a la autoridad, las instituciones o las creencias establecidas (Vargas, 1997, 9).

En un hecho tan básico como la elección de un libro, se marca el impacto de la literatura en nuestras vidas. Decidir leer un libro sea por la portada, el título, recomendaciones o experiencias previas que nos lo sugieren, revela los gustos, intereses y necesidades personales. Desde el momento en que se obtiene el objeto, hasta el punto en el cual se lee, la relación que se establece con él es íntima. Muchas personas pueden leer la misma obra, pero los personajes, espacios, tiempo, el tratamiento psicológico, generará diversos sentimientos y sensaciones en cada lector. Un ejemplo muy básico puede ser que para alguien joven no será lo mismo leer *Cuchilla* (2000) del escritor bogotano Evelio José Rosero, que para un adulto. Ello se debe a que el adulto ya pasó por la escuela y al menos que su profesión sea la docencia, experimentará o vivirá de otra forma el libro. Para el niño será especial, él asiste a la escuela, tiene maestros y conoce muy poco del amor. Hablar de la literatura y su rol en la vida cotidiana, es contemplar muchas opciones para discutir. Es por ello que entendiendo la escuela como un espacio en el cual se aprende y leen multitud de novelas, cuentos, poemas, etcétera, vale preguntarse si leer tiene alguna injerencia en la vida más allá del espacio escolar o si pensar una lectura más allá del disfrute puede ser una posibilidad para analizar la sociedad con miras a su transformación.

Hacer que la literatura llegue a tal punto en la escuela no es un ideal muy lejano. Hace falta una mirada más clara y consistente de qué se puede lograr leyendo y cómo leer sirve para más que nutrir las bibliotecas personales. Los estudiantes requieren que los métodos de enseñanza se modifiquen y estén en sintonía con sus exigencias, respondan a sus inquietudes y aporten a su aprendizaje. En esa nueva dinámica pedagógica será indispensable atender las opiniones e ideas del estudiantado. Sentirse incentivado, apoyado y escuchado puede generar en cada persona una exploración de sus propias habilidades y un proceso más consciente de sus fortalezas y desventajas, e incluso promover un aprendizaje autónomo.



- Por ejemplo a ti te dicen: tú tienes que leer para dentro de dos meses y después el examen, entonces uno no se acuerda, uno como de comprensión y como que uno era como que: bueno.. que maluco leer esto.
- Por ejemplo con La Odisea y La Iliada. A ti te digan: escoge el libro que quieras...No, escojamos uno en común, y, venimos acá y hacemos labores de escritura, si usted se lee el que quiere.
- También yo digo que puede aportar a la lectura física de un contexto (Club de lectura, 2016).

Como se evidencia, los estudiantes quieren leer y ser parte de un proceso, pero no a base de imposiciones. Quieren participar en la elección de lo que leerán y desarrollar procesos de escritura a partir de ellas; identificar la lectura como una forma de leer el contexto y el avance físico de las ciudades y los pensamientos que las permean.

- ¿Manuela qué piensa?
- Me parecía que era aburrido por el colegio porque llegan y dicen: ah, sí, este es el plan lector es este, este y cómprelo. Pero no es una lectura que verdaderamente estamos interesadas. Entonces uno es como: ah bueno, o, uno ni siquiera se lo lee porque a uno también le gusta leer otras cosas y pues no... Y a mí, por decirlo así, me parece este un espacio bueno, porque uno... uno quiere y si puede avanza en la casa y en lo que pueda. Pero acá mientras uno lee uno es pendiente, entonces uno ahí va entendiendo porque vea que usted era quien guiaba (refiriéndose al orientador del club), pues sí y se entendía bien (Club de lectura, 2016).

Creados los espacios\*, lo siguiente será escoger el texto. En ese punto hay que tener en cuenta las opiniones de quienes participarán de la lectura; llegar a un consenso, identificar intereses y proponer obras que puedan satisfacer aquello que se deba enseñar, produzca interés y contribuya a los procesos formativos de los estudiantes. Después se pueden programar prácticas lectoras periódicas, en las cuales se contemplen lecturas de textos latinoamericanos o universales, sin privilegiarlas, ya que es pertinente que las estudiantes puedan leer obras que en verdad se encuentren en sintonía con sus condiciones de vida. Reconociendo, bajo un punto de vista teórico, la lectura literaria en la escuela, así como su elección bajo nuevas perspectivas que articulen la voz del estudiante a la elección de las obras, se describe cómo es poner en práctica estas ideas y convocar los estudiantes al ejercicio lector.

*En cada una de las primeras sesiones del club de lectura, se respiró cierta alegría y disposición. Cada participante decidió por elección propia hacer parte de él.*

---

\*Pueden ser de dos tipos; el primero en el aula de clases habilitando un par de horas a la semana del total dedicadas a Lengua Castellana. Si es de este tipo, la elección del texto derivaría de los temas que han de verse durante el periodo o semestre; lo que no debe pasar es que la lectura se reduzca a ello, el maestro debe incentivar la búsqueda autónoma, la ampliación y comprensión de aquello que los estudiantes leen, el rastreo de información, análisis de la obra, etcétera. El segundo tipo puede ser por fuera del aula, el maestro debe formular proyectos de lectura en la biblioteca o espacios del colegio que puedan acoplarse a ese fin. Esta investigación se enfoca en el segundo caso.



*Yo ya las conocía, sí, pero el club fue un espacio diferente al salón de clases. Las sesiones fueron semanales, en los auditorios y la biblioteca del colegio de la UPB. Yo asumí la figura de orientador. No se trató de la clase magistral, sino de un espacio en el cual se compartieron ideas y estas se nutrieron a partir de cada nueva lectura.*

*Para la elección de la novela a leer, se dejó como compromiso en la primera sesión, llevar ideas al próximo encuentro: qué novela les gustaría leer y por qué (si se presentó un límite temporal y era que fueran novelas publicadas entre 1950 y el año 2000\*). Así mismo, yo les presentaría un listado de cien novelas de literatura colombiana para que entre todos se llegara a una elección compartida. Contrario al futuro de los encuentros, el primer y segundo encuentro se llevaron a cabo con la totalidad de participantes que estarían en el club. Para la tercera sesión, con la decisión tomada se distribuirían en los días en que cada una iba a estar. Se indicó que debido al tiempo que tendríamos, sería oportuno tomar el formato de la novela para llevar a cabo una lectura constante y debido a su riqueza descriptiva y temática, poder desarrollar procesos de análisis que nos permitieran una divagación más profunda. Para el segundo encuentro, cada una llevó su pequeña búsqueda, y, como es natural, entre tantas personas la lista no logró ser corta, pero, después de ver cada título, cinco novelas llamaron la atención. Sea porque habíamos leído algo de los autores o porque el nombre era sugestivo y causaba cierta curiosidad, fue un quinteto ideal porque encerraba una gran riqueza: Cóncores no entierran todos los días (1972) de Gustavo Álvarez Gardeazábal, Después empezará la madrugada (1970) de Fernando Soto Aparicio, El vuelo de la paloma (1992) de Roberto Burgos Cantor, La tejedora de coronas (1982) de German Espinosa y Sin remedio (1982) de Antonio Caballero.*

*Después tuvimos que decantarnos por una sola. Para ello, una joven propuso que yo les contara un poco de cada novela y cuál era mi opinión de ellas. Atendiendo a su observación, comencé a contarles, con ciertas lagunas mentales, producto más de un olvido consciente de la memoria que con el paso del tiempo hizo espacio para nuevas lecturas y dejó escondidas en un rincón las viejas, lo que recordaba sobre cada novela. Al culminar mi exposición y terminada la votación, casi unánime salvo contados votos por El vuelo de la paloma y La tejedora de coronas, las jóvenes decidieron leer Sin remedio, en gran parte por los temas que abordaba; les parecían interesantes y consideraron valioso conocer una obra que nunca habían escuchado nombrar a nadie.*

*Con la normalización posterior al caos de la elección. Se empezó la lectura de la novela. Una de las más largas que hubiesen leído. La ventaja era que el club siempre habilitó una hora para leer o en llegado caso, según la disposición de*

---

\* Si bien la investigación propone como límite temporal 1980-1990, para el momento en el cual se desarrolló la elección de la novela se contemplaba la segunda mitad del siglo XX. Fue precisamente la elección de la obra, la que contribuyó a concretar más el tiempo del estudio y a definir los límites a abarcar. Es de esta forma que el club no solo partió como el componente práctico del trabajo sino también como un escenario desde el cual se concretizaron varios puntos importantes de la metodología.

*las asistentes, el tiempo que se considerara necesario; se estableció un compromiso entre todos de que cada semana se avanzaría un capítulo. Así, se desarrollaría la lectura tanto de forma grupal como personal.*

Dar la voz a los estudiantes aporta en demasía a sus procesos lectores, los jóvenes al considerar que son escuchados, confían más en sus palabras, se sienten seguros a la hora de preguntar y exponer con apropiación sus análisis del texto; encuentran en el maestro un apoyo y no un vigilante esperando hacerlos caer en el error. Por otro lado, escuchar a sus compañeros les hace caer en cuenta de posibles fallas o errores en sus apreciaciones, les invita a revisar sus ideas. Al ser conscientes de sus errores, leen nuevamente y buscan información que les permita resolver positivamente sus inquietudes.

En un proceso de aprendizaje, quien proporciona y quien recibe la información se enriquecen, mutuamente quien la proporciona se ve obligado no sólo a exponer sino a argumentar lo que sabe, para lo cual debe movilizar y desarrollar procesos lingüísticos y cognitivos cada vez más complejos, en consecuencia, le permiten acceder a niveles superiores de conceptualización. Ahora, quienes reciben la información se ven convocados a repensar sus formas de resolver los problemas (Hurtado, 2003, 17).

Al no sentir presión por una evaluación o por notas, los estudiantes llevan a cabo un aprendizaje desde el gusto. El mismo gusto despierta en ellos preguntas, indagan por qué los personajes de una novela se expresan de cierta forma, cómo la descripción o ciertos acontecimientos reflejan la realidad de un país. Allí, radica la valía de una formación literaria. La libertad lectora. El orientador constituye una pieza clave en el proceso, guía, aporta información y comprensiones que los estudiantes no han concebido con anterioridad. Si el conocimiento de los estudiantes sobre literatura colombiana es poco, él puede ampliar sus horizontes, direccionar las preguntas, proveer herramientas para el análisis e impulsar la socialización de saberes. En algunos momentos será importante el silencio del maestro, no siempre, porque su voz aclara dudas, pero, debe saber cuándo apartarse y dejar que los estudiantes intenten responder solos sus inquietudes.

Rescatar el silencio del maestro(a) como una forma de intervención pedagógica. Pues la función de éste, desde una perspectiva constructivista del aprendizaje y de la enseñanza de la lectura y la escritura, es convocar a los niños (as) a la reflexión y la búsqueda de diversas alternativas de solución a los problemas (Hurtado, 2003, 18).

Ahora bien, conociendo algunas pautas que impulsan la creación de espacios de lectura, es preciso ahondar en el proyecto de formación literaria propuesto por la investigación. Fue propósito del club asumir la literatura como posibilitadora de una transformación del pensamiento y la sociedad. Para tal fin, la elección de la novela urbana fue

la más oportuna. Ellas conscientes de su realidad y las dinámicas comunes a Colombia como la violencia, el narcotráfico y la corrupción política, evidenciaron en el momento en que se llevó a cabo la elección conjunta que *Sin remedio* es una novela idónea si se pretende pensar la lectura más allá del mero placer, sin demeritar tal instancia. Y es que la novela, aunque en el apartado de análisis se planteen solo las problemáticas que expresa (ya que es el elemento que más riqueza devela para el componente arquetípico); es un libro valioso. Caballero presenta entre bromas e ironías, las peleas que las parejas tienen a diario. Fina y Escobar, parecen interpretar una comedia; su trato indiferente causa risas al leerlo. La madre de Escobar es al tiempo que maternal, intensa y agotadora. La novela muestra una Bogotá destruida al tiempo que retrata el amor, la alegría de sentirse amado y encontrar en otro cuerpo satisfacción. Los ricos aunque distantes, sumergidos en sus excesos, demuestran un lenguaje pulcro, agradable al oído y sus gustos refinados dan cuenta, con cierto aire de esnobismo, de los secretos, y misterios que se esconden en la ciudad y a los que muy pocas veces prestamos atención.\*

La elección de la novela y el ánimo de las estudiantes fue resultado de un proceso constante y continuo con ellas. Su integración al club les daba ganas de leer más y aplicar lo que allí se hacía al aula.

Yo opino que aquí también [se refiere al colegio] se debería abrir en las clases como el espacio de una mesa redonda, de hacer preguntas como qué han entendido del libro, qué no entienden, es chévere para uno, tener como las ganas de querer leerlo (Club de lectura, 2016).

La facilidad de la novela urbana de tratar temas comunes para los colombianos, ayudó a que las estudiantes vieran en el género una forma de aprender leyendo. Aun cuando muchas no conocían la historia, causas, curso y consecuencias de algunos acontecimientos del pasado, sí eran espectadoras de muchas otras situaciones parecidas que han ocurrido en Colombia. Por dichas razones conocían que Colombia ha tenido un problema de tráfico de drogas, un conflicto armado que cada día cobra más víctimas y políticos cuya conducta es reprochable. A medida que leyeron, se sumergieron en una narrativa en la cual Caballero

---

\*Debido al análisis solo se toman algunos puntos. Se pueden hablar de muchos otros elementos de la novela: el humor constante, la parodia y la burla al sistema. Como se propuso anteriormente la novela tiene dos lados, siempre muestra la doble cara del país, por una parte se preocupa por presentar las problemáticas de los ochenta y por el otro lo hace desde un tono despreocupado, casi alegre en algunos párrafos. No solo es la derrota, también la gran riqueza de Bogotá. Tal tratamiento, puede deberse a que Caballero muestra la riqueza, intentando hacer que el lector tome conciencia y la defienda, que las problemáticas que nos aquejan no deben destruirla.

condensó décadas de tradiciones en el tratamiento de los personajes, la descripción de los espacios y la exposición de ciertas situaciones. En suma conocieron un poco de literatura colombiana, porque al leer, era recurrente que se nombraran otros autores y se hablara un poco de sus obras. Esa característica de la novela urbana de tocar temas de la ciudad y cómo esta va trastocando cada espacio de la vida humana, interesó a las estudiantes. Con cada nueva página iban visualizando una realidad que si bien conocían, no se habían tomado el tiempo de pensar. Reconociendo que el libro es ficción, evidenciaron que Caballero había tomado elementos reales para crear su obra.

Porque no, pues no, no estamos nunca, pues, no tenemos conocimiento de eso, estamos vacíos... nunca...

– Es que, pues uno es como muy indiferente a la realidad. Es como, pues, realmente yo pienso que bueno... puede que no todas las personas en el país sean así porque hay personas a las que les toca pasar por esas cosas pero, por ejemplo, yo pienso: nosotras, pues acá somos [...] como los personajes... simplemente personajes que ni siquiera viven como en una realidad. Yo no sé, como personas de plástico [...], entonces como por eso nos gustan como tanto las cosas del extranjero, porque no nos muestran la verdad en la que vivimos... que no queremos, como, ver, entonces, pues es importante porque uno no puede vivir toda la vida siendo de plástico ¿no? (Club de lectura, 2016).

Las estudiantes al leer la novela, analizaron la ciudad, la violencia, ultrajante y mísera que viven algunas personas, y no hablo de la planteada por el libro, reconocieron elementos del libro en la ciudad de Medellín, prestando atención al mundo marginal de las urbes que muchos esquivan. La lectura se visionó como una ayuda que permitió comprender otras situaciones. El disfrute no se iba, fue constante la participación cuando se leyó en voz alta; adelantaron los capítulos por su cuenta, se notaba que disfrutaron la obra. Veían en ella una revisión de su país, lo cual les brindó claridad del porqué de la constancia de ciertos fenómenos como la guerra o la corrupción.

En este punto, hablar de leer no se trata de creer fielmente lo que dice el autor. Cada dato debe ser puesto en duda y contrastado con una búsqueda exhaustiva de la historia. El libro es el abrebocas, mas no puede ser la única vía de comprensión porque no es la verdad absoluta. Con él se deben acompañar otras instancias como se verá en el siguiente párrafo.

*La lectura de la novela se acompañó de un análisis constante. Cada vez que se leía un capítulo o se llegaba a un punto que causara gran conmoción se habilitaba el diálogo. Es de aclarar que en cada sesión había momentos de análisis, una parte de las dos horas y media se dedicaba solo a leer y otra a debatir, opinar, analizar e interpretar lo que nos iba revelando la novela. En cada momento, cualquiera podía hacer uso del poder de su palabra. Es por ello que cuando las estudiantes tenían dudas, preguntas o querían conocer qué era*

*de Colombia en los años ochenta, yo les hacía una ubicación histórica de qué ocurrió en el país en aquel entonces, y a la par qué literatura se producía, cuáles eran los autores y obras más destacadas. Ellas contaron con un panorama amplio. Leían y complementaban con aquello que se hablaba y se planteaba en las conversaciones grupales. En los momentos de análisis, posterior a cada lectura, se ponían en escena sus comprensiones e interpretaciones de la obra. Cada una asignaba sentidos al porqué de la conducta de los personajes, a qué se debía su forma de actuar e incluso conjeturaban que pasaría con él en futuros capítulos\*.*

La opinión se estimuló constantemente. Algunas veces las estudiantes tuvieron pena de hablar, pero poco a poco perdieron el temor; sus voces brindaron la posibilidad de caer en cuenta de aspectos insospechados, detalles en las palabras que empleaba un personaje o acciones que proponían otros sentidos a los arquetipos seleccionados. Aunque parte del análisis se concretó anterior al club, a partir de él se constataron los roles, características y carga simbólica atribuida a los personajes analizados. El maestro puede contar, algunas veces, con mayor conocimiento de la literatura más no siempre es así, él también tiene dudas, inquietudes y compartirlas es aceptar que los estudiantes pueden ayudarle a encontrar la respuesta, hacerle caer en cuenta de cuestiones que él no había evidenciado o tomado como relevantes. Una relación de aprendizaje abierta y dinámica, es una ruta en la cual docente y estudiantes trazan un camino donde todos pueden aportar y nutrir aquello que se interpreta de una obra, los sentidos asignados y las ideas que se desligan de uno u otro acontecimiento.

Yo considero que es muy importante [hace referencia a leer literatura colombiana] porque nos genera como una identidad cultural y algo que nos identifica como país, por ejemplo yo pocas veces había leído literatura colombiana, entonces este espacio me dio mucho para aprender de novela y diferentes autores (Club de lectura, 2016).

La novela urbana impulsó en las estudiantes la reflexión sobre múltiples situaciones por las cuales ha atravesado el país. Fue una selección grupal y en ello se halla su logro. La generación de ambientes de lectura que no partan únicamente de obras extranjeras sino de aquello que realmente nos identifica y nos convoca a ver nuestra condición humana, nuestro futuro pensado como utopía. Las estudiantes emprendieron lecturas autónomas, generaron

---

\* En cada sesión se hablaba de muchos temas o se hacía referencia a autores y textos. No siempre fue oportuno leerlos en el club. Es por ello que se optó por crear una página en Facebook, en la cual se publicaron los enlaces que permitieran a las estudiantes dirigirse a temas de interés, cuentos, artículos, fotografías o datos aludidos durante el encuentro presencial. En la página también se publicaron temas que las estudiantes creían valiosos. Por último, sirvió como un medio de comunicación virtual. La web promueve el hipertexto y en esa medida facilitó el envío de información (fotos, vídeo, audios, texto) considerada valiosa para los objetivos del club. En la página aparecen fotografías de algunas sesiones y estudiantes que hicieron parte del club. El enlace para acceder es: <https://www.facebook.com/fabulayutopia>



relaciones y establecieron analogías entre una novela y la realidad. Es precisamente por tal característica que se destaca esa facilidad de lo urbano para plantear temas importantes y exponer el desarraigo cultural al que nos vemos expuestos por el influjo de la ciudad, las dinámicas globales y los procesos de industrialización.

A mi algo que me impactó mucho era que pues como en la parte cultural que realmente uno pierde como la identidad cultural, como la identidad racional, como que yo no sé. Pero fue algo que de verdad me impactó demasiado. Como pienso que él no se da cuenta (Ignacio Escobar). Él como que se deja, como, pues, como con el brillo de todas las cosas que ve en todas partes y se deslumbra por todas partes y que uno cree que son mejores, como que se deja embobar, no sé. Menosprecia. Es muy charro porque cuando usted está en el exterior, usted es el que más quiere y extraña su tierra y es cuando usted la valora más, mientras que uno está en su propia tierra y uno es muy desagradecido y así es, uno no es, por decir, lo digo por Escobar. Escobar, uno no sabe pues en su momento vio que Fina sí estaba a su lado pero nunca le dio importancia y no nota las cosas hasta que las pierde, es más que todo cuando uno aprende cuando ya no las tiene (Club de lectura, 2016).

#### **5.4. Interpretación literaria: análisis, reflexión y crítica**

La literatura, indiferente a su naturaleza, es un arte susceptible de ser estudiado. En él se da la oportunidad de contar la historia y es probable “que algunas obras literarias hayan moldeado más que los escritos de los historiadores las representaciones colectivas de este pasado” (Vallejo y Laverde, 2009, 149). Como seres humanos, utilizamos la escritura para relatar a los demás nuestras experiencias que pueden ser extrañas a otros y les sirven para completarse. En tanto el principio de compensación de Jung, leer es poder reconocer en alguien más pensamientos, sentimientos e ideas propias o ajenas y, por tanto, modelos a seguir. Por la literatura entonces nos acercamos a situaciones que no hemos vivido, a vidas que no son nuestras, pero son parte de nuestra humanidad.

Porque un hombre deja de serlo cuando le deja de importar su historia, cuando ya no tiene algo que contar, por estar demasiado cansado o por haberse dado por vencido. Por eso Kafka, lo mismo que Nietzsche, dejaban de lado los padecimientos y dolores que les ocasionaban sus respectivas enfermedades con tal de escribir (Lince, 2014, 17).

Debemos tomar el ejercicio que han desarrollado otros, como una forma de compartir sus vivencias y conceder una mirada de su época, ahondando en detalles que es preciso futuros lectores comprendan. Al respecto vale anotar lo que Kafka pensaba del poder de la literatura.

Porque a través de la narración, lo que es ajeno, distinto se acerca, y a veces lo que era lejano se une por empatía. Si en un principio nos reconocíamos como iguales, y luego nos alejamos, se religa por el conocimiento que nos da la lectura (Lince, 2014,17).

De tal manera, la lectura literaria promueve no solo el estudio de la historia, también de la condición humana. Si bien conocernos es una acción permanente a nuestras vidas, incluir y asimilar experiencias ajenas, nos permite adueñarnos de elementos que nos ayudan a construir nuestro pensamiento. No se logra totalmente, ya que siempre sumamos nuevas lecturas, sensaciones y las fusionamos con las que ya tenemos, pero leer estimula nuestra comprensión de quién somos, qué pensamos y qué queremos. Y es que son personas ficticias, pero no dejan de representar a un hombre o una mujer. Bajo esta comprensión de la literatura es preciso reconocer el papel que tiene en la construcción de un país como Colombia.

El futuro panorama colombiano nos conmina a entender que la literatura posee una riqueza inconmensurable cargada de múltiples funciones. Como se ha expresado con anterioridad, se trata de asumirla como un elemento que involucra al lector en otra realidad, pasada o paralela a la que vive. No significa que no vale la pena leer literatura si no se tiene un fin claro; no obstante, es oportuno rescatar en la escuela su lado instrumental. En muchas ocasiones se corre el riesgo de creer que instrumentalizar la literatura puede crear una aversión hacia ella; si se le constriñe a un fin específico, se cree que no aporta o se pierde su esencia.

Al leer, una persona se expone a entrar en contacto con ideas que lo involucran en una realidad alterna. Le da un tiquete para internarse en historias que le brindan alegría, curiosidad, magia e imaginación. Por otra parte, es oportuno habilitar una literatura más allá de la ficción. Como resultado, se ha de considerar que en algunos momentos primará el disfrute y en otros, el análisis. La escuela ha de promover las dos modalidades, no desatender que la literatura es ese escape de la realidad a través de libros cuyas historias transportan por el universo, al mismo tiempo que un medio para generar procesos de interpretación y analizar de manera más profunda y crítica la realidad, entendiéndola como un elemento que nos conecta con el pasado y ayuda a develar aquello que nos hace humanos (la carga psíquica y física que conlleva llevar el rotulo de hombre o mujer). Lo que habría que considerar, después de comprender esa instrumentalización de la literatura, es qué libros son los más apropiados para desarrollar tal visión; pues a pesar que al analizar se disfruta el texto, determinados libros permitirán una mayor exploración que otros.

Pese a que es difícil, si no imposible, definir cuáles libros son buenos, es preciso que cada lector asuma una postura y tome una decisión de cuáles considera o no buena literatura. Mario Vargas Llosa anota: “Esa intranquilidad frente al mundo real que la buena literatura alienta, puede, en circunstancias determinadas, traducirse también en una actitud de rebeldía frente a la autoridad, las instituciones o las creencias establecidas” (1997, 9). Aunque no es una opinión a partir de la cual se pueda clasificar un libro como bueno o malo, sí es claro que la buena literatura, además de depender de una opinión subjetiva, es aquella que invita a pensar, a poner en cuestión lo que se le presenta y no tomarlo a la ligera sin primero develar su sentido e intención. Es de esta forma que según las actividades y prácticas de lectura desarrolladas en torno a ella, *Sin remedio* de Antonio Caballero puede ser asumida como una literatura (lejos del rótulo bueno-malo), que presenta esa intranquilidad del mundo y siembra la semilla de la duda, cierta rebeldía que incita a pensar, opinar e interpelar lo que el texto propone.

Las prácticas lectoras alrededor de la novela y la puesta en marcha de escenarios que estimularon la participación fueron condiciones con las cuales fue posible producir un análisis fructífero de la obra de Caballero. Entendiendo el método hermenéutico bajo un enfoque participativo y asumiendo que este contiene el problema del texto (encontrar su sentido, la comprensión de la historia y su significación por parte del sujeto lector), las estudiantes hicieron uso de tal característica; a través de la exposición de opiniones y retroalimentación tanto de sus compañeras como del orientador se creó un espacio que contribuyó a interpretar el texto a partir del componente histórico. Considerando que la interpretación supone proponer significados al texto reconociendo la dimensión social de la novela y el lector, fue claro que era la forma más apropiada para estudiar la obra de Caballero, ya que las estudiantes tenían un marco de comprensión previo en el que conocían muchas situaciones comunes en la vida pública de Colombia, para contrastar los hechos que expresaba la novela y cuestionar por qué el país no ha cambiado.

Porque por lo general vos te leés un libro. Vos no tenés muchas personas con que debatir un punto de vista porque no todos piensan lo mismo y no todos se leen lo mismo. Entonces es bueno porque vos podés escuchar diferentes opiniones y aprender diferentes, como, formas de ver, porque yo no, pues... sí, yo puedo entenderlo de una forma pero la otra persona la puede entender de otra, y, de una u otra manera, igual aprendemos todos (Club de lectura, 2016).

Es así que desde un enfoque participativo, los sentidos aplicados al texto van tomando otras formas. Cuando los estudiantes tienen la oportunidad de hablar, comunicar a sus

compañeros aquello que piensan se da un aprendizaje más fecundo. Su intervención en el análisis les dio conocimientos lingüísticos y literarios. Tomar una obra y desmenuzarla, rastreando las características de un personaje o conociendo ciertos hechos de la realidad por medio de la descripción que emplea un autor, enriqueció sus conceptos, léxico y les permitió tomar conciencia de cómo leen y para qué lo hacen.

Peter...cuando uno lee un cuento, una novela, cualquier cosa, uno en forma aprende como... yo sé que suena como muy estúpido y todo, pero es como la comprensión que usted le da al libro, [...] pues muchas veces no sabemos comprender los textos y eso es lo que nos mata a nosotras mucho y lo digo por mí, y, ¿quién le ayuda? Por decir muchas veces en la ortografía y aprender a hablar. Tener vocabulario. El club nos ayudó a tener mejor léxico, pues, nos ayudó a socializar más, hablar, a expresarnos, es más, por ejemplo yo con usted, usted nos explicaba algo y decía unas palabras demasiado raras que yo no entendía, entonces chao; en cambio, luego preguntaba el significado y ya una entendía. Pues, es que nosotras estamos muy cerradas a un... es como en inglés, uno siempre va a decir las mismas palabritas, y así es en el español. Uno siempre habla y habla lo mismo, nunca dice palabras como diferentes y si las dice, las otras personas como ¿usted que está hablando? Sí, hay que aprender a hablar. Pues eso nos pasa a todos al leer...es que este mundo también está muy contaminado por la tecnología (Club de lectura, 2016).

Destacando la importancia de las estudiantes en el proceso de análisis, se transcribe el último fragmento de los diarios de campo; en algunos casos las citas son producto de sus interpretaciones y en otros, respuestas a preguntas que durante el transcurso del club se percibieron como importante; sin embargo, cómo el club posibilitó sus comprensiones es un punto importante. Por ello, se explica de manera muy sucinta cómo se hizo el análisis y cómo desde la elección de un método hermenéutico con enfoque participativo, la voz de estudiantes y maestro conciben que los personajes de una obra trascienden el papel y se convierten en una forma de explorar la condición humana.

*Destacando el poco acercamiento de las estudiantes a la literatura colombiana y más aun a la novela urbana. Una sesión, posterior a un mes de iniciados los encuentros, se dedicó a hablar de las particularidades del subgénero urbano en relación a la novela de ciudad. A partir de esa sesión se definieron los elementos que serían analizados. Se identificaron personajes (primarios - secundarios), el espacio (espacios de ciudad y espacios personales o íntimos), el tiempo (tiempo de la historia y tiempo de la narración), ideologías, características que resaltarán la novela de otras obras que ellas hubieran leído y acciones, acontecimientos de la narración que parecieran tener relación con la historia.*

*Después de efectuado el primer rastreo, se limitó cada elemento a los más relevantes. Entre las decenas de personajes se tomaron solo cinco (abordados en el análisis arquetípico), para los lugares, se definió que los más comunes eran la casa de Escobar, la de su amigo Federico y aunque no tan común, en nivel importancia, la casa de doña Leonor. Por último, para el tiempo, las estudiantes*



*concluyeron que la narración se desarrolla a lo largo de cuatro meses y el tiempo de la historia se ubicaba durante el transcurso de los ochenta. Posteriormente, se tomaron citas textuales de la novela en las cuales se identificaran: el actuar de los personajes, referencias temporales, espaciales e históricas. Vale destacar que en las últimas sesiones del club, posterior a la lectura global de la novela, las estudiantes llevaron sus extractos y, cada una, apoyada en las conversaciones que habíamos tenido, asignaron sentidos al texto. Primero por similitud. Por ejemplo: Escobar y Fina, actuaban como cualquier pareja del común. Luego, se dieron cuenta que ese personaje tenía rasgos identificables en muchas personas bajo el mismo rol en la vida real; al final, concluyeron que si bien se parecen a cada pareja, también representan todas las parejas o la concepción que se tiene sobre las conductas de la vida en pareja. Así sucedió con los demás elementos, primero se analizaron por asociación (aquello que vivían todos los días) y luego cómo evidenciaba del actuar colectivo de una ciudad. En cuanto a los espacios, ya que algunas vivieron en Bogotá, se identificaron con las referencias a ella, pero, vieron que a pesar que se hablaba de una ciudad, casi todas las urbes del país cuentan con los mismos elementos. Como resultado, primero asignaron el sentido desde lo que conocían y era más cercano a ellas; después, conociendo la historia e irse nutriendo de datos sobre la realidad del país, entablaron un paralelo entre novela y realidad, de tal forma que los sentidos asignados pudieron tomarse como una representación que al leerse a la luz de su contexto, condiciones de vida, formas de pensar y sentir, les brindó una crítica y una burla a determinado lugar, persona o situación del panorama nacional.*

En complemento al anterior fragmento, resulta valioso ampliar lo allí expresado con la comprensión que una estudiante tuvo de una sesión y, más aun, de la novela en tanto medio para observar o conocer el momento histórico explicitado en la obra.

Por ejemplo, una vez también decíamos que [...] la novela pues, además de que lleva tanto tiempo sigue revelando mucho la realidad de Bogotá. Entonces eso, por ejemplo, acá no conocemos mucho de lo que es Bogotá y mucho menos de lo que es Medellín. Pero cuando leemos la novela, pues como mucha gente, muchas referencias quieren decir que sigue siendo igual, pues, no ha cambiado. Entonces también me da como pesar, pues ver la realidad del país y no la realidad que hacemos. Yo pienso que en la novela hablan también muchas cosas de Bogotá que se puede mirar como el único lugar de Colombia (Club de lectura, 2016).

Las estudiantes encontraron en el club un espacio para leer sin límites de tiempo. Si no podían avanzar autónomamente, allí se habilitaba el tiempo para hacerlo; hablar y explorar temas de manera grupal, nutría sus percepciones. Un elemento a destacar es cómo terminaron por contemplar en la novela una visión de la realidad en la cual se crearon arquetipos del hombre y la ciudad. Una de las conclusiones fue que *Sin remedio* presenta gran parte de las dinámicas sociales, culturales y políticas de una Colombia de los setenta y ochenta, al tiempo

que no se queda encerrada en tal límite sino que sus arquetipos son comunes en los años posteriores a su publicación y terminaron siendo factor común en la actualidad.

Desde la realidad social podemos decir que *Sin Remedio* nos muestra en sus personajes los arquetipos que constituyen a las clases colombianas que incluso hoy en día podemos decir que los asemeja a la perfección. Por una parte, están las clases altas que viven aisladas de la realidad cotidiana que se vivencia en la tierra que pisan, no porque no puedan, sino porque no quieren y porque no la viven. Al ser superiores en la escala absurda de la jerarquía social, creen que tienen el derecho de degradar, ofender y discriminar al otro por considerarlo debajo de ellos, y glorifican y se arrodillan ante aquellos que le son superiores en poder, autoridad, dinero o maldad (Club de lectura, 2016, T).\*

Ahora bien, para llegar a la conclusión planteada en páginas anteriores donde se anota la importancia de los arquetipos, se partió de observaciones como la expresada en la cita anterior. Esto, ya que se atendió a un aspecto planteado por Jung: probar una determinada forma arquetípica, depende de un acontecimiento típico y no único; es decir que diferentes lectores identifiquen las mismas características en un lugar o persona.

Las estudiantes encontraron en varios personajes, una figura cargada de roles y características comunes o, en otras palabras, guardaban tal carga simbólica que a partir de él era oportuno hacer una revisión de la realidad conocida por cada una e ir la nutriendo con datos, insumo para hablar de la realidad de un país, que si bien parte, en algunos casos, de un solo individuo, representa un colectivo. En la figura de Ignacio Escobar, concluyeron:

Al analizar el personaje principal Ignacio Escobar podemos observar una psicología y actitud que podría englobar la sociedad colombiana a grandes rasgos. Es decir una sociedad pesimista, viciosa y poco comprometida, donde se conocen las debilidades pero no son combatidas eficientemente, donde se vive en medio de la corrupción pero no se busca cambiar la realidad. Una sociedad que está acostumbrada a la violencia, el maltrato y la mentira. Donde se acepta la depravación pero se combate la educación (Club de lectura, 2016, T).

Las estudiantes apreciaron en un personaje su sentir universal. Como se indicó anteriormente, tal estrategia fue común en varias novelas urbanas que apoyadas en la descripción de los vicios, miedos, inseguridades, alegrías y tristezas de un solo personaje, terminaron por dar cuenta de un colectivo. Este tipo de personajes como Ignacio Escobar, no representan un hombre o una mujer, son la evidencia del malestar generalizado que habitó y aún subsiste en nuestra sociedad.

---

\*Como se indicó al principio del capítulo, parte de las citas empleadas son fragmentos del análisis. Es así que se citarán de la siguiente forma: (Club de lectura, 2016, T). La “T”, hace referencia a taller (<https://drive.google.com/file/d/19LUpUqhnQDj2TTJb7xYJOEzW2WgbZiEQ/view?usp=sharing>). Se opta por no indicar el nombre de las estudiantes; sin embargo, se reconoce y valora su autoría intelectual en dichas ideas y se destaca su apertura al solicitar el uso de las mismas en el presente trabajo.



Ignacio Escobar es, por así decirlo, una estampa de muchas vidas colombianas que en algún momento cierta situación ya sea compleja o simple “les dio tres vueltas” como se suele decir. Los dejó sin intereses, sin motivos y sobre todo con una vida vacía, en la que se someten a navegar en el mar de los vicios, mujeres, alcohol y demás cosas que lo que hacen es estancar al ser humano, impidiéndole su progreso. Estas actitudes en que no se reflexiona, no interviene ni decide, que simplemente se deja llevar por lo que pasa y que nada le importa en lo más mínimo; son las que no aportan en el sentido de influir práctica y realmente sobre nuestro entorno (Club de lectura, 2016, T).

Es así que si bien se presentó el análisis anterior a este capítulo, es necesario indicar que este se concretó a partir de las apreciaciones de las estudiantes. En lo relativo a las figuras de poder indicaron:

Se puede observar como cada personaje representa una situación que se vivencia en la actualidad, el personaje monseñor Boterito Jaramillo y el senador Pumarejo son una muestra de la deslealtad de personas que tienen alta influencia a nivel de poder político por sus ambiciones particulares; hay también representaciones de grupos de personas ignorantes a los acontecimientos de un país como el profesor Diego León Mantilla. La exagerada oligarquía de la cual es amante la madre del protagonista, también se muestran las diferentes clases sociales y su nivel de educación manifestado en sus expresiones y en sus comportamientos que reflejan las carencias de un país invadido por situaciones como el narcotráfico, la corrupción, la intervención de grupos ilegales, la ignorancia, la obstrucción de la comunicación y la falta de sentido de pertenencia (Club de lectura, 2016, T).

En lo respectivo a entender la figura de Ignacio Escobar, bajo el rótulo del poeta protagonista, las estudiantes plantearon la siguiente consideración.

El personaje de Escobar en su “rol social” de “poeta” es alguien difícil de encasillar dentro de un grupo, es decir su espíritu de escritor sobresale por sobre el de su producción. Es un personaje encerrado en su mundo de sueños y desgracias. Escobar es el individuo que recorre la ciudad pero que no la vive, pues en la novela se le otorga una imagen negativa e inútil, donde solo es un hombre retraído en una sociedad cada vez más indiferente, alimentada por el desinterés de los habitantes ante problemas sociales verdaderamente importantes de aquellas personas en estado de vulnerabilidad (Club de lectura, 2016, T).

Aunque el orientador no forzó las estudiantes a identificar arquetipos en la novela, el atender al método hermenéutico y por consecuencia a la historia, incentivó en ellas una exploración más profunda de su país y de cada elemento que lo compone. Su lectura les ayudó a comprender la historia desde otras posiciones y ampliar sus argumentos permeadas por las apreciaciones de un escritor. Los arquetipos surgieron no “de representaciones heredadas sino de posibilidades de representaciones” (Jung, 2002, 62). Ellas tomaron la carga social y cultural de la cual son parte y la resignificaron. Lo cual nos lleva a indicar que sus apreciaciones tampoco son una herencia individual sino, en sustancia general, una herencia de carácter universal. En sus posibilidades de representación la ciudad también apareció

como arquetipo y configuración física reconocible en todas las ciudades que han surgido o se han ampliado en Colombia desde 1980. Para la ciudad su apreciación fue la siguiente:

La novela *Sin remedio* es amplia. Habla de tantas cosas tan diferentes todas. Nos muestra una ciudad sucia, nos muestra una ciudad dividida, nos muestra una ciudad rota. No es necesario meternos en la ciudad de Bogotá, o en cada rincón del país para entender qué está generando la ruptura en nuestra nación; la novela *Sin remedio* en sus pequeños conflictos nos muestra lo que a gran escala pasó y sigue pasando en todo el país e incluso en todo el mundo: El desinterés de todos, el egoísmo colectivo. No es bueno decir que desde la publicación de la novela hasta los días de hoy, los tiempos no han cambiado mucho (Club de lectura, 2016, T).

Es así que haber facilitado la participación y el diálogo, estimuló asumir la lectura como un proceso que aportó a la comprensión del contexto en que viven y, en esa instancia, les propuso opciones de cambio, las llevó a cuestionarse cómo están contribuyendo a la sociedad, si desde una actitud pasiva como Ignacio Escobar o pueden hacer algo más y ejercer acciones que en verdad repercutan. Para complementar lo dicho, me permito transcribir en su totalidad el análisis que una estudiante hizo de la novela.

La novela *Sin Remedio* de Antonio Caballero no es más que un reflejo de la realidad colombiana que se vivió y que, desafortunadamente, aún se vive. Nos da evidencia de que los problemas del pasado siguen siendo los mismos que se enfrentan cada día y que, aunque duela decirlo, Colombia, al igual que Escobar, no cambia.

También, podemos decir que la novela abarca una cultura decaída, perdida, olvidada, donde los valores se pierden, se olvidan y se anulan para llevar a cabo conjuntos de acciones donde lo ético, lo bueno y lo moral no tienen cabida. En la novela, por ejemplo, el amor se reduce a un ínfimo papel impreso, el asesinato es justificado, la corrupción es “por el bien del Estado” y las drogas se sirven como platos de bienvenida. Lo cual, también, se asemeja a la realidad que hoy vivimos cada día.

Por último, gracias a la novela *Sin Remedio* se puede rememorar la realidad histórica que Colombia ha vivido y sigue viviendo, y aunque el cambio parezca una utopía, al menos el conocer de nuestra triste historia nos despoja de cometerla nuevamente. A su vez, se conocen eventos históricos vistos desde el punto de vista humano, personal y de primera mano. Se reestructuran nuevos eslabones en la memoria del lector y gracias a esta novela, puedo yo, en mí no tan avanzado conocimiento sobre el tema, exponer la realidad con la que sin duda, vivimos y viviremos por largo tiempo (Club de lectura, 2016, T).

Con todo lo anterior, parece claro que la lectura del subgénero urbano, el acercamiento a escenarios alternativos de lectura y la modificación de las relaciones docente-estudiante, así como la inclusión de la voz del estudiantado en la elección y análisis de las obras leídas, fomentó una actitud crítica y activa en relación con el papel que cada una desempeña en la sociedad.

No solo podemos comprender la realidad política en este libro, sino también la social. Cómo el colombiano sufre día a día por encontrar la respuesta y la solución a sus necesidades; cómo sufre por el desempleo, por el sin sentido de la vida, por la búsqueda de la felicidad; al igual que Escobar, el ciudadano solo ve en el lugar donde habita, depresión, calles solitarias y



abandonadas. Una vida de rutina que lo hace quejarse más y vivir menos. Como Escobar, muchos están muertos en vida, viendo el lado negativo de su propio país, al que ni siquiera le brindan recursos o soluciones, sino que son un problema más. Debemos pensar desde ahora que este país no se arregla solo, que tiene millones de habitantes que pueden hacer la diferencia con solo actuar, dar su granito de arena, no nos quedemos pensando en lo vacía que es la vida, persigamos ese deseo de paz, de libertad, de felicidad, cambiémonos nosotros mismos, para no tener una vida sin remedio (Club de lectura, 2016, T).

## **5.5. Prácticas de lectura: apuntes para la transformación social**

Indicar que leer literaria transforma el pensamiento y la sociedad, es una premisa que no puede dictarse desde la individualidad. Al igual que los arquetipos, ha de partirse de una observación común en varios sujetos. Varias personas deben dar constancia del papel de la literatura en sus vidas y cómo leer cambió sus percepciones e impulso a pensar su papel en la sociedad. Es así que partiendo de todo lo expuesto, se concretizan algunas ideas sobre cómo la lectura de *Sin remedio* transformó el pensamiento de las estudiantes. Para empezar destaco la apreciación de una joven;

Llegué a la conclusión por medio de este libro, la invitación, a cuestionarme acerca de mi papel como ciudadana y soberana en el territorio colombiano; en cómo actúo frente el dolor ajeno de los demás, si realmente tengo claros los conceptos políticos, nacionales y sociales que se han venido desarrollando en la historia de Colombia, para así no solo quedarme en una conversación crítica de la situación actual si no empezar yo misma el cambio para mejorar el desequilibrio desde todas las perspectivas del país que me acogió desde el primer momento (Club de lectura, 2016, T).

Proponer la lectura de literatura como una ruta para entablar diálogos, la habilita como un medio al que si bien tradicionalmente no se le ha asignado la labor de dar a conocer la historia o incentivar una transformación más allá de la palabra escrita, tiene las condiciones para hacerlo. Leer presenta la alternativa al lector de contrastar sus ideas con otras personas sin necesidad de tenerlas al frente; de construir en la imaginación cada una de las situaciones descritas y de verse en medio de momentos que no controla y no está causando, solo está contemplando, por lo cual puede distanciarse, proponer opiniones y pensar cómo contribuir a la realidad que vive.

El libro transmite sentimientos, tiene el poder de evocar sensaciones y recuerdos, por medio de la descripción detallada de lugares, personajes, tiempo o referencias a hechos y acontecimientos. Leer es exponerse a otras visiones, otras maneras de comprender. Independiente del género narrativo, es dejarse llevar por los caminos que propone el autor, sumergirse en su universo. No se trata de una sumisión sin condiciones, es aceptar un contrato

en el cual se indagará cada párrafo. Será espectador, uno con decisión y opinión propia que no aceptará cualquier situación o pensamiento. Lo podrá criticar, cuestionar y le hará preguntas que él mismo responderá a partir de todos los elementos que se le brindan. No podrá modificar el curso de los acontecimientos que se presentan en cada página pero sí comprenderlos, develar sus causas, curso y consecuencias. No acogerá el texto tal cual se presenta ante sus ojos sino que tomará aquello que le haya marcado e invitado a pensar y comparar cómo tal situación no representa algo etéreo que sobrevive en un libro; también cuenta algo de la condición humana, de por qué el hombre es cómo es, por qué emprende ciertas acciones y deja olvidadas otras, por qué se lastima o lastima a otras personas. Las opciones son infinitas. El libro otorga el poder de conocer la realidad humana, literal y metafóricamente, es labor del lector construir una opinión propia no copiada del autor, sino apoyada en las ideas que él plantea.

Una segunda definición del poder literatura, aparecida con la Ilustración y profundizada por el Romanticismo, hace de ella, no ya un medio de instruir divirtiendo, sino un remedio. Libera al individuo de su sometimiento a las autoridades, pensaban los filósofos; y en particular es un remedio contra el oscurantismo religioso. La literatura, instrumento de justicia y de tolerancia, y la lectura, experiencia de la autonomía, contribuyen a la libertad y a la responsabilidad del individuo (Compagnon, 2008, 39).

La literatura es entonces el instrumento y la lectura el medio. La función de la literatura, entre otras, es disfrutar de un mundo ficticio que se nos presenta y ser un objeto para cuestionar el mundo. Para el caso particular, una literatura que surge del contexto y se nutre de él, que parte de un lenguaje común al lector, aporta a esa visión de ser instrumento de justicia. Las obras producidas en otros contextos, también hablan del hombre, su pasado y acogen una mirada prospectiva, además de exponernos a culturas, espacios, situaciones y lenguajes alternos a los que cotidianamente no estamos expuesto; más la literatura nacional aporta con mayor fuerza a la transformación del país. Ella recurre al lenguaje común del lector y lo convierte en poético; toma como material novelable hechos que marcaron la nación, la destruyeron y llevaron a que se repensara y cambiara su rumbo. En Colombia ha sido una característica narrativa generalizada en los escritores servirse de las guerras, los conflictos, la disparidad política, los paisajes que oferta el territorio, su riqueza cultural, la necesidad del colombiano por luchar y encontrar un lugar en el mundo, un trabajo, un pensamiento que sienta suyo, a la hora de crear sus obras.

Desde obras tan inmortales como *María* de Jorge Isaacs que habla sobre la belleza de las tierras del Valle del Cauca; José María Vargas Vila en lo *Irreparable* exponiendo la cuestión de la esclavitud y la lucha por lograr la anhelada libertad por parte de una familia de negros; Roberto Burgos Cantor, relatando en *El vuelo de la Paloma* un triángulo amoroso influenciado por la guerra y cómo la figura militar termina por determinar en muchas ocasiones quién vive o quién muere; Eduardo Caballero Calderón en *Siervo sin tierra* quien habla de la lucha por el territorio y la necesidad de encontrar un hogar en el cual poder subsistir en compañía de la familia; Mario Escobar Velásquez en *Toda esa gente*, muestra un país invadido. Cada autor se para en un punto de la historia y toma lo que más cree conviene a su obra; convierte hechos triviales y datos sin importancia en magnos relatos que cuentan el pasado del país, dando detalles de situaciones casi borradas en los libros de historia.

Leer literatura colombiana es conocer, aprender y comprender por qué el país ha vivido guerras, cómo nos ha afectado, cómo los gobernantes han dado respuesta a las demandas y necesidades del pueblo y cuál ha sido el papel de la cultura, la economía, la religión y la educación en los momentos de conmoción por los que ha atravesado la sociedad. A partir de diferentes personajes, las novelas cuentan nuestro pasado; el político, el minero, el abogado o el banquero. Cada uno representa lo que somos y nos identifica como colombianos. El heredero al poder en *El delfín* (1992) o la visión de hombres luchadores que día a día son testigos del bipartidismo en *Al pueblo nunca le toca* (1994), ambas novelas de Álvaro Salóm Becerra; la imagen destruida del Bolívar de García Márquez en *El general en su laberinto* (1989) o la posición de la mujer que disfruta de las fiestas y su vida de sensualidad se ve aplacada por la ciudad conservadora de Barranquilla, en *En diciembre llegaban las brisas* (1987) de Marvel Moreno. Cualquiera sea la novela es fácil identificar que los autores pueden hablar desde la posición del hombre rico o pobre, para expresar la condición humana. Se valen de espacios comunes donde los paisajes y la gran riqueza del territorio permiten entablar un paralelo entre el deterioro que le hemos anegado al país y el futuro promisorio que podemos procurarle. Es preciso recordar de forma enfática, como se ha expresado a lo largo del trabajo, que la literatura es una construcción ficcional que representa pero no plasma la realidad. En ese sentido, es una forma de acercarse a una realidad interpretada por un escritor. No se aprende la historia de manera fiel al leer un libro, ni conocen las posturas ideológicas o políticas tal cual acontecieron en su tiempo, ya que la

literatura en sí misma es una creación ficcional y no un tratado de corte científico. Como se ha expresado, apoyado en las actividades del club de lectura, la literatura permite un acercamiento o sensibilización frente a ciertos elementos que a partir de la obra literaria, en contraste con el contexto y datos referentes al momento histórico que evoca, posibilitan acercarse a una realidad distante en el tiempo. Para el lector la literatura es el vehículo que apoyado en un análisis, sustentado en un componente histórico, le habilita para comprender más fácilmente el pasado. Como se apreció con las novelas y personajes enunciados, estos dan cuenta de diversos fenómenos del acontecer político, cultural y social en Colombia durante las últimas décadas. Es deber del lector indagar, documentarse sobre aquellos fenómenos que enuncia y analizar la obra en virtud de esos datos.

- Uno dice que las personas al escribir un libro [...] pretenden criticar a un país, siempre lo veían como “ay Santa Fe de Bogotá”. Siempre lo malo. Eso es lo que a mí me aterra. Que muchas veces escriben lo malo, pues.
- Sí, ¿por qué los libros siempre tienen que describir la realidad triste?
- Nunca o sea, muy pocas veces se ven novelas o cuentos que tienen una buena realidad o que hablan de una buena realidad de Colombia. Todo lo de Colombia es malo. Pero si usted le pregunta a la las personas, las personas viven bien.
- Y yo creo que la intención era como desastre, entonces, como lo que decía Peter ahorita, pues que uno tiene que pasar cosas buenas para...eh cosas malas para que se tome conciencia. Precisamente lo que yo creo que nos quiere mostrar es que esto no tiene que ser así. Nos muestra como la parte mala para que pues como que reaccionemos, pues no tenemos que conformarnos como con la parte buena, sino cómo reaccionar y cambiar. Tenemos que ver como las dos versiones de las cosas. Abrir realmente...pues lo que uno quiera ver
- Sí, porque uno no se gana nada viendo todo color de rosa y de repente se cansó (Club de lectura, 2016).

No es posible obviar que en la literatura colombiana es común que se presente una mirada triste, melancólica, más no se trata de arrojar al lector a una desgracia. Claro, propone esa visión para demostrar, como bien lo anotan las estudiantes que no todo debe ser así. La salida está en pensar qué rumbo lleva Colombia y cómo tal destino aún se puede modificar. Le resta vida y grandes posibilidades de desarrollo, un mejor porvenir, porque la literatura puede permitir eso, “la literatura funciona, y se la hace funcionar, como un poderoso e inestimable instrumento de avance individual y social” (Attridge, 2011, 36).

En *Sin remedio* se propone una ciudad en la cual se congrega la imagen de todo el país. La ciudad, aquella selva destructiva, es un cuadrado gigante de cemento donde el hombre se consume, la violencia se inyecta en su piel y la muerte parece común.

Sintió un vahído: había matado a un hombre. No podía ser. Aunque bueno: al fin y al cabo haber matado por lo menos a un hombre en treinta y un años de vida era apenas normal estadísticamente, viviendo en Bogotá (Caballero, 1984, 73).

Las personas empezaron a temer a su ciudad, a desconfiar entre sí. Los callejones de los barrios se convirtieron en las guaridas de sicarios. Medellín y Bogotá, fueron y son víctimas de su propio avance. Al pueblo solo le quedó observar, paciente, hasta que el gobierno hiciera algo o las masas se unificaran y decidieran enfrentar la tiranía:

La moto palpitaba entre las piernas de Escobar, y lo cegaba la llovizna. Federico evitó las tinieblas del Parque Nacional y bajó a la Carrera Séptima, parándose a rugir en los semáforos. De los carros herméticos los miraban con aprensión disimulada: los asesinos de la moto. Busetas parpadeantes de luces de altares, atestadas de gente. Muchedumbres saliendo de los cines, de los bachilleratos nocturnos.

-¡Esta es su realidad! (Caballero, 1984, 213).

Una realidad trágica. Los imaginarios empezaron a consolidarse, hasta tal punto que para el año 2016 existen normativas que impiden a dos hombres ir juntos en una moto, pues tal instancia llega a ser sinónimo de muerte y robo. Por otra parte, el narcotráfico se fue insertando en la sociedad, habitando las fiestas y siendo una ruta para perderse y encontrar alegrías efímeras. Narciso Villareal, ese es el nombre del personaje a través del cual se muestra una cultura viciosa, expuesta a la tragedia de sus decisiones. En él se aprecia el encuentro de dos clases, una tradicional, oligarca, dueña de los medios de producción y la emergente que gracias a la coca se acerca y toca las esferas sociales que siempre le fueron negadas. Tal arbitrio se aprecia en un diálogo donde algunos aristócratas hablan de Narciso.

-Ala, Miguel Francisco, ¿de dónde sacó usted semejante lobazo?

-Un cocinero –rió Miguel Francisco-. Mi pusher de cabecera. Está jincho de oro, no se imagina.

-Pero claro, viejito -dijo el Chinche-. Eso es hoy el mejor negocio que hay. Eso, y la hierba, claro.

-No crea, lo de la hierba está en crisis –informó Miguel Francisco-. A propósito, Bobby, ¿qué hubo de esas fincas que tenían ustedes por allá en Armero? Esa tierra es buena para sembrar coca, no crea...

-Por allá hay mucha guerrilla...-dijo Robertico- A papá le han matado ya dos administradores. Nosotros ya no vamos nunca (Caballero, 1984, 516-517).

Otros fenómenos evidentes en la novela son la pérdida de libertad y el encierro que las nuevas ciudades propiciaban renunciando a preservar la naturaleza. Ignacio Escobar al caminar por Bogotá, se asombra con tal destrucción:

Había soñado un viento oliendo a campo. Y ahora, sobrepasado por el breve rectángulo del parque, no había ya ningún árbol, y el viento sólo le traía ráfagas de llovizna, y no había tal transparente negrura de la noche, sino sólo las luces borrosas de los carros (Caballero, 1984, 33).

Las ciudades empezaron a darle la espalda a su río, perdido en su grandeza. Así fue en el distrito capital; en Medellín tal hecho no cambió. Las basuras, la desorganización y las construcciones sin control fueron pudriendo las aguas de un río cristalino. Este aspecto de la

naturaleza como evidencia del deterioro, fue expresado por Jaime Sanín Echeverri en *Una mujer de cuatro en conducta* (1948) al hablar de la quebrada Santa Elena y su deterioro con el paso de los años, análogo a una mujer que fue perdiendo su belleza, carisma y alegría, en medio de una ciudad dispuesta a la decadencia moral. Caballero siguiendo la misma línea de sentido, retoma tal elemento y demuestra una mentalidad desinteresada, sucia y marchita como las aguas negras de su río:

Tuvo un río alguna vez, que se llamó primero Vicachá, y luego San Francisco. Y más al sur, el Fucha o San Cristóbal. Y por no ver reflejada su imagen en su río lo encorsetó en un caño de cemento y lo escondió bajo una calle, lejos, lo convirtió en alcantarilla atascada de carroñas de perros y de niños. Bogotá. Esa *ge* que se queda en gatzate, exigiendo una tos, un carraspeo. Esa *ge* que limpia la garganta como para soltar después algo importante, cuando es sólo un *otá* lo que viene, casi como un <<perdón: qué más quieren ustedes...>> (Caballero, 1984, 135).

Colombia se calcó en la novela de Caballero, su obra es una muestra destacable de un subgénero cuya riqueza aporta a analizar el presente colombiano, donde el narcotráfico continúa siendo un malestar, la violencia es noticia diaria y el gobierno al igual que en los ochenta, no constituye un medio seguro para mejorar las condiciones de vida, pues parece soportar la crisis y no querer brindar soluciones:

-Me hace el favor, señor, Circule.

Era un gigantesco policía militar, de casco de guerra y uniforme de fatiga, armado hasta los dientes, blanco en el rostro muy negro. Circuló sin protestar. Buscó un lugar más apropiado. Pero no era un día normal. Pasaban buses repletos de gente que gritaba y movía por las ventanas banderas rojas y banderas azules. Grupos de jóvenes con gorritos, con viseras, con sombreritos canotier con cintas, hacían flamear banderas (Caballero, 1984, 475).

Cualquiera sea la situación, *Sin remedio* cobija la oportunidad de entender la producción nacional como un medio para pensar nuestra identidad, nuestro papel en la sociedad, cómo las generaciones pasadas debieron afrontar la migración del campo a las ciudades y labrarse un lugar en las selvas de concreto. Leyendo cada página los lectores cuestionan el pasado y lo contrastan con el presente, se interrogan sobre cómo hacer para que ese panorama estático promueva la transformación de la sociedad.

Esta novela nos puede dar una idea de lo que era Colombia en la época de los años 80's y 90's, y esto nos ayuda a comprender mejor lo que era nuestro país en ese tiempo, en los temas de la droga, la violencia, la corrupción y hasta la misma vida. Podría decir que este libro es una crítica al país. Lo curioso es que esta apreciación también se adopta actualmente, debido a que aún nuestro país presenta guerra, narcotráfico y un fuerte deseo por conseguir la paz. Tomando en cuenta la novela, muchos de los personajes como Federico, sus amigos e incluso Escobar, se unen a la llamada "Revolución", estos se quejan del mal gobierno, del mal estado de sus ciudades, y como todos, ellos quieren un cambio. ¿Cuántos colombianos hoy en día no se lamentan por lo mismo? No hemos visto un cambio, Colombia sigue igual, frágil y manipulable. Esperamos que algún día nos caiga del cielo un poco de ayuda, o la solución a

nuestros problemas políticos y sociales. No empezamos ese cambio que tanto anhelamos, por eso seguimos así, sin avanzar, dejando que todo fluya y solo seguir juzgando al pueblo y su gobierno (Club de lectura, 2016, T).

No se trata solo de aceptar las derrotas, la novela también cobija la oportunidad de cambio, da la opción de apreciar la belleza que se cierne a nuestros ojos y desde ella tejer un horizonte más confortable. Las estudiantes al leer *Sin remedio* no se sumergieron sin resistencia en la narración; al contrario, armaron su propia opinión. La novela les dio la oportunidad de experimentar, a través de sus personajes, los sentimientos y percepciones que el pueblo de los ochenta tenía frente a lo que ocurría. El coronel Aureliano, el senador Pumarejo, monseñor Boterito, Ignacio Escobar o su madre doña Leonor, les ayudaron a observar diferentes comprensiones y ver que no solo representan una posición de la novela sino que se constituyen en modelos de conducta, pues sus formas de ser son comunes en los habitantes de Colombia.

Se ve reflejada la doble moral de la Iglesia en la que se evidencia un personaje y es el monseñor Boterito Jaramillo que después de cumplir con sus labores religiosas asiste sagradamente a un burdel, y, no solo en la iglesia se ve reflejada, también lo vemos en la política. Un gran ejemplo tenemos y es el señor Senador Pumarejo, un hombre corrupto que para él es importante satisfacer sus necesidades en vez de cumplir con sus deberes (Club de lectura, 2016, T)

Ellas comprendieron que la novela era una ficción, pero una que incentiva la reflexión:

En mi opinión la novela *Sin remedio*, aunque es de origen ficticio nos da una vista muy clara a la realidad, en ella se representan aspectos muy cotidianos de un hombre del común inmerso por completo en un grupo social característico, desde donde se dan ideas claras de muchas temáticas sociales del momento en el que fue escrita (Club de lectura, 2016, T).

En este punto es clara una transformación. Estudiantes que inicialmente no tenían conocimientos substanciales sobre literatura colombiana (a pesar de encontrarse en el último año de estudio de Bachillerato), habían nutrido sus bibliotecas personales con autores y obras producidas en el país en que nacieron. Eran parte del mundo narrativo en el cual su realidad se plasmaba con completa fluidez. Si un año atrás conocían poco o nada sobre qué se ha escrito y escribe en Colombia, ahora, después de una lectura en la que habían disfrutado al tiempo que ejercido un análisis, entendieron el proceso lector como un medio para comprender su realidad, nutrirla, ampliar las opiniones que ya tenían y percibir que el país podía cambiar si cada una se lo proponía. No se trataba de un cambio básico, atravesaron por una metamorfosis. Con cada página leída asumieron la lectura como medio para combatir

ese mundo, esa realidad que las convocaba, de la cual no podían huir y les pedía pensarla, analizarla y a futuro cambiarla.

Ya que la novela *Sin remedio* es una comprensión desde la perspectiva colombiana, como Antonio Caballero lo decía en una entrevista (es desde esta realidad), se comprende en ambos aspectos, tanto histórico como social porque nos está mostrando desde otro siglo, desde otros años cómo era la vida en Colombia; cómo eran las peleas constantes de la política; cómo se lograba cambiar una mentalidad con una buena oratoria, o, simplemente, cómo lograban la muerte diciendo que eran de dicha mentalidad. Nos muestra la guerra interna desde una perspectiva más típica; de una manera que se puede comprender más que solo hablando de cosas que muchos no hemos vivido. También nos muestra tanto la ignorancia social como el consumo de drogas, nos muestra cómo se reunían las personas solamente para el consumo de estas o cómo las personas de diversas formas lograban mostrar su ignorancia tanto con un idioma (Cecilia); la idea de tener hijos como una cuestión fundamental (Fina); la idea de sostener a un hijo solo con el fin de que es él bebe de la casa (Leonor) o, simplemente, peleas totalmente absurdas de parte liberal y conservador (en el carro). Todo esto hace parte de nuestra sociedad y de nuestra historia y en vez de estarla escondiendo como lo hacen muchos otros autores, Antonio Caballero nos la muestra de una manera tan real. De una manera tan seca, que tal vez esto sea lo único que nos pueda acercar a la realidad de simplemente quitarnos la venda que nos ha impuesto tanto la sociedad como nosotros mismos (Club de lectura, 2016, T).

Evidenciaron que Caballero propone una realidad cristalizada, todo continúa igual, pero es ese estado el que debe incitar al cambio.

Son muchas cosas que puedo nombrar en este momento que hacen parte de los sucesos actuales de Colombia. Por ejemplo, la vida diaria del ciudadano, la cual es tan semejante a la de los personajes de la novela. Es como si el libro se tratara de casos de la vida real, pero tomando en cuenta a una pequeña cantidad de personas que representan de una forma tan auténtica a los colombianos. Parecería que ese libro se haya publicado este mismo año, nada cambia y creo que nada cambiará. El hombre se tiene que dar cuenta que hasta la literatura de hace más de 100, 50, o 20 años es la misma que refleja la realidad de hoy, que debe comenzar hacer un cambio, no se debe quedar en las mismas problemáticas de siempre, ¿cuándo nos daremos cuenta de que hay que aprender de los errores? La realidad es que los seguimos cometiendo y a veces de una forma peor.

¿Será que los gobernantes todavía piensan que somos tan ignorantes para ejecutar las mismas políticas de antes, y creen que no nos daremos cuenta de esto algún día? A los colombianos nos falta astucia, disciplina, lo demás ya lo tenemos, y es en parte, lo que creo que quiere decir el libro, es decir, no tenemos remedio, estamos muertos en vida, dejándonos manejar como títeres. Esa es nuestra realidad actual, y en mi opinión no hay libro que mejor nos lo haga comprender que *Sin remedio* (Club de lectura, 2016, T).

Su visión de la realidad que al principio, no demostraba que ellas podían hacer algo, cambió. Sus ideas cada vez eran más claras y expresaban, apoyadas en las consultas que habían hecho de manera independiente, un pensamiento más consciente de la problemática social. Si bien consideraron que el ejercicio lector por sí solo no va a generar un cambio, sí fueron conscientes que la comprensión con la que ahora contaban, se había nutrido desde su



lectura y era esta desde la cual podían partir ideas que culminaran con su puesta en práctica en el universo social y su transformación.

Para concluir, a la hora de minimizar y corregir las conductas inadecuadas que se vivencian en el hombre actual, es importante rescatar la objetividad y la dignidad del hombre, donde logre poner esas energías positivas que habitan en él, al servicio propio y al de la colectividad dando un uso adecuado; por lo que es importante enseñarle al niño, es decir, al hombre del mañana, a realizar actividades interesantes que los muevan y los motiven a hacer algo productivo para bien propio, de la familia y de la sociedad (Club de lectura, 2016, T).

Para aquellas que no lograron asumir el ejercicio lector como una actividad desde la cual es posible generar transformación social, quedó la duda y pusieron en cuestión el poder de la literatura:

También se debe mencionar que la lectura de esta novela no va a trascender mucho ya que en mi opinión, no se basa principalmente en la situación nacional y social que se presenciaba sino más bien un contexto que ayudó a la ficción de la novela, y no va a trascender debido a que la realidad del país es un tema muy complicado y que con una novela no va a cambiar mucho el pensamiento, ni va a reunir masas, como lo puede hacer otro medio de comunicación, debido a que son muy pocas las personas que se interesan por la literatura y son más pocas aún las personas que se interesan por conocer sus propios orígenes y las causas de la problemática que vive actualmente el país.

Pero finalmente se puede decir que la lectura de esta novela puede transformar la comprensión de nuestra sociedad, pero esta transformación está en manos del lector. “Lee y conducirás, no leas y serás conducido”. (Santa Teresa de Jesús) (Club de lectura, 2016, T).

Es así que si bien se reconoce un papel transformador en la literatura, es lógico que ella no va lograr nada si no se estimulan procesos de aprendizaje donde asuma una función substancial. No se puede afirmar que la literatura transforma si la escuela no crea los espacios en los cuales se discuta, se piense, se interprete y se le asignen sentidos a las obras literarias. Como lo indicó la estudiante, hace falta que la gente desarrolle lecturas más conscientes de su realidad y emprendan una comprensión de su contexto. Así mismo, las letras transforman, pero dicha transformación está en manos de los lectores.

Nos encontramos en un círculo vicioso del que no será posible salir si no pretendemos un cambio y si no entendemos la realidad de nuestro país, una realidad, ya, más que habitual. Creo que nos encontramos igual que Ignacio, dejando que todo sea siempre igual sin importarnos nada y pretendiendo que sí nos importa, viviendo una vida ajena a nosotros y vagando sin rumbo fijo por un horizonte eterno de inmutabilidad (Club de lectura, 2016, T).

Son necesario espacios de lectura en los cuales se rescate el poder que tiene leer; la monografía presenta evidencias de esa posibilidad de transformación. Ahora es necesario que la escuela crea en ellas y confíe que en el horizonte donde se cree que nada existe, sí existe y cobra vida, es posible. Es nuestra utopía.

## **5.6. Entre la fábula y la utopía**

Colombia. Un país que sustenta uno de los conflictos armados más prolongados de la historia mundial, con un tiempo estimado de 50 años, es víctima y victimario. Aunque las causas del conflicto son muy amplias y tocan temas como la disparidad política, la desigualdad social, la lucha por la tierra, la influencia del tráfico de drogas, la participación y reconocimiento de ideales políticos, y sus orígenes se remontan a la lucha bipartidista que ha existido desde la independencia en 1810, hablar del conflicto, inherente a las causas, curso y consecuencias que ha tenido sobre la dinámica nacional, es reconocer su impacto, independiente de la adscripción a los ideales de uno u otro bando armado o del apoyo a las políticas estatales.

En el contexto histórico, se habló de varios temas importantes a la hora de comprender el conflicto: el Frente Nacional, la violencia bipartidista, la migración del campo a las ciudades, la lucha por el territorio, el papel del gobierno en las dinámicas sociales y la inserción del narcotráfico en la vida pública, así como algunas de sus consecuencias. No se ahondó en tales instancias, ya que no fue el propósito del trabajo. Sin embargo, las precisiones anotadas procuraron mostrar los problemas con los cuales se luchó en los ochenta y desde allí analizar cómo todo lo que se ha dicho del papel transformador que tiene la literatura en la sociedad, puede también pensarse en relación a cómo esta contribuirá al panorama nacional futuro.

En los países donde se han librado guerras, ha sido una constante que la literatura asuma el papel de testigo y se convierta en vía para enfrentar el futuro que le espera al territorio y al pueblo. Destacan ejemplos como la Generación del 98 en España, compuesta por un grupo de escritores que posterior a la guerra entre EE.UU y España en 1898 (donde resultó vencido el país europeo), encontraron en las letras una forma de afrontar la pérdida de territorio, el deterioro cultural, las muertes y la desolación moral que ocasionó la disputa bélica. Entre los muchos autores pertenecientes a este movimiento, destacan Antonio y Manuel Machado, Miguel de Unamuno, Pío Baroja. Otro caso, es Franz Kafka (1883-1924).

Para Kafka, escribir era una forma de orar, como acción comprometida con las ideas propias, con lo que se quiere describir, narrar a los demás, como una forma de existir. Escribir era su verdadera fe, que sólo pudo profesar con plena entrega al final de su vida como representante de miles de judíos checos de su generación (Lince, 2004, 31).

Kafka concibió en la escritura una labor contestataria y una voz de esperanza al pueblo judío, víctima de las imposiciones de la Alemania nazi. Situación que se recrudecería durante la segunda guerra mundial.

Desgraciadamente, el tipo de cultura que genera la lectura parece no servirnos para elevarnos por encima de la barbarie, tal como siempre esperamos y creemos. La Alemania de la primera mitad del siglo XX seguramente fue, si lo medimos, por ejemplo, por su número elevado de Premios Nobel en todas las categorías, o por el renombre de sus filósofos, literatos e intelectuales, una de las sociedades más cultas de la época. Y, sin embargo, esa misma Alemania llevó dos veces al mundo entero al abismo de la barbarie, de la deshumanización inimaginable, acabando en dos Guerras Mundiales y en Auschwitz (Pöppel, 2004, 115).

Si bien leer literatura puede contribuir a la transformación del pensamiento y la sociedad, ello también depende de encaminarse apropiadamente. No se trata simplemente de ampliar las arcas de conocimientos con continuas lecturas, ya que leer más o menos, no nos convierte necesariamente en mejores o peores personas. Es necesario acompañar la lectura de otras acciones. Como se apreció en el apartado anterior, hay que crear las condiciones para llevar a cabo la lectura, investigar el contexto histórico y literario que rodea las obras, analizar sus elementos, crear grupos de discusión en torno a ellas, incentivar el debate argumentado y la puesta en escena de las sensaciones o sentimientos que causa en cada lector. Si se espera que leer literatura contribuya a la transformación de la sociedad, es oportuno habilitar espacios de lectura en la escuela, en los cuales la integración, el entrar en contacto con otras opiniones y percepciones, estimulen la toma de conciencia. Aunque el ejercicio lector en soledad aporta pues nos conecta con otras personas sin necesidad de tenerlas al frente y nos expone a situaciones a las que no estamos expuestos regularmente. El diálogo con los otros permite expresar los sentidos asignados a una novela; escuchar ideas ajenas incentiva mirar las nuestras, revisarlas y cambiarlas de ser necesario; participar de espacios de lectura es pensar y construir el conocimiento de forma conjunta, encontrar un apoyo en alguien más, valorar sus aportes. No se trata solo de revisar nuestra conducta sino de pensar en las conductas del otro, reflexionar sobre nuestro actuar en el mundo y la reconfiguración de nuestras formas de ser en pro del bienestar social. 3

Los colombianos viven un momento esencial para su historia. La firma de tratados de paz con uno de los grupos que más ha demacrado el territorio colombiano, parece empezar a proponer nuevas visiones en las que la sociedad debe mirarse a un espejo, pensar cómo ha recepcionado la guerra e iniciar un proceso que le lleve a una paz estable, no provisional o

parcial, sino total\*. En esa atmósfera nacional con miras a consolidar la paz, emergerán nuevos referentes para la construcción de país y nuevas políticas de gobierno que acompañen debidamente el proceso. Tales hechos modificarán cada espacio de la vida en sociedad, y entre ellos destaca la educación. A la escuela se le impondrá un papel protagónico: formar los estudiantes bajo otras ópticas, otras posiciones\*\*. Y no solo al sistema educativo, los maestros, en consecuencia, también deberán pensar su formación en pro de los nuevos paradigmas sociales. No se tratará de olvidar el pasado, sino de observarlo desde otros lugares y direcciones que permitan entender el establecimiento de las nuevas relaciones.

La literatura en tanto testimonio del pasado e interpretación de una época, jugará un papel substancial. Los maestros que emplean la literatura en sus clases podrán tomarla como un instrumento para promover en los estudiantes el conocimiento de la historia, la comprensión de los hechos que llevaron a la guerra y proponer nuevas percepciones frente a la terminación del conflicto. El ingresar a un clima de posconflicto no significa olvidar y mucho menos perder la memoria, ya que como indica Milan Hübl:

Para liquidar a las naciones, lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros. Entonces la nación comienza lentamente a olvidar lo que es y lo que ha sido. Y el mundo circundante lo olvida aún mucho antes (Ruíz-Vargas, 2008, 75).

---

\* Los tratados de paz desarrollados entre el gobierno y las Farc se iniciaron en el año 2012. Para el año 2016 se ha concretado la firma de un acuerdo final. Estas conversaciones no significan el fin de la guerra, y, el respaldo por medio del referendo a realizarse el 2 de octubre del año 2016, no significa la terminación de fenómenos como el secuestro, las masacres o la influencia del narcotráfico, en tanto motor del conflicto. Es necesario pensar estos acuerdos, su firma y posible aprobación nacional, como el inicio de un camino que el gobierno nacional ha emprendido en pro de la terminación paulatina de la guerra. El fin puede pensarse cuando se concreten acuerdos o los grupos restantes (ELN, EPL, etcétera) decidan dejar de combatir y reinsertarse a la vida social. Ahora bien, a pesar de las miradas contrarias que existen de si es beneficiosa o no la firma de los acuerdos. Es obligatorio pensar, no tanto en si los acuerdos se concretan, y, más bien, considerar los cambios sociales, políticos y culturales que se avecinan a futuro. En tal instancia, independiente de la aprobación del tratado, es necesario que el país ingrese en una atmósfera de cambio. No podemos continuar en un clima de combate, en el cual el campo y las ciudades, cada vez con más fuerza, son víctimas de las armas. Las muertes siguen aumentando y parece que el territorio aunque ha soportado las cicatrices que sobre él se han impuesto, nos pide tomar conciencia y crear un mejor destino.

\*\* La creación de la cátedra de la paz es una de las reformas más visibles que se han aplicado a la educación. Este espacio busca generar ambientes escolares donde los estudiantes conozcan un poco todos los puntos que rodean previa y posteriormente unos acuerdos de paz y más precisamente, las condiciones de guerra que ha sufrido el país. Los temas a enseñar en esta cátedra son: justicia y Derechos Humanos; uso sostenible de los recursos naturales; protección de las riquezas culturales y naturales de la Nación; resolución pacífica de conflictos; prevención del acoso escolar; diversidad y pluralidad; participación política; memoria histórica; dilemas morales; proyectos de impacto social; Historia de los acuerdos de paz nacionales e internacionales; proyectos de vida y prevención de riesgos

La literatura entonces evitará que se pierda la memoria y no se olviden las víctimas, al tiempo que se promueva una conciencia de la realidad nacional. La investigación fue repetitiva en indicar que en esa lectura de nuestro pasado, la producción nacional es indispensable. En ella, todos los autores y obras nombradas hasta el momento, han plasmado una visión de nuestra historia llena de conflictos y guerras; son el insumo para combatir la indolencia, para recordar, para aliviar el dolor, conectar emociones, transmitir sensaciones. Sus personajes permiten reconocer la tragedia y la alegría de la conciliación. Y más concretamente, una novela como *Sin remedio* de Antonio Caballero nos abre un abanico de opciones, en ella podemos identificar algunas de las causas que hicieron parte de la consolidación de la guerra y, como demuestran las opiniones de las estudiantes, también desde ella puede partir una toma de conciencia, caer en cuenta que hemos sufrido y que es oportuno trazarnos otro porvenir.

Leer literatura permitirá a los estudiantes comprender el dolor que produce la guerra y pensar mejores opciones para contribuir a su finalización; identificarse con las víctimas, conocer qué ha llevado a los insurgentes a combatir; qué consecuencias ha tenido para el pueblo. El maestro ha de ser un apoyo importante, su labor ha de iluminar el camino. La lectura aportará una parte, es menester suyo complementar tal proceso. Aquí se propuso la novela urbana como una opción; sin embargo, esta puede cambiar ya que la riqueza de nuestra literatura lo permite, es labor nuestra decidirnos a conocerla y comenzar a leerla. En esa medida nos daremos cuenta que el país guarda grandes tesoros. No podemos esperar que la vida nos alcance como le sucedió a Ignacio Escobar, para quien el momento de ser feliz llegó tarde. *Sin remedio* finaliza con su muerte; auspiciada por la figura militar, la parca aterriza en Escobar. Nuestro destino no debe ser tan fatídico y ver la paz cuando no haya solución, es necesario tomar conciencia ahora, actuar, y un medio para que empecemos a ser parte de ese cambio es leer literatura.

Oyó de nuevo la vozarrón del coronel Buendía.

-¡Alto ahí o disparo!

Siguió corriendo, oyó detonación seca, como una tos, como si hubieran vuelto a echar voladores en la plaza, y luego otros dos más, como dos toses

[...]

-A este lo enfriamos mi coronel.

Se amontonaba gente. El de chaleco pateó el cuerpo tendido, que recibió el golpe sin moverse.

El coronel lo empujó con rudeza:

-¡Ústele, ústele...! Respete, caballero, respete (Caballero, 1984, 574).

La literatura ha de ser el faro que nos ilumine. Ahora solo somos barcos navegando a contracorriente en medio de la tormenta, observando una luz lejana, y aunque remamos con fuerza por alcanzarla, cada vez se aleja más y más. Leer nos puede librar de la furia de ese océano, rescatarnos del naufragio y acercarnos a las rocas donde la luz se convierte en esperanza.



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

## 6. Conclusiones

Cada capítulo y sus respectivas subdivisiones presentaron conclusiones parciales; por tal motivo, este apartado retoma algunas de ellas y anota otras más. Lo primero a indicar es la finalización del proceso investigativo, pues el trabajo exigió una lectura atenta de fuentes teóricas y prácticas, a través de las cuales consolidar bases conceptuales coherentes con el objeto de estudio. La forma en la cual se dieron a conocer tales elementos implicó un lenguaje sencillo que precisa cada idea; adicionalmente, facilita la comprensión del lector e incentiva en él preguntas y dudas. La monografía confía dejar interrogantes o puntos que requieren mayor profundidad en el análisis y, por tanto, son la puerta de entrada a futuros estudios.

Las prácticas pedagógicas guardan un sinfín de posibilidades que permiten pensarlas no solo en el influjo del aula si no en todos los pormenores convocados por la escuela. El club de lectura nació como una propuesta que dio apertura a escenarios donde el maestro puede exponer los conocimientos aprendidos a lo largo de su carrera y promover espacios donde resulta esencial continuar pensando prácticas de enseñanza acordes con las necesidades y exigencias de los estudiantes, enfocadas en sus intereses y movilizadoras de su aprendizaje. Aunque se procuró aportar reflexiones tanto del rol docente como estudiantil, el trabajo deja abierta la reflexión sobre los procesos de formación en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia y cómo se están formando en el componente literario los futuros maestros, especialmente en lo relativo a las relaciones interdisciplinarias y su influencia en el desarrollo de cursos que piensen las relaciones entre historia y literatura.

En cuanto al componente literario, el trabajo teje nuevas visiones para analizar sus características a partir de la óptica docente; así mismo, se apuntaron comprensiones renovadas de lo literario y cómo un maestro, desde su saber específico, puede concretar un trabajo investigativo que articula sus gustos e intereses académicos, con la necesidad de problematizar y analizar los retos que propone el devenir pedagógico. Es así que el análisis propuesto sobre los arquetipos presentes en una novela urbana, evidencia que los maestros cuentan con las herramientas para emprender trabajos de gran hondura literaria, en escenarios educativos donde pueden generar procesos de transformación mediados por la lectura.

Los arquetipos evidenciaron que leer literatura brinda una vía para pensarnos como país y, en esa instancia, contribuir, a partir de la confluencia de sentidos e interpretaciones que se asignan a un texto, con soluciones que posibiliten emprender cambios sociales significativos. La novela urbana de los años ochenta tiene una riqueza narrativa destacable en el ámbito nacional, que es necesario continuar estudiando con mayor amplitud. Hacen más ejercicios investigativos donde se contemplen todas sus características y se examine cómo sus elementos dan cuenta de la historia, la cuestionan y analizan, de tal forma que es un medio ideal para plantear el pasado de Colombia y generar escenarios de lectura innovadores. Antonio Caballero construyó un relato que manifiesta su percepción de una época concreta que, analizada a la luz de los arquetipos, demuestra la multiplicidad de nexos posibles entre la literatura y lo que concebimos por realidad.

El trabajo plantea algunas ideas, partiendo de un referente muy concreto: lo urbano. Por otra parte, al indicar que la literatura transforma el pensamiento y la sociedad, corresponde promover investigaciones que amplíen el corpus aquí expuesto y recojan otros géneros u obras que permitan estudiar ese papel transformador. Los resultados obtenidos en el Club de lectura reconocen que es factible concluir que la literatura puede crear un cambio, siempre y cuando el lector contraste la ficción con la realidad y se apoye en la contextualización de los eventos, con base en referentes sociales e históricos debidamente documentados. También es claro que solo se hizo un acercamiento, la literatura engloba demasiadas aristas que vale la pena continuar estudiando para enriquecer los apuntes acotados por este trabajo.

*Sin remedio* se asumió como una oportunidad de pensar la realidad social, política y cultural de Colombia, porque en ella se visualiza una radiografía de los ochenta y se identifica el origen de diversos fenómenos actuales. Al estar enmarcada en el género urbano, su tratamiento de la ciudad y cómo esta alude al campo (debido a la migración de campesinos), acerca el lector a un contexto cotidiano; al hablar de las ciudades y la influencia que estas ejercen sobre las personas, invierte en sus personajes una carga que refleja la forma de actuar, pensar, sentir y ser de muchos colombianos.

Respecto al papel transformador de la literatura quedó claro que si se desarrollan procesos de lectura en los cuales se estimule el encuentro, el diálogo, el debate argumentado, el respeto por la diferencia y el análisis (tomando como referencia el contexto histórico-



literario que rodea las obras), la literatura sí genera un cambio en la forma de pensar de los lectores, amplía sus ideas y contribuye a pensar su papel como ciudadanos en el entramado social. La propuesta de formación expuesta demostró su papel transformador y cómo la lectura de una novela colombiana dio oportunidad a estudiantes del grado undécimo de conocer más el país. La creación de espacios en los cuales pudieron leer, les permitió comprender la historia y generar ideas para poner en práctica a futuro. Depende que ellas quieran hacer un cambio; la lectura literaria no va a hacer nada por sí sola, necesita un lector que interprete la realidad, comparta sus opiniones y anime a otros a leer. Se trata de un efecto en cadena al que se pueden sumar cada vez más personas.

El maestro será esencial en promover nuevos espacios, a medida que la escuela revise sus prácticas; ambos actores deben modificar su discurso, acoger otras opciones de la literatura y aplicarlas. Este trabajo propone un camino; aquí tienen maestros, en formación y en ejercicio, un apoyo y una estrategia de trabajo en la que pueden sustentarse para construir sus proyectos de formación literaria.

En cuanto al posconflicto es clara la ayuda ofertada por los ambientes de lectura. No podemos eludir que las personas han tenido ideales pacíficos, lamentablemente, la historia ha sido violenta. El promover espacios de lectura puede cambiar tal situación. Leer da la opción de construir memoria y visualizar que esa guerra planteada en los libros, es una cruel narración basada en la realidad. Leer puede ayudar a comprender que tal nivel de desastre y horror no conlleva ningún punto positivo y, de esa manera, empezar a dilucidar otras opciones. Maestro y escuela deben rescatar la literatura colombiana, tan olvidada en muchos planes de área, deben crear los espacios y contribuir desde el salón de clases al nuevo panorama social al que ingresa el país.

Este trabajo espera ser una mirada fresca para el futuro de la literatura colombiana en la escuela. La literatura puede cambiar el rumbo de nuestra sociedad; además de contarnos una ficción, está para que podamos internarnos en lo más profundo de nuestro ser y ver que todos juntos podemos contribuir desde pequeños actos, como coger un libro y leerlo, a labrar un futuro promisorio. Leamos más, animémonos a compartir lo que la lectura deja en nosotros, valoremos nuestra producción nacional. No dejaremos rezagadas grandes obras producidas en otras partes, no podemos privarnos de tal grandeza; sin embargo, como se titula esta monografía, la literatura colombiana y nuestra sociedad están entre la fábula y la



utopía, apostémosle a esa visión de un futuro mejor y una realidad más agradable y equitativa para todos. No acumulemos más desastres en Colombia. Tenemos las herramientas, las posibilidades, el camino está trazado. A la pregunta de si podemos cambiar nuestro futuro y la literatura es el medio para lograrlo, no debe restar otra respuesta que el sí.



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

## 7. Referencias bibliográficas

Abril Pérez, M. & Roa Casas, C. (2010). *Herramienta para la vida: hablar, leer y escribir para comprender el mundo. Referentes para la didáctica del lenguaje en el primer ciclo*. Bogotá: Editorial Kimpres.

Álvarez, C. & Díez- Pascual, J. (2014). Aportaciones de un club de lectura escolar a la lectura por placer. *El profesional de información*, 23(6), 625-631.

Argüelles, J. D. (2011). Capítulo I: Escribir / Capítulo II: Leer, en *Escribir y Leer. Con los niños, los adolescentes y los jóvenes. Breve antimanual para padres, maestros y demás adultos* (pp. 31-46). México: Océano.

Attridge, D. (2011). Introducción. En *La singularidad de la literatura* (pp. 25-47). Madrid: Abada Editores.

Attridge, D. (2011). Prefacio. En *La singularidad de la literatura* (pp. 21-24). Madrid: Abada Editores.

Benítez Ballesteros, M. F. (2009). *Narcotráfico e intervención en Colombia 1980-2000*. (Trabajo de grado). Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

Berman, M. (1982). Capítulo II: Todo lo sólido se desvanece en el aire: Marx, el modernismo y la modernización. En: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (pp. 81-129). España: Siglo veintiuno editores.

Berthier Emmanuel, A. (2004). *Módulo II: Investigación documental y marco teórico. Cómo construir un marco teórico*. Recuperado de: [http://www.smo.edu.mx/colegiados/apoyos/marco\\_teorico.pdf](http://www.smo.edu.mx/colegiados/apoyos/marco_teorico.pdf).

Borges, J. L. (2004). Capítulo V: temas y motivos borgeanos. En *La Biblioteca, símbolo y figura del universo* (pp. 81- 91). Barcelona: Anthropos Editorial.

Caballero Holguín, A. (1984). *Sin remedio*. Bogotá: Alfaguara.

Caballero Holguín, A. (2010). Los poemas de Sin remedio. En *Casa Silva Revista*, 15 (pp. 14-37). Bogotá.

Cárdenas Pérez, A.V., Soto- Bustamante, A. M., Dobbs-Díaz, E. & Bobadilla Goldschmidt, M. (2012). El saber pedagógico: componente para una reconceptualización. *Revista Educación y educadores*, 15(3), 479-496.

Chartier, A. M. (2004). *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica*. Fondo de cultura económica.

Compagnon, A. (2008). *¿Para qué sirve la literatura?* Barcelona: Acantilado editorial.

Devalle de Rendo, A. & Vega, V. (2004). Capítulo 6: Por dónde empezar a ser docente. En *La diversidad en la docencia* (pp. 95-114). Buenos Aires: Editorial Troquel S.A.

Durand, G. (1971). Capítulo III: Las hermenéuticas instaurativas. En *La imaginación simbólica*. Argentina: Amorrortu editores.

Eco, H. (1992). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Editorial Lumen.

Escobar Mesa, A. (1997). Propuesta de lectura. En: *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana* (pp. 10-28). Bogotá: Fundación Universidad central.

Fuentes, C. (1976). *Cervantes o la crítica de la lectura*. México: Joaquín Mortiz.

García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Ediciones la cueva. Recuperado de <http://aristobulo.psuw.org.ve/wp-content/uploads/2008/10/garcia-marquez-gabriel-cien-anos-de-soledad1.pdf>.

García Márquez, G. (1989). *El general en su laberinto*. Recuperado de [http://www.educando.edu.do/files/8914/0932/5229/Garcia\\_Marquez\\_Gabriel\\_El\\_general\\_en\\_s\\_u\\_laberinto.pdf](http://www.educando.edu.do/files/8914/0932/5229/Garcia_Marquez_Gabriel_El_general_en_su_laberinto.pdf).

García Márquez, G. (2001). *Los funerales de la Mamá Grande*. Buenos Aires: Editorial Suramericana.

Gil Álvarez, R. (2002). La formación literaria del maestro. En *Biblioteca y educación* 131 (pp. 19-21).

Giraldo B, Luz M. (2000). *Narrativa Colombiana: Búsqueda de un nuevo canon 1975-1995*. Bogotá: Centro editorial Javeriano.

González Requerra, J. A. (2009). Comunidades interpretativas. Perspectivas de la hermenéutica literaria de Stanley Fish. *Alpha*, 29, 233-249.

Heidegger, M. (1992). Hölderlin y la esencia de la poesía. Traducción de Samuel Ramos. En *Arte y Poesía*. Buenos Aires.

Hernández Sampieri, R., Fernández-Collado, C. & Baptista Lucio, P. (2006). *Metodología de la investigación*. México: Editorial Mc Graw Hill.

Hurtado, V., Serna, D. & Sierra, L. (2003) Capítulo III: La confrontación y el aprendizaje de la lectura y la escritura. En *Lectura y escritura en la infancia. Estrategias pedagógicas para facilitar su construcción* (pp. 14-18). Escuela Normal Superior María Auxiliadora. Medellín.

Hurtado, V., Serna, D. & Sierra, L. (2003). Capítulo I: Habilidades comunicativas y tipología textual. En *Lectura y escritura en la infancia. Estrategias pedagógicas para facilitar su construcción* (pp. 1-8). Escuela Normal Superior María Auxiliadora. Medellín.

Hurtado, V., Serna, D. & Sierra, L. (2003). Capítulo II: La lectura y la escritura como procesos constructivos. En *Lectura y escritura en la infancia. Estrategias pedagógicas para facilitar su construcción* (pp. 9-13). Escuela Normal Superior María Auxiliadora. Medellín.

Iragorri, J. C. (2002). *Patadas de Ahorcado. Caballero se desahoga. Una conversación con Juan Carlos Iragorri*. Bogotá: Planeta.

Jiménez Ortiz, W. (s.f). *Los parques biblioteca en la ciudad de Medellín*. Medellín. Recuperado de <http://www.propiedadpublica.com.co/los-parques-biblioteca-en-la-ciudad-de-medellin/>.

Jung, C. G. (1936). El concepto de inconsciente colectivo. En *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*. Barcelona: Trotta. OC. 9.

Kundera, M. (1982). *El libro de la risa y el olvido*. Barcelona: Seix Barral.

Leo, J. (2016). La interpretación en la investigación literaria: intuición y método científico. *La Colmena*, 89, 11-21, enero- marzo.

Lerner, D. (2001). *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lince Campillo, R. M. (2013). La relación de poder entre el intérprete de la vida y su texto: la literatura como narración de experiencias históricas. En *Estudios Políticos*, 30, 11-30, septiembre-diciembre.

Lince Campillo, R. M. (2015). Narraciones literarias, textos que permiten comprender un pueblo. En *Estudios políticos*, 34, 9-35.

López, J. P. (2010). Todos los personajes de un escritor son él mismo. En *Revista Número*, 64, 16-25.

Mejía Correa, V. C. (2010). *La configuración del protagonista de la novela urbana en Colombia (1973-1984)*. (Tesis de maestría). Medellín: Universidad de Antioquia.

MEN (1998). *Serie lineamientos curriculares Lengua castellana*. Bogotá. Recuperado de [http://www.mineducacion.gov.co/1759/articulos-339975\\_recurso\\_6.pdf](http://www.mineducacion.gov.co/1759/articulos-339975_recurso_6.pdf)

MEN (2006). *Estándares básicos de competencia en Lenguaje, Matemáticas, Ciencias y Ciudadanas*. Escribe y Edita. Bogotá.

MEN (2011). *Plan nacional de lectura y escritura de educación inicial, preescolar, básica y media*. Bogotá.

MEN (2014). *Prácticas de lectura en el aula. Orientaciones didácticas para docentes*. Bogotá.

Morse M., J. (Ed.) (2003). Capítulo 7: La riqueza de la fenomenología: preocupaciones filosóficas, teóricas y metodológicas. En *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa* (pp 139-59). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Facultad de Enfermería.

Morse M., J. (Ed.) (2003). Capítulo 8: Escuela de fenomenología: implicaciones para la investigación. En *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa* (pp. 160-183). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Facultad de Enfermería.

Orozco Jiménez, W. (2004). Sin remedio de Antonio Caballero: alienación y desarraigo. En: *Contextos: Revista de Semiótica literaria*, 32, 75-85. Medellín.

Otero Bahamon, S. (2008). La Iglesia como actor de la Gobernanza en Colombia. Reseña de dos textos claves sobre el rol de la Iglesia desde el siglo XX. Recuperado de <http://www.institut-gouvernance.org/bdf/es/document/fiche-document-148.html>

Pennac, D. (2004). *Como una novela*. Bogotá: Grupo Editorial Norma. (Pennac, 2004, 75-76).

Piacenza, P. (2012). Lecturas obligatorias. En *Lengua y literatura. Teorías, formación docente y enseñanza*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Pineda Botero, Á. (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1650-1931*. Medellín: Fondo editorial Universidad Eafit.

Pöppel, H. (2004). Capítulo IV: ¿Enseñar literatura? En: *Literatura y educación. La literatura como instrumento pedagógico* (pp. 109-134). Medellín: Comfama.

Reina, D. (2014). 1984. Sin remedio, Antonio Caballero. *Revista Arcadia*. Recuperado de <http://www.revistaarcadia.com/imprensa/especial-arcadia-100/articulo/sin-remedio-antonio-caballero/35085>

Romero, J. L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Ruiz-Vargas, J. M. (2008). ¿De qué hablamos cuando hablamos de “memoria histórica”? reflexiones desde la psicología cognitiva. *Entelequia. Revista Interdisciplinar: Monográfico*, 7, 57-76.

Runge Peña, A. K. & Garcés Gómez, J. F. (2011). Educabilidad, formación y antropología pedagógica: repensar la educabilidad a la luz de la tradición. En *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 9(2), 13-25. Universidad de San Buenaventura. Colombia.

Saiz Galdós, J., Fernández Ruíz, B & Álvaro Estramiana, J. L. (2007). De Moscovici a Jung: el arquetipo femenino y su iconografía. En *Althea Digital* 11, 132-148.

Señal Colombia. (Productor). (2013). En *Órbita con Antonio Caballero*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=pFXssNmDOX8>

Vallejo Murcia, O. & Laverde Ospina, A. (2009). *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuadernos de trabajo I*. Medellín: La carreta editores.

Vargas Llosa, M. (1997). *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Ariel Planeta.

Vierhaus, R. (2002). Formación (Bildung). En *Separata Revista Educación y pedagogía*. Facultad de Educación. Universidad de Antioquia. Medellín.

**Transcripción:**

Comentarios extractados de clase (2016). Curso Club de lectura: entre la fábula y la utopía. Sesiones: 8 de junio de 2016 y 10 de junio de 2016. Colegio Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín. Disponible en <https://drive.google.com/file/d/11-u3iWwl2cwJ6t0tnptjkNgIisvvG-Ck/view?usp=sharing>.



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3